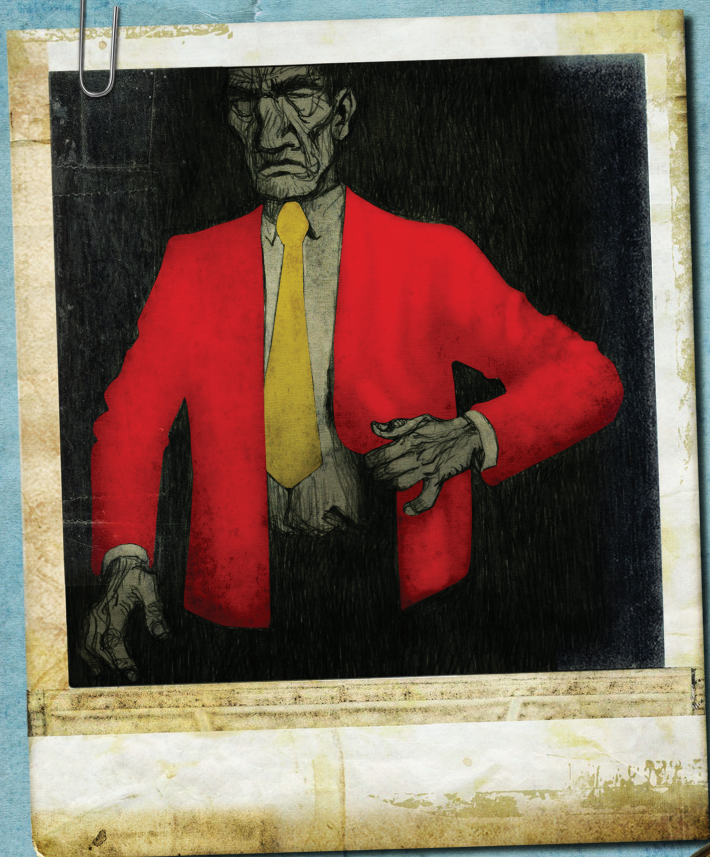


AQUEBERRO

SEIS CASOS Y UN CONSEJO



José Salvador Ruíz



Aqueberro

Seis casos y un consejo

José Salvador Ruiz

AQUEBERRO
SEIS CASOS Y UN CONSEJO
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© José Salvador Ruiz
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: José Salvador Ruiz
Corrección de estilo: Iván Ríos Gascón
Diseño editorial: Estudio APP
Diseño de portada: Ricardo Peláez Goycochea

ISBN: 978-607-546-379-7

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

Asalto al Oxxo	7
Robo en la Chinesca	21
Muerte en el Kennedy.....	25
Plicas asesinas	27
¿Qué haría Mario Almada?	49
Batallas cotidianas	75
Matalpolicías [El consejo]	101

Asalto al Oxxo: Un caso de *El Kótex* Aqueberro

Dominico Hidalgo Aqueberro alias el *Kótex*, judicial en retiro y amante de vestir sacos anticuados color escarlata, se refugiaba del fracaso de su último robo bebiendo un *Bloody Mary* en la barra del Old Crimes Cantina. Veía hacia la puerta, agitado, temiendo que los policías cambiaran de opinión y vinieran por él. Al *Kótex* Aqueberro lo jubilaron 8 años atrás y pasaba las noches planeando robos con tipos que él mismo había mandado a la cárcel cuando era policía. Gracias a un juez, padrino del *Kótex*, recibían condenas ínfimas y salían por buen comportamiento, quedando en deuda con el policía. Justo hacía una semana se había encontrado a Gestas a quien él mismo atrapó diez años atrás. Planearon el robo de una notaría, pero él y el *Wheels*, un sexagenario que había dejado sus piernas en las vías del tren, fueron capturados por dos municipales de la patrulla 078 antes de entrar. Mientras los policías los apuntaban, su primer instinto fue pensar en la traición de Gestas pero al oír el balazo dentro de la notaría, supo que había otra persona involucrada. Los de la 078 lo dejaron libre cuando les mostró la placa de judicial y sólo le dijeron “mejor suerte a la otra, colega”. Regresó al Old Crimes para recuperarse del susto y refugiarse ahí hasta que las cosas se calmaran. Se llevó su *Bloody Mary* hacia la mesa junto a la rocola y vigilaba la entrada. Unos minutos más tarde vio entrar a la vieja que apodaban la *Gitana*. Su nombre era Eduviges y se dirigió a la barra para hablar con Flor, la esposa del cantinero. Le entregó una bolsa de papel estraza y Flor le dio una botella de tequila.

La vieja caminó hasta la rocola, puso una canción de Chavela Vargas y anegó su mesa. El ex judicial recordó que horas antes del asalto, Gestas le había pedido que volteara a ver a la *Gitana* mientras ésta descansaba en la barra. Nomás le quiero meter un susto a la pinche vieja, dijo el ladrón. ¿Qué coño te ha hecho, tío? Preguntó el ex judicial con su acostumbrado y espurio acento español. Ella a mí nada, pero yo a ella mucho, respondió. Después se concentraron en el robo y olvidaron a la vieja. El Kótex pensó que ésta era su oportunidad para saber más de esa mujer. ¿Por qué coño Gestas quería meterle un susto? ¿Sabrá algo del asalto? Se puso de pie y se acercó a Eduviges.

—¿Le invito un trago, amiga?

—Como puede ver, apenas empecé esta botellita y me la voy a terminar toda. Además, aquí tengo con que querer a usted y a toda la ancianada del bar. No necesito que me inviten —espetó la vieja tocando su bolso.

—Ya veo, así que tiene pasta para rato.

—¿Qué se le ofrece, señor Kótex? Usted disculpe la confianza, pero pues aquí usted tiene ya su fama.

—No hay cuidado, mujer. Pues nada, que la he visto sola, y me dije: Dominico, no es de caballeros dejar beber sola a una dama.

—Me cuadra el acento y el nombrecito, Dominico. Pero yo lo conozco por Kótex y de una vez le digo que yo ya estoy menopáusica, así que no pierda su tiempo conquistándome.

Eduviges Rebollo, La Gitana, aludía al rumor que corría por la cantina. Según los viejos del bar, el Kótex se había ganado el apodo por contratar prostitutas sólo cuando menstruaban. Otros decían que era por su vestimenta roja y otros tantos juraban que era debido a los pañales que usaba por una incontinencia urinaria. Presumía una ascendencia vasca y hablaba como español, pero en realidad había nacido en Sonora y nunca conoció a sus padres. Creció en un orfanato y adoptó el apellido de un cura vasco que ofrecía misas y caricias en la capilla. El Kótex desistió y salió de la cantina. Esta zorra no abrirá el pico, murmuró.

Por la mañana, al leer el periódico, comprobó la muerte de Gestas. Además del heroísmo de los gendarmes, la nota informaba del monto

frustrado: 2 millones de pesos. ¡Virgen de los maricas! Aquí hay gato encerrado, mascullo. Según el Wheels, en la caja había 5 millones de pesos, así que esos dos policías se habían repartido tres millones con un tercer cómplice; el mismo que había matado a Gestas dentro de la notaría. Volvió a recordar a Eduviges Rebollo. Esa zorra tiene algo que ver, me cago en todos los santos si no, dijo en voz alta, y Caridad, su mujer, lo reprendió. ¿Qué te pasa, viejo? Es muy temprano para que andes blasfemando. Caridad Ángeles de Hidalgo, Caritas, como le decía Aqueberro, era cinco años mayor que su marido y era anfitriona de la diabetes, las reumas, el artritis, una vejiga caída y males variopintos. Se había acostumbrado a que su marido pretendiera ser español, pero no a sus blasfemias.

—No pasa nada, mujer, no es blasfemia. En España es de lo más natural cagarse en todos y todo.

—Eso será en España, pero no aquí donde hay temor de Dios. Mira, Dominico, mi doctor me dio este folleto para ti.

El Kótex leyó el folleto de la Clínica de Urología Moderna donde explicaban las distintas operaciones para corregir la incontinencia urinaria. Le pareció más urgente planear un golpe que lo sacara de pobre porque éste se había ido a la mierda. Se metió el folleto en la bolsa del saco y le pidió el café a Caridad mientras buscaba la sección policiaca de días pasados. Los policías que lo detuvieron le parecían conocidos. Encontró la sección policiaca de la semana anterior y vio la foto de los uniformados de la patrulla 078. La nota decía que habían acabado con la banda de asalta Oxxos. Volvían a ser héroes por segunda semana consecutiva. Según el artículo, la banda era liderada por un anciano veterano de la guerra de Vietnam. Al ver la foto reconoció al supuesto líder. Se trataba de Johnny el *Pocho*, quien había sido cliente frecuente del Old Crimes. Su instinto inquisitivo y conocimiento de la fauna policiaca, le indicaban que esos policías ocultaban algo. Por la tarde salió de casa, tomó su Chevy Nova 1978 y se dirigió a la cantina llevando consigo un par de periódicos. Le pidió un *Bloody Mary* al Chimino y le mostró el periódico con la foto del Johnny.

—¿Qué coño sabes del Johnny? ¿Será cierto que era el chulo de esa banda de ratas?

—No creo. El compa era un veterano de Vietnam condecorado con medallas y la chingada. Según la Gitana, el bato quería suicidarse.

—¿Y ella cómo lo supo?

—Le leyó el café. Dijo que el compa le quería ganar a la muerte. Tenía cáncer de próstata ya bien avanzado.

—¿Y qué hay de estos placas? ¿Los conoces? —le preguntó mostrándole las fotos de los policías.

—Sí, son los de la 078. Están asignados a este barrio.

—Según el periódico, los tíos son unos héroes.

—Se la jalan los del periódico. ¡Qué héroes ni que la chingada! Son bien gandallas. Vienen a pedir su cuota por protección cada quince días. Seguro le dieron una feria al reportero.

—Algo más. La vieja esa que lee el café. ¿Tiene mucha pasta?

—¿La Gitana? N'ombre. Vive en ese hotel mugriento, en el Cecil, y lee el café y las cartas para beber su tequila.

El ex policía agradeció al cantinero y fue a sentarse junto a la rocola. Ese par de idiotas de la 078 estaban metidos hasta el cuello en el asalto. Alguien les había dado el pitazo. Quizá fue el mismo Gestas, y estos imbéciles decidieron traicionarlo metiendo a alguien en la notaría. ¿Y la vieja zorra? ¿Tendrá algo que ver? Estaba forrada de dinero, según ella misma. Pensó en llevarla a un lugar desolado para interrogarla, quizá algún canal perdido rumbo al aeropuerto. La intimidaría con su placa de judicial que aún conservaba, a pesar del retiro. Cuando fue a entregar su pistola y su placa, el burócrata que lo atendió le informó que no la podía aceptar porque su credencial de elector estaba vencida.

Si sólo vengo a regresar la placa, joder, le espetó el Kótex. Lo siento, señor agente, pero yo sólo sigo indicaciones, se defendió el burócrata apuntando hacia un decálogo del buen servidor público pegado en la pared. ¡Que les den por culo a todos! Dijo el ex judicial. Ya no insistió, salió enfadado y nunca más volvió. Con el tiempo se dio cuenta que su placa le sería útil en sus siguientes proyectos. ¿Y Flor? La esposa de El Chimino sabrá algo, quizá a ella le pueda sacar la sopa, pensó. La cantina lucía semivacía. Esperaría la oportunidad

para hablar con Flor a solas y preguntarle qué le había dado la Gitana anoche en esa bolsita de papel.

Mientras esperaba, volvió a sacar los periódicos y leyó sobre los asaltantes de Oxxos. Esa madrugada habían muerto cuatro personas. Un cajero y tres asaltantes en el tiroteo entre los delincuentes y los policías. Los supuestos policías heroicos no le parecían tipos valientes que arriesgarían su vida de esa manera, parecían más bien agentes de cuarta, ineptos que viven de mordidas y corruptelas menores. Estaba convencido de que ese par de imbéciles y su cómplice se habían quedado con el resto del botín. Esos tres millones le caerían muy bien al Kótex Aqueberro. Podría cumplir su sueño de conocer España, su madre patria adoptiva, podría comprar medicamentos para su esposa y quizá hasta operarse la incontinencia urinaria. Además, desde su jubilación, cada mes le era más difícil conseguir dinero para gastos extramaritales, quizá hasta para esto le sobraría un dinerito. Si bien le sacaba jugo a su placa extorsionando ladronzuelos, su sueño era robar una joyería, pero hasta el momento no había encontrado a los cómplices adecuados. Este bar era un refugio de viejos que se iban muriendo semana tras semana y si no se apuraba, pronto se reuniría con ellos. La entrada de Flor a la cantina lo despertó de sus sueños guajiros. La mujer del Chimino traía unas bolsas con las frutas y verduras que usaban en los tragos. Esperó hasta que la mujer se desocupara y llamó su atención levantando el brazo. Flor vio al Kótex, tomó su libreta y caminó hacia su mesa.

—¿Otro *Bloody Mary*?

—No, un jerez y unos minutitos de su tiempo.

—El jerez se lo traigo enseguida y los minutos ya veremos.

Flor regresó con la copa de jerez. El Kótex lo bebió de un sorbo. Puso la copa sobre la mesa y se dirigió a Flor, quien ya había iniciado su regreso.

—Nomás una preguntita, doña Flor. Dígame, ¿qué le dio anoche la Gitana en esa bolsita?

—¿Anoche? No, pues quién sabe. A mi edad las cosas empiezan a olvidarse.

—Ya veo. Mire, yo llevo muchos años bebiendo jerez porque, pues, usted sabe, la madre patria y tal. Pero siempre que pruebo el suyo me da un regusto extraño. Gacho, para hablar en cristiano— dijo esto al tiempo que ponía su placa sobre la mesa.

—Será que no se lava los dientes, señor Kótex.

—¡Joder! No había pensado en eso. Espero que sea solo eso porque sería una desgracia que le cerraran el negocio por vender licor adulterado. Entonces, ¿qué le dio la vieja zorra anoche?

—Me regresó una pistola que me había pedido prestada. Me dijo que le quería pegar un susto a un pretendiente. No sé más.

—¿Me permite verla?

Flor fue hasta la barra y tomó el revólver que aún se encontraba en la bolsa. El ex policía abrió la cámara y notó que le faltaban tres balas. Olió el arma y se la regresó a la mujer. Le faltan balas. ¿Usted la usó?

—No recientemente.

El Kótex Aqueberro salió de la cantina con un plan bien definido para hacerse de un millón de pesos, quizá un poco menos, pensó. Flor le facilitó el número del cuarto de Eduviges Rebollo.

El hotel estaba en La Chinesca a unas cuadas de la cantina. Caminó hacia su Nova y tomó su 45 de la cajuela y un silenciador. Cerró la cajuela y caminó hacia el barrio chino. Entró en el primero de los tres Oxxos que invadían la cuadra y compró un café. Caminó hacia el hotel, subió unas escaleras que daban a la recepción y se detuvo al escuchar un televisor encendido. Asomó la cabeza y notó que el encargado dormía. Se deslizó sigilosamente hasta un patio central que dividía dos hileras de habitaciones. Buscó el número 12 y tocó. Se oía la voz rasposa de Chavela Vargas. ¿Quién? Interrogó una voz recelosa. Vengo a que me lea el café, dijo el Kótex. La vieja abrió la puerta y vio que la mano izquierda del ex policía sostenía un vaso humeante mientras que en su mano derecha apuntaba una pistola.

—¡Ah! Es usted. Pase, lo esperaba. Ahí está su dinero— le dijo la vieja señalando un sillón mientras daba un trago a una botella de tequila.

—¿Así de fácil?

—¿Qué esperaba? ¿Que lo recibiera a tiros? Ha visto muchas películas, don Kótex. Estoy cansada, gachupín, y además, desde anoche, ya puedo morir tranquila.

El ex judicial entró, cerró la puerta y caminó hacia el sillón. Tomó el dinero y empezó a contar.

—Faltan cinco mil—reclamó El Kótex.

—Tequila y alquiler—aclaró Eduviges.

Le pidió a Eduviges que tomara asiento y él hizo lo mismo. Había una pequeña mesa de por medio. El Kótex puso el vaso de café justo en el centro de la mesa y le pidió que se lo bebiera. La vieja dio un trago y regresó el vaso a la mesa. Él lo cogió y vertió el resto del café sobre el piso, dejando solamente la borra en el vaso.

—Te voy a leer el café. Aquí dice que en este mismo instante me vas a decir quién te dijo lo del robo.

—Lo leí en el café del Wheels. Estaba muy ansioso y me pidió que le echara su suerte.

—¿Y esos policías gilipollas cómo se enteraron?

—Yo les dije para vengarme de Gestas. Quedamos en que yo esperaré adentro de la notaría y luego ellos los arrestarán a ustedes. Salí mejor porque él entró primero y me lo despaché. Así que ya puedo morir tranquila.

Cinco minutos después, el ex policía abandonaba la habitación 12 del Hotel Cecil con la mira puesta en otros dos millones de pesos y en un par de policías cuya suerte estaba por terminar. Caminó hacia su Nova y dio vueltas por las calles del centro y del barrio chino buscando a la patrulla 078. Después de media hora de búsqueda infructuosa, decidió irse a su casa y planear una estrategia. Los policías no soltarían tan fácilmente el dinero como la vieja, y matarlos sin saber dónde estaba el dinero no le serviría de nada. Tendría que arrinconarlos, amargarlos con exponer su falso heroísmo y su complicidad con la vieja. Pero tendría que actuar pronto, ese par de imbéciles podrían gastarse parte del dinero.

Pensó en llamar al Toblerone, un negro veracruzano con cabeza de pirámide, ex compañero en la Judicial, que aún estaba en activo. Él podría darle el domicilio de esos pendejos porque tiene acceso a la

base de datos de la corporación. Pero seguramente querría saber para qué quería esa información. ¡Que le den por culo! Ese dinero es sólo para mí, pensó, y regresó a su casa. Tomó una botella de jerez de su mini-bar y volvió a tomar los periódicos. Buscó los nombres de los municipales en la nota del asalto al Oxxo.

Juan Arnulfo Borrego Preciado y Mario Gael Hurtado Lomelí, vaya par de maricas, se dijo el Kótex. Sentía pesado el pantalón y recordó que había olvidado ir al baño. ¡Coño! ¡Me cago en la Divina Providencia! Maldijo en voz alta el ex Judicial. “¡Con una chingada, Dominicó!, ¡deja de blasfemar!” Dijo Caridad, quien se salía del baño. Discúlrame, Caritas, no sabía que estabas despierta, se disculpó.

El Kótex guardó silencio, le dio un beso en la frente y se dirigió al baño. Se desvistió y tiró el pañal en el cesto de la basura. Aprovechó el viaje para sentarse a evacuar unos tacos y leer el periódico. Volvió a leer la nota sobre la banda de los “Asalta Oxxos” y le llamó la atención que la gran mayoría de los atracos ocurrían en la zona centro. Una zona olvidada de la modernidad, pero no de los Oxxos, que habían proliferado en los últimos años. El área era habitada por negocios coqueteándole a la quiebra, vendedores ambulantes, restaurantes y zapaterías chinas, farmacias para los gringos, giros negros y las omnipresentes tiendas de autoservicio de las dos equis. El Kótex no vivía muy lejos de ahí, los gastos médicos lo obligaron a vender su casa del fraccionamiento Villa del Sol y refugiarse, junto a su mujer, en la vieja casa de su difunta madre ubicada a corta distancia del centro y del barrio chino. Cuando se puso de pie, quedó de frente al espejo de cuerpo entero que colgaba de la puerta. Vio sus piernas flacas y largas y le pareció ridícula la imagen de una garza con pañal. En ese preciso momento se convenció de que tendría que hacerse la operación.

El siguiente día, el Kótex Aqueberro lo pasó estudiando las noticias de los periódicos de semanas atrás. Pensó que el atraco de la notaría no sería el único del que los dos policías habrían sido partícipes. Eran pájaros de cuenta con placa y también eran su pasaporte para una vida sin pañal. En una de esas me esperan más de dos millones, joder eso sí sería la hostia, se dijo el ex judicial. Le parecía muy sospechoso que de todos los asaltos a las tiendas de autoservicio,

los primeros en llegar siempre eran estos dos policías y sólo habían frustrado un asalto; precisamente en el que murió Johnny el Pocho. Llamó al Toblerone para ver si podía sacarle algo sobre las muertes de ese asalto.

—Agente Michel Lamartine Bastos, ¿qué se le ofrece?—respondió el Toblerone al timbrar su teléfono.

—¿Qué pasa, Toblerone? ¿Cómo te trata la corporación, tío?

—¡Ah, eres tú, Kótex! No tengo mucho tiempo, colega. Dime qué quieres, porque voy tras la pista de unos cabrones.

—Nada, tío. Que quiero que me hagas un favor. ¿Qué sabes de la banda esa de los Asalta Oxxos? Me cayó un cliente que perdió un hermano en ese asalto y quiere que dé con ellos.

—No sé mucho, mejor dicho, nada. Pero, por 10,000 pesos estoy dispuesto a investigar un poco.

—¡Joder! ¡Pero qué coño dices, cabrón! Si fuimos compañeros, macho. Esto es un abuso.

—No la hagas de pedo, Kótex, te estoy dando el descuento de amigos. Tú sabes cómo es esto—, respondió sin culpa alguna su ex compañero.

—¡Que te den por culo!, gritó el Kótex y colgó el teléfono.

El fracaso de su primer instinto lo obligó a idear un plan B. Se le ocurrió acudir al Oxxo y entrevistar al único sobreviviente. Se despidió de su mujer y salió rumbo a la tienda de la calle Melgar. Después de preguntar en tres tiendas dio con la que buscaba. Le mostró su placa a un dependiente que preparaba el café y le preguntó por el gerente. El cajero le señaló un cuarto detrás de los refrigeradores.

Después de tocar sin recibir respuesta, abrió la puerta y sorprendió al gerente viendo videos pornográficos por Internet. Fernando Nuno, un gordo calvo y con vocación onanista, no pudo ocultar su asombro ni su erección cuando el Kótex le tocó el hombro para llamar su atención, al tiempo que le mostraba su placa. El hombre se quitó los audífonos y balbuceó una explicación que el judicial ignoró. Tranquilo, tío, así son las cosas de la carne, le dijo. Le pidió ver la nómina de los trabajadores durante los días en que ocurrieron los asaltos. Su intuición no lo traicionó, el sobreviviente estuvo presente en todos y cada uno

de ellos. Le pidió los videos de la cámara de seguridad, pero el gerente le dijo que habían desaparecido. Nuno había dejado de sudar pero su erección tenía memoria más duradera. Deben ser los ostiones que me chingué antes de venir, ofreció como explicación. Apuntó el nombre y la dirección del empleado suertudo y se despidió del gerente. Salió hacia la calle y el frío le obligó a subirse el cuello del saco y lamentarse por no traer su boina española. Se refugió del frío dentro del Nova y lo puso en marcha. En el trayecto volvió a leer el nombre del joven: Ariel Salvatierra Irigoyen. Joder, con un nombre así nadie debería andar por la vida robando.

Condujo hasta un barrio alejado del centro, calculó que el joven tendría que tomar dos colectivos para llegar hasta su trabajo. Después de varias vueltas dio con el domicilio. Para su sorpresa había un auto estacionado, no era gran cosa, un modelo 90, calculó, pero no esperaba que lo tuviera. No vio ningún perro así que abrió la cerca sin temor. Toco y preguntó por Ariel Salvatierra Irigoyen, el sobreviviente del asalto. Yo mero, jefe. Pero ya di mi declaración a los agentes, dijo Ariel, alias el Pepino, un joven cacarizo que presumía 23 centímetros de hombría.

El Kótex Aqueberro notó que el Pepino calzaba tenis de marca, iPod última generación, y joyería que haría apenarse a cualquier cantante negro de hip hop.

—Supongo que estuvo dura la cosa, ¿no, chaval?

—Me llamo Ariel, no Chava. Y pues sí, sí estuvo cabrona, pero ya le dije que di mi declaración a los de la 078— respondió mirando al tipo vestido ridículamente de un saco rojo y corbata amarilla.

—Tranquilo, tranquilo. ¿Cuántas veces han asaltado este Oxxo?

—Uff, un chingo, la verdad.

—¿Coño! Eso debe ser difícil, ¿no? ¿Cuántas veces te ha tocado la mala suerte de estar trabajando?

El Pepino guardó su respuesta cuando se dio cuenta la intención del tipo. Se quedó en silencio, pensando en cómo quitarse de encima a ese judicial de mierda.

—Ya me tengo que meter a bañar, señor agente, porque el gerente...—no terminó su explicación porque un rodillazo en los testículos lo dobló hasta caer de rodillas.

—Ahora mismo me vas a mostrar los videos de la cámara de seguridad de todos los asaltos, si no quieres que le diga a tu patrón que le has estado robando.

El Pepino seguía de rodillas sin poder hablar. Se limitaba a levantar el brazo derecho en señal de paciencia. Después de un par de minutos recuperó el aire y rogó por su discreción.

—No me ponga dedo, jefe. La neta no sé qué pasó con esos videos, además las cámaras sólo mantienen lo grabado por 72 horas y después vuelven a grabar sobre...—ahora la mano huesuda del ex judicial apretaba los testículos del joven.

—Le quieres enseñar a rezar al Papa, gilipollas ¿joputa. ¿Crees que nací ayer? Ahora mismo me dices qué hiciste con los videos o te llevo a los separos y te pongo el dedo, pero en el culo.

—Está bueno, está bueno, jefe—respondió el joven y tomó un poco de aire—Pero no quiero ir a la cárcel, jefecito, deme chance. Si les doy una copia no me lleva al bote, ¿verdad?

—A mí no me interesa meterte al bote a ti.

—¿Me lo jura? Luego no se vaya a rajar porque sería como violar el debido proceso y la chingada.

—¡Pero qué coños sabes tú del debido proceso, chavall! Déjate de gilipolladas y dame esos videos o te doy de hostias.

—Yo no creo en eso, poli, soy cristiano renacido. La verdad es que no los tengo yo, se los dejé a mi novia por si algo me pasaba.

—Ahora mismo me llevas con tu noviecita, pero antes, dime una cosa. Según el periódico, escapó un ladrón. El que esperaban afuera. ¿A ese dónde lo puedo encontrar?

—A ese ya se lo echaron los polis, por eso yo me quedé con los videos; por mi seguridad. Si me pasa algo, Yamileth se los daría a su padrino, que es judicial también.

—Vaya nombre de piruja que se carga tu noviecita. ¿Vives solo? —preguntó el Kótex.

—Sí, señor.

—Ahora mismo vas a llamarles a esos gilipollas y les vas a decir que les quieres vender los videos. Les dices que anda de preguntón un judicial y necesitas dinero para largarte a Tijuana. Dos millones

de pesos, ni un centavo menos, y que no se pasen de listos porque tu noviecita aún tiene copias.

—¿No va a pedir refuerzos? No quiero ofenderlo, pero usted se ve como que le hace falta aceite, sus huesos truenan solitos.

El Kótex Aqueberro le aplicó una llave de lucha grecorromana por sorpresa y lo sometió sin que éste tuviera tiempo de meter las manos.

—¿Te parece que necesito aceite, cabrón? Además tengo mi 45 y hasta el momento nunca me ha fallado—, dijo el ex judicial, mostrándole la sobaquera que guardaba su arma.

Aqueberro salió a estacionar su Nova a media cuadra afuera de una cantina y regresó a la casa del Pepino para esperar a los municipales. Pasaban de las diez de la noche cuando la patrulla 078 encendió las torretas para anunciar su llegada. El Pepino les llamó por celular y pidió que apagaran los faros del carro y las torretas. Les dijo que bajara solamente Juan Arnulfo, el Tejuino, con el dinero y las armas. ¿Por qué la desconfianza, Pepinito?, preguntó Mario Gael. Hagan lo que les digo y no va a haber pedos, se limitó a responder el joven. El Tejuino bajó con una maleta de viaje en una mano y una bolsa de plástico en la otra. Era un tipo flaco y alto, justo como se lo describió el Pepino a el Kótex.

En ese arrabal los arbotantes llegarían en veinte años junto con la pavimentación, así que la noche sólo recibía luz de una luna menguante. Cuando entró el Tejuino a la casa, se sorprendió de ver al Pepino atado a una silla, pero su sorpresa no se comparaba con el susto que se llevó al ver la 45 con silenciador, apuntándolo en la sien.

El Kótex le pidió que abriera la maleta y que la empujara con el pie hacia él. Le dijo que tirara la bolsa con las armas lejos de su alcance. Dividía su atención entre el policía y se asomaba a vigilar la patrulla. Tomó los fajos de billetes y confirmó que sumaran dos millones. Le pidió al Tejuino que se desnudara. El teléfono celular del policía timbraba con el número de su compañero. Sin dejar de apuntar, le pidió que contestara y siguiera sus instrucciones. —Todo bien, parejita. Me entretuve tratando de hacer entrar en razón al Pepino. Lo convencí de que solo fuera un millón y que ahí moría—dijo el Tejuino.

—Lo convencí de que sólo fuera un millón y que ahí moría.

—Eso es ser razonable—dijo Mario Gael, escondiendo una 22 en su barriga y tratando de ver más allá de la oscuridad. Le dio un trago a la botella de tequila—. Dile que si quiere, le damos hasta *raite* a Tijuana.

El obseso ministerial no estaba dispuesto a compartir ese milloncito, en cuanto regresara su colega, analizarían la situación para deshacerse del chico y su novia. El corazón le latía con rapidez y el pensamiento se le nublaba con el tequila. ¿De dónde habrá sacado los huevos ese pendejo para exigirles esa lana? Seguro está trabajando con otro cabrón, en este pinche barrio levanta una piedra y salen matones por donde quiera, reflexionaba el policía.

Una jauría de perros voyeuristas ladraban incesantemente a un par de amorosos canes pegados en pleno coito. Los ladridos ponían nervioso a Mario Gael, quien sudaba su ajustado uniforme azul, a pesar del frío de la noche. Intentaba ver hacia el interior de la casa donde una luz mortecina era lo único que se apreciaba. Los perros se iban acercando cada vez más a la patrulla, y sus ladridos lo estaban exasperando, la puerta de la casa seguía sin abrirse y el tequilita lo estaba armando de valor para entrar y hacer una matazón de película gringa. Tomó su 22 y apuntó hacia los perros, ya tenía a uno de ellos en la mira, pero en ese momento se abrió la puerta y distinguió la figura espigada de su pareja. Encendió las luces de la patrulla y se percató de que su compañero había perdido cabello y caminaba más lento. El ex judicial quiso evitar el haz de luz y se movió fuera de su alcance.

¡En la madre!, alcanzó a gritar, y su primer disparo rompió el cristal del carro y asustó a los perros. Sólo quedaron los dos canes pegados jalando cada uno para un lado contrario, los demás corrieron lejos de los disparos. Aqueberro corrió hacia la patrulla mientras que el segundo disparo de la 22 dio en el pie del policía, quien trataba de poner reversa y disparar al mismo tiempo. El disparo del Kótex fue certero y el cristal recibió los sesos del policía. Aqueberro no apresuró su paso, supuso que en este barrio los balazos eran parte del atractivo turístico. El anuncio de neón de la cantina El Culo del Diablo, proporcionaba un poco de luz y de ubicación geográfica. Tuvo el impulso de entrar para cambiarse el pañal y beber un *Bloody Mary*, pero pensó que no

sería buena idea por traer el uniforme del Tejuino. Abrió la cajuela de su Nova y metió la maleta. Encendió el auto y esperó que calentara el motor. Mientras lo hacía, tomó el folleto de la Clínica Urológica y sonrió ante un futuro sin pañales.

Robo en La Chinesca:

Un caso de *El Kótex Aqueberro*

Dominico el Kótex Aqueberro, judicial en retiro y oportunista empedernido, bebía un *Bloody Mary* en la barra de la cantina Old Crimes. Vestía su tradicional saco rojo y lo mal combinaba con corbata amarilla y un sombrero andaluz. Esperaba ansioso reunirse con el Macaco y el Chino Laboriel, dos ladrones que planeaban robar una joyería. El Macaco era un prieto de un metro cincuenta con largo historial de robos, mientras que el Chino Laboriel era un chino renegado que se hacía permanente en el cabello y escuchaba a Los Rebeldes del Rock. El Macaco era guardia de seguridad de una empresa privada que convertía a indigentes en guardias con la magia de un uniforme y una macana. En los últimos meses vigilaba la Joyería Central ubicada en la Chinesca, el barrio chino de la ciudad. Conoció los pormenores del negocio, sabía que era la sucursal más grande de las joyerías y tenían una caja de seguridad enorme.

La Joyería Central había sido comprada por unos empresarios chilangos a un matrimonio chino que quería pasar su vejez en San Francisco, lejos del calor infernal de Mexicali. Los nuevos dueños ignoraban que la Chinesca había tenido una ciudad subterránea conectada por túneles que sirvieron de casinos, fumaderos de opio y vivienda para los chinos durante los primeros treinta años del siglo XX. Con el tiempo, los túneles que conectaban los distintos negocios del barrio chino habían sido clausurados con bloques de hormigón o

ladrillos, y por mucho tiempo la gente pensó que todo era una leyenda. Quien no ignoraba esto, era el Chino Laboriel. Sabía que la Joyería Central había sido un gran casino que tenía rutas de escape que sólo conocieron los chinos.

Por fin llegaron los cómplices. El Kótex los invitó a sentarse en una mesa junto a la rocola. Dos cervezas y un *Bloody Mary*, Chimino. Le gritó al cantinero. Los ladronzuelos jamás habrían invitado al viejo a participar en el robo, pero el olfato de Aqueberro los sorprendió una noche con los planos de la joyería sobre una mesa del Old Crimes. Les mostró la placa que aún conservaba y los obligó a incluirlo en su robo. La Virgen de la Macarena me socorre, dijo el ex judicial. El Chino Laboriel sacó un croquis del subterráneo. Les indicó cuál era la puerta clausurada que tendrían que derribar.

—Solo tiene bloques de *holmigón*— dijo el Chino Laboriel.

—En mi Nova tengo el zapapico. El Macaco aquí se ve fuerte, él puede echarse la puerta en 5 minutos—dijo el ex judicial para ensalzar al chaparro.

Funcionó, el guardia de seguridad no protestó y hasta infló el pecho. Según el chino, la puerta les daría acceso al subterráneo y ya dentro de la joyería, sólo tendrían que subir las escaleras y empujar la puerta que daba acceso al primer piso. El Macaco se había encargado de romper el candado que la aseguraba y de mover las cámaras de seguridad. Nada podía salir mal. Zapapico, lámparas, bolsas para las joyas y el dinero que se guardaba ahí de todas las otras sucursales. Entrarían a los subterráneos por un restaurante donde trabajaba el Chino Laboriel, ubicado en la acera de enfrente de la Joyería.

Salieron del Old Crimes, subieron al Nova, y antes de arrancar, el ex judicial les dijo que tendría que ir al baño. Esperadme aquí, tengo que ir al retrete... es la edad, joder, les dijo, y salió del carro. Ya dentro de la cantina, le pidió el teléfono al Chimino, mientras que una vez que lo vieron entrar al Old Crimes, al Macaco dijo: dicen que ese güey usa pañal, por eso le dicen Kótex. No, el *cablón* nomás coge *mujes* con *menstruación*, agregó al Chino. Ambos rieron. El Kótex regresó y emprendieron el camino hacia el restaurante, tres cuabras hacia el sur, y estacionaron el Nova 1978 en el callejón.

El Chino Laboriel había dejado la puerta trasera sin candado. Entraron por ahí. Detrás del mostrador y a un lado de la caja registradora, estaba una puerta de acceso hacia el sótano en el piso. El olor a humedad entró inmediatamente en sus narices. El Chino encendió una luz mortecina que daba un aspecto tétrico al sótano. Al Kótex lo invadió una súbita claustrofobia. El Chino los guió hacia un armario que escondía una puerta. Movieron el armario y entraron a un largo y oscuro pasillo. ¿Qué os parece si mejor los espero fuera de la joyería? Allá me abren, propuso el Kótex, temeroso de caer desmayado por falta de aire. No, ni madres, negó el Macaco. Iniciaron su recorrido, el chillido de las ratas los acompañaba mientras cruzaban las calles por el subsuelo. La Joyería Central estaba justo al cruzar la calle del restaurante.

Aquí es, dijo el Chino. El Macaco inició el golpeteo con el zapapico. 10 minutos después, los bloques de hormigón empezaron a ceder. Más ratas y cucarachas salieron como perseguidas por la migra. El Kótex sintió que se le bajaba la presión. El Chino Laboriel y el Macaco entraron emocionados al sótano de la Joyería. ¡Me cago en la virgen de los maricas! Maldijo el Kótex, que empezaba a toser sin descanso. Diearon rápidamente con las escaleras y el Macaco, que ya se había creído eso de ser el más fuerte, daba de golpes a la puerta y ésta cedió pronto. En veinte minutos llenaron las bolsas de todo tipo de joyería y dinero. Regresaron sus pasos hacia el restaurante, el corazón se les salía de la emoción. Cada uno hacía planes sobre su futuro inmediato. Al llegar al callejón, el arbotante arrojaba una luz lánguida, vieron el carro y se dirigieron a él, cuando una voz grave lanzó un grito: “Párense ahí, hijos de su puta madre, policía judicial”. El Kótex hizo un disparo y la figura simiesca que les gritaba respondió, El Kótex cayó sobre la calle. El Macaco y el Chino Laboriel se tiraron al suelo.

“Ya se los cargó la verga, cabrones. A ver. Las manos a la espalda”, ordenó El Toblerone. Un negro veracruzano con cabeza piramidal. Les maniató las manos y observó el botín. “¡Ay! Cabroncitos. Mínimo diez años les encasquetan”. Subió el botín a la cajuela de su Crown Victoria y les ordenó subir en el asiento trasero.

Oiga, ¿y el Kótex?, preguntó el Macaco, señalando con la mirada al viejo tirado en el asfalto. El Toblerone miró el cuerpo tendido del

viejo. Al rato vienen los del SEMEFO por él, respondió sin mucho interés. Inició la marcha del Ford y en el trayecto, el policía les pintó a los dos hombres un panorama de culos reventados y apuñalamientos aleatorios, eso les espera en el bote. “Lo siento por ustedes porque se ven buena gente, pendejos, pero buena gente”. Los dos hombres se vieron entre sí. Buscaban una salida y la encontraron. Dos horas después, los ladronzuelos tomaban un autobús para Puebla, agradecidos con el policía, jurando enmendar sus vidas y nunca mencionar nada a nadie.

El Toblerone entró al Old Crimes y pidió un tequila. Ubicó la mesa junto a la rocola y fue hacia allá. El Kótex Aqueberro, sonriente, lo esperaba.

Muerte en el Kennedy: un caso del *Kótex* Aqueberro

Dominico el *Kótex* Aqueberro, llegó al cuartucho de Hotel Kennedy donde fue requerido: dos muertos; normal para el Centro de la ciudad. Los cuicos municipales, esos cretinos lambeculos, habían estropeado la escena del crimen tomándose *selfies* con el cuerpo desnudo de los tipos. Daba igual, los del SEMEFO estaban en huelga, nadie vendría. “Murieron de cucharita, Kótex”, dijo uno de los gendarmes. ¡Que os den por culo!, les gritó y los corrió. No era español, pero pretendía serlo. Le daba autoridad ante tanto acomplejado. Nació en Sonora, se crió en un orfanato donde adoptó el apellido del cura vasco que ofrecía misas y caricias en la capilla. Estudió el cuartucho. Estaba en el cuarto piso del hotel. Se asomó por la ventana y abajo se ofertaban cuerpos morenos. La renta era semanal, por día o por hora, en este hotel de cero estrellas, refugio de migrantes, ex presidiarios, obreros divorciados y prostitutas. Había ropa en uno de los cajones del buró. Artículos de higiene personal en el baño. Heroína, foco y una garrafa de Tonayán en el piso. Observó los cuerpos, uno de ellos tenía un tiro en la sien. El otro en la nuca. Asesinato y suicidio, teorizó. El revólver, una 38 especial, permanecía en la mano del hombre moreno, el del tiro en la sien. El otro tipo se cargaba una tez blanca, pelo claro, casi rubio, y un tercer ojo en la nuca. Güero de rancho, pensó. Miró la sangre en el piso. Examinó la sangre sobre la cama. Había gato encerrado. Uno murió de pie y el otro en la cama, dijo en voz alta al ver un archipiélago de sangre que iniciaba cerca de la puerta y culminaba en

la cama. Tocó los cuerpos, le pareció que el suicidado murió primero. Los nudillos del güero tenían raspones. Notó que la luz de la lámpara estaba encendida, pero también el foco que pendía del cielo del cuarto. Caminó hasta el espejo, se ajustó la corbata amarilla y se acomodó el saco bermejo. Le tiró un beso a su reflejo y le dijo: “¡Joder! Estás cabrón, Aqueberro”.

Salió del cuarto y vio a los municipales colgando sus *selfies* en Facebook.

—A ver, par de gilipollas. ¿Quién ha encendido la luz del cuarto? —preguntó el Kótex.

—Así estaba, jefe. Por ésta —dijo uno de ellos besando sus dedos que hacían la señal de la cruz.

—Yo sólo creo en esta —dijo el judicial tocándose el tiro del pantalón—. A ver, ¿jos de puta, entregadme las carteras de los muertitos. Resignados, le dieron las carteras.

—No tenían nada de dinero, jefe, la neta —se defendió uno de ellos. Revisó el contenido. El moreno tenía fotos de su familia. Dos hijas y una morena de fuego. Era de Puebla, según su carnet de identidad. El güero de rancho era un tal Benito Camelo. Le pareció una broma chilanga. Caminó hacia abajo y tocó el timbre de la recepción. Observó la foto de una pareja junto a los casilleros. Se acercó una joven dependienta con lentes oscuros. Migraña, pretextó la joven apuntando hacia sus lentes. El Kótex le extendió la mano para presentarse. La joven lo saludó con desconfianza. El policía prolongó el saludo, luego se llevó su mano a la nariz y olisqueó. “Pólvora”, se dijo. La chica permaneció en silencio, el judicial la observó de pies a cabeza.

—La justicia es una zorra, tía —dijo esto mirando la foto de la joven donde se besaba con el güero de rancho—. Pero a mí los ¿joputas que golpean a las mujeres me dan asco —sentenció esto último con un escupitajo al suelo.

—Este hotel no deja mucha plata, ¿sabe?

—¿Quién habla de plata, mujer?

—Estoy en mis días —dijo apenada.

—Pues nada, mujer, no te apenens, que no me llaman el Kótex por nada.

Plicas asesinas

I

La alarma en el gremio literario se encendió cuando el cadáver de otro escritor apareció flotando en un canal de la ciudad. En los últimos cuatro años habían fallecido igual número de escritores, cosa que le tendría sin cuidado al comandante Izaguirre si no fuera porque la directora general del Instituto de Cultura exhortaba a una manifestación del gremio frente a la Procuraduría, exigiendo la aclaración de dichas muertes. Las cosas tomaron peor camino cuando el comandante llamó a la funcionaria para reclamarle su falta de solidaridad: “Carajo, licenciada Betancourt, estamos en el mismo equipo, ¿qué va a decir el señor Gobernador? Bájele a sus reclamos. Ni que fueran tantos muertitos”. La grabación de la conversación se filtró a los medios de comunicación; un par de horas después, poetas, ensayistas y narradores iniciaron la recaudación de firmas electrónicas exigiendo la renuncia del comandante. En caída libre, Izaguirre justificó su inacción insinuando que las primeras muertes habrían sido suicidios causados por cierta inestable sensibilidad de la gente creativa. “Uno no puede protegerlos de sí mismos”, concluyó. La llamada del Gobernador conminándolo a resolver los casos de manera expedita terminó por infundirle temor; no quería ser destituido a mitad del sexenio. Para colmo, la lluvia de tres días continuos era una clara señal de mal agüero. Aquí no era Londres, ni Seattle, aquí era un puto desierto donde la lluvia tenía que enseñárseles a los escolapios en video. Tres días seguidos de lluvia, carajo, cualquier día llegan los ángeles apocalípticos con sus pinches

pensaba el comandante. Cuando terminó el regaño del Gobernador, llamó al policía ministerial Aurelio “El Huevoloido” Arciniega, agente adscrito a Homicidios y encargado de la investigación.

—¿Qué me tiene, Arciniega? —interrogó secamente el comandante.

—Pues nada, comandante Izaguirre. Al muerto lo amarraron a un excusado para que no saliera a la superficie, pero sí salió.

—¿Qué más? ¿Es todo? —agregó, exasperado, Izaguirre.

—Negativo. Presenta también huellas de violencia en el rostro y el cuerpo.

—Entonces no fue suicidio... —dedujo con desencanto.

—Negativo, jefe, la neta ahí sí va a estar cabrón para que sea suicidio. Pero no se preocupe, en cuanto tenga un sospechoso, ya verá cómo canta y ni quién diga nada.

El comandante Izaguirre había asignado al ministerial Arciniega a esta investigación por dos razones fundamentales: su patológica fidelidad y su falta absoluta de escrúpulos. Sabía que no temía recurrir a técnicas de interrogación que podríamos llamar *vintage*. Sin embargo, estaba consciente que el Huevoloido era un agente carente de neuronas, lo suyo eran los interrogatorios. Ahí sí, poseía una imaginación maquiavélica y hacía cantar ópera al mudo más desafinado. Pero el comandante sabía que la presión de la clase intelectual y el fundillo literario, como les llamaba, aumentaría conforme pasaran los días y no tuvieran resultados. Entonces pensó en reclutar a un judicial en retiro “involuntario”, que ahora malgastaba su magra pensión bebiendo en la cantina Old Crimes, donde planeaba robos infructuosos y soñaba con un golpe de suerte.

II

Dominico *el Kótex* Aqueberro dormía sobre las fichas de dominó en una mesa de la cantina Old Crimes, cuando sintió que alguien jalaba de su brazo con insistencia. “Aqueberro”, “Aqueberro”, oía su nombre desde un sueño obeso. Levantó la mirada y vio la cabeza cónica de un hombre grueso, de corte militar y boca fisóstoma. “Soy yo, Aurelio”, decía el hombre, pero la modorra hacía lo suyo y el Kótex no termi-

naba de reconocerlo. La rocola se liaba con “Los dos amigos” y un grupo de viejos discutía sobre enfermedades degenerativas que creían padecer. El rostro menguante del Kótex empezó a mostrar huellas de lucidez, su nariz chueca, producto de su pasado pugilístico, lo semejaba a un cuadro de Picasso.

—Joder, tío, pero si eres el Huevoloiide. ¡Qué sorpresa, macho! —dijo el Kótex en su acostumbrado español postizo. Se puso de pie para saludar a su visitante, pero trastabilló empujado por su duende etílico.

—¡A ver, Chimino! Dos cervezas, joder —ordenó el Kótex regresando a su asiento—. ¿Qué os trae por estos rumbos?

—Me mandó Izaguirre, pero, oye, Aqueberro. Nada de Huevoloiide, cabrón. Aurelio o Arciniegas. Vámonos respetando —exigió el judicial con tono inquieto.

—Tranquilo, mi bucéfalo amigo. ¿Dime qué es lo que quiere el Izaguirre ése?

—Quiere que nos ayudes con un caso —respondió sin saber si Aqueberro lo había insultado o elogiado.

—¡Coño, Aurelio! Primero me echa de la corporación dándose baños de pureza y ahora quiere que le saque las papas del fuego, ¿no? Que le den por culo al Izaguirre ése.

—Mira, Aqueberro, esto te conviene. Si nos ayudas, el jefe te garantiza hacerse de la vista gorda o sacarte del bote si de plano te sale mal lo que sea que estés planeando. No creas que el jefe no sabe que andas en malos pasos. Además, no es de barbas, habrá paga.

—¿Paga? ¿De cuánto estamos hablando?—se interesó el ex judicial.

El ministerial sacó un sobre de su guayabera y lo puso sobre la mesa, al mismo tiempo que el Chimino hacía lo propio con un par de cervezas. El Kótex tomó el sobre, lo abrió, y sus párpados ajados sonrieron.

—Joder con el estipendio, tío. Eso es ponerse guapo. Pues, salud, chaval, que el orgullo no engorda.

Ambos brindaron por la incorporación de Aqueberro, alzando las botellas y recordando viejas andanzas en su lucha contra o, a veces, junto a la delincuencia. Dominico Aqueberro acostumbraba a vestir su delgada, pero nervuda figura, con sacos rojos, camisas amarillas y

corbatas multicolores. Cubría su calva con una boina española y se había inventado un linaje español para sobresalir en un país de acomplejados. Algunos responsabilizaban al saco rojo de su mote, pero otros, los más maliciosos, alegaban que era su gusto estrafalario y poco higiénico por coitar con mujeres en sus días inconvenientes. Lo cierto es que el Kótex Aqueberro había sido un judicial de largo colmillo, curtido en la vieja escuela de procuración de justicia a medio camino entre la investigación instintiva y las madrizas.

—Cuéntame los detalles, Huevoloidé... Aurelio, coño, Aurelio —corrigió Aqueberro.

—Es que hace dos días, un muertito desayunó en el canal Independencia y, pues, resultó ser dizque escritor.

—¿Y eso qué tiene de particular? Los escritores son seres sensibles que gustan de llamar la atención con suicidios espectaculares. Algo sé de esta subespecie, Aurelio, me he leído a varios poetas.

—Eso dice Izaguirre, que son medio putos. Pero el problema es que a este último lo suicidaron, le amarraron un excusado a las patas y lo aventaron al canal. Luego estaban los madrazos en el rostro, alguien se los tuvo que haber dado.

—¿Murió ahogado?— quiso saber Aqueberro.

—No, primero le dieron un balazo en su casa. Ya hambre lo llevaron al canal.

—¿Calibre?

—Una veintidós —respondió robóticamente el judicial en activo, antes de llevarse la cerveza a la boca.

—Se conocían— escupió, seguro, el judicial en retiro.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el judicial.

—Que se conocían, por eso el arma de bajo calibre se esconde bien.

—Pues ya está. Nomás interrogo a su esposa o al primer amigo que se porte sospechoso en el velorio y los hago confesar —celebró entusiasmado el judicial.

—¿Era casado?

—Sí, pero la morra estaba en Guadalajara, por eso el velorio lo tuvieron que aguantar unos días.

—¿Verificaron aerolíneas, hoteles?

—¿Como para qué?—preguntó asombrado Arciniega.

—¡Pero cómo para qué! ¿Cómo crees que se llega a Guadalajara? Para comprobar si compró boletos de avión, si se hospedó en un hotel, coño. Eso es elemental, carajo.

—No, pues si estaba fuera para qué íbamos a hacer eso, estás bien güey, Aqueberro — agregó riendo Arciniega.

—¿Cuándo es el velorio ese?— preguntó el viejo meciéndose los cabellos laterales.

— Pos ahora mismo están allá, llore y llore.

Aqueberro llamó a la mesera con la mano. Pidió la cuenta. Acá, el caballero paga, hermosa, dijo antes de ponerse de pie e ir al baño.

III

El Crown Victoria de Arciniega se estacionó en la Avenida Reforma. Antes de salir del auto, Aqueberro dijo que se adelantaría, se colaría entre los deudos sin llamar la atención. Quería ver las reacciones de la gente cuando entrara la figura del judicial al velatorio.

—Pues si no quieres llamar la atención, quítate el saco por lo menos —dijo Arciniega.

—Me refiero a que si voy solo no sabrán que soy judicial, me puedo camuflar entre los cristianos, pero tú, tú no puedes ser otra cosa que judicial—explicó Aqueberro. Arciniega aceptó la explicación.

—Oye, espera. ¿Qué le pregunto a la morra?

—Lo que se pregunta en estos casos, joder. Si tenía enemigos. Si notó que faltara algo. Yo estaré cerca, y cuando llegue, me presentas con la viuda — respondió con enfado el ex judicial.

Aqueberro salió del coche y llegó hasta el umbral de la funeraria. Se instaló ahí, sin entrar aún. Desde ahí vio a Arciniega cruzar la calle con su andar obeso, arreando sus kilos sin gracia. En su trajinar por el estacionamiento, Aqueberro observaba las reacciones de las personas que bebían afuera del lugar. Como lo anticipó, la gente murmuraba al notar la presencia del judicial. Aqueberro se internó en la funeraria

y se colocó en la puerta de la capilla donde tenían el cuerpo de Argel del Alba, cayó en cuenta que hasta ese momento supo el nombre del escritor. Ni eso me había dicho el imbécil del Huevoluide, pensó. Había poca gente dentro, notó a una mujer joven que era consolada por tres mujeres más. Dedujo que era la esposa. Ahí se encontraba, cercana, la licenciada Betancourt junto a otra mujer mucho más joven. Ambas vestían traje sastre, pero la licenciada era de un cuerpo más bien funcional, utilitario, mientras que la joven, asistente personal o secretaria, llenaba cada milímetro de su traje con conspicua sensualidad. Aqueberro continuó observando a los presentes, sus cuchicheos, sus risas discretas, sus sollozos. Un tipo flaco, con andar nervioso, entró al lugar y, al ser reconocido, fue felicitado discretamente por algunas personas. Ese debe ser un escritor, pensó el Kótex. Llevaba saco gris ajustado, camiseta negra, pantalones prelavados y zapatos lustrados de punta demasiado larga para el gusto de Aqueberro. El tipo se hizo camino hasta la viuda, ésta se puso de pie, y el ex judicial distinguió un violonchelo atrapado en un vestido negro ajustado. El escritorcillo sintió el cuerpo pequeño y carnoso en su abrazo y lo dejó ahí el tiempo suficiente para despertar la sospecha de Aqueberro. Cuando soltó el violonchelo luctuoso, el escritorcillo se pasmó levemente al toparse con la joven asistente de la licenciada Betancourt. Aparentemente aturdido, dio unos pasos hasta el féretro para cuchichear algo al muerto y hacer guardia. En ese momento entró Arciniega, estacionó su estructura bajo el umbral de la puerta, buscando aire. Los días de lluvia habían vestido de humedad al insoportable calor de agosto. Su notable anatomía alertó a los presentes. La mirada morbosa y el cuchicheo llenaron los huecos de la capilla. Aqueberro observó cómo el escritorcillo, desde su guardia, vigilaba cada paso de Arciniega en su andar hacia la viuda. De repente, Aqueberro viró su mirada hacia el grupo de mujeres junto a la viuda; notó que un par de ojos femeninos lo habían estado observando; era la asistente. La mujer giró su cuerpo e inició una conversación con un joven obeso, moreno, que vestía una camiseta dos tallas pretéritas. Apenas regresó su vista al féretro, y el escritorcillo apuraba sus pasos hacia la salida, miró hacia la joven que espiaba a Aqueberro, y ésta salió detrás de él.

El ex judicial quiso ir tras de ellos, pero Arciniega ya estaba hablando con la viuda. Se acercó hacia ellos y el judicial lo presentó a Ofelia. El señor nos ayudará con la investigación, dijo Arciniega después de presentarlo. Ofelia era de ojos grandes y negros, el rostro, pensó Aqueberro, era una candela. Un par de condolencias rápidas y el ex judicial interrogó a la joven. Caminaron hacia la oficina del velatorio, donde el gerente les permitió conversar.

—¿Le conocía enemigos a su esposo?

—No, señor. Si era escritor, qué enemigos puede tener.

—¿No era de esos que critican al gobierno o a los narcos?

—No, señor. Novelas experimentales, que si la forma, la estructura, el lenguaje, qué sé yo. Les llaman intimistas o algo así.

—¿Notó algo desaparecido?

—Su laptop, es lo único. Hay varias cosas tiradas en su cuarto, archivos, cosas así.

—¿Temía por su vida o lo miraba nervioso?

—No, de hecho estaba muy contento porque había ganado un premio en México, pero... —la mujer guardó silencio temiendo hablar de más.

—Pero qué, mujer. ¿Le dijo algo?

—Estaba inquieto porque me dijo que había enviado el mismo manuscrito para el Premio Estatal.

—¿Y eso está *prohibido*?

—Sí, señor. Pero ya ve, se preocupó por nada porque ganó otra persona.

—¿Alguien más sabía de esto?

—Seguramente el profesor Iturbide. Le decía todo a ese señor.

—¿Tiene su teléfono?

—No, pero lo encuentra todos los días en la Biblioteca Central. Ahí se la pasa leyendo.

Aqueberro se había formado ya una opinión de la mujer y en su cabeza había anidado un presentimiento de culpabilidad sobre la muerte de su esposo. Esta información podría arruinarle su hipótesis. No obstante, decidió tirar el anzuelo.

—¿A qué fue usted a Guadalajara?

—Un curso de capacitación, soy cultora de belleza y me gusta mantenerme actualizada.

—Ya veo. ¿Dónde se ha hospedado?

—¿Cómo dice?

—¿En qué hotel se ha hospedado allá en Guadalajara?

—Ningún hotel, tengo familia allá... ¿podríamos dejar esto para después? —preguntó la viuda llevándose la mano a los labios, como ahogando un sollozo.

Aqueberro y Arciniega se despidieron de la viuda. Al salir de la funeraria, el ex judicial vio al escritorcillo y a la asistente de Betancourt discutiendo. Le pidió a Arciniega que se adelantara. Caía una llovizna y la ciudad entera descansaba sobre un sauna. El Kótex tomó el pañuelo de su bolsillo, se retiró la boina y se limpió el sudor y la lluvia. Luego tomó un puro del bolsillo interior de su saco y, sin perder el interés y la mirada en la pareja, lo encendió. La mujer caminó hacia un coche de reciente modelo donde la esperaba su jefa, y al cabo de unos minutos desapareció del estacionamiento. El escritorcillo iba a subirse a su coche cuando escuchó la voz de Aqueberro. “Oiga usted, me gusta su saco”. El hombre abrió la puerta de su carro, pero esperó al ex judicial.

—A todo mundo le gusta, es un Hugo Boss— dijo el escritorcillo con tono socarrón.

—Joder! ¿Y es caro ese sastre?—preguntó Aqueberro al tiempo que expelía humo de su boca.

—No es sastre, es diseñador y sí, sí es caro —aclaró con tono enfadado.

—¿Cumplió usted años?

—No...Oiga se me va a arruinar el saco con la lluvia.

—Pero si apenas es una brisa, hombre, no sea gilipollas. Lo digo por las felicitaciones.

—No, lo que ocurre es que gané el Premio Estatal de Literatura.

—¡Hostia, pues enhorabuena! Ya decía yo que su rostro me era familiar, ¿cómo dice que se llama?

—Pablo Almería—respondió incómodo el escritorcillo.

—¿Y qué ganó con ese premio? ¿Hay pasta o nomás diploma?

—Un dinero y la publicación del libro. En serio, ya me tengo que ir — insistió desesperado.

—Se fue enojada su novia. Se ve que es de armas tomar, le ha dejado un cachete *inflamao*—lanzó El Kótex.

—Ah, esto, anoche me asaltaron. Además, no es mi novia, es la secretaria de... ¿bueno, y quién es usted?— dijo, vacilante, el escritor.

—Un amante de la literatura policiaca.

—Pues yo no escribo esas sandeces. Adiós.

El Kótex no dijo más, lo vio cerrar la puerta, girar el encendido del coche y abrir los fanales. Los brazos de luz mostraron la llovizna fina, tupida como brisa marina caer sobre el asfalto del estacionamiento. Aqueberro no era romántico, ignoró la llovizna y se concentró en apuntar las placas del Audi S3 que dejaba la funeraria.

IV

En el trayecto a su casa, Arciniega quiso saber qué opinión se había formado Aqueberro. ¿Está difícil el caso, verdad? ¿A quién crees que tenga que interrogar más, digamos, íntimamente? El ex judicial guardó silencio por unos segundos antes de responder. Miraba el cielo oscuro, ominoso, la tromba caminaba lenta, pero caería segura sobre la ciudad una vez más. Sus pensamientos se ocupaban en las goteras de su casa, pensó que su mujer lo reprendería por no haberlas arreglado de una vez. La magra pensión apenas y alcanzaba para las medicinas de su mujer y las suyas, además ¿quién se ocupa de unas goteras en una ciudad donde llueve cada paso de cometa?

—Llama a la aerolínea, para ver si la mujer del escritor subió al avión.

—¿A poco crees que fue la esposa? Pero si está bien buena. Se ve que ese boiler calienta el agua bien rápido.

—Tú haz lo que te digo, hostia. Dime, ¿cómo murieron los otros escritores?

—El primero era poeta y se suicidó, ahí no cabe duda porque tuvo la delicadeza de escribir una nota. Dijo que se había ahorcado porque

no había ganado el concurso ése. Bien dramático, el puto. Quemó todo lo que había escrito y hasta su computadora metió en la hoguera antes de colgarse.

—Hostia, pues de cuánta pasta estamos hablando aquí.

—100,000 lucas y un pinchi librito.

—Joder, pues sí que ayuda en algo ese dinerito. ¿Y los demás?

—La segunda fue una muchacha que atropellaron en Ensenada y el conductor se dio a la fuga. Los colegas de Ensenada dijeron que un par de testigos la vieron salir de su casa y al cruzar la calle se la llevó un carro de corbata. Lo único que lograron ver fue el color del carro, pero nada más.

—¿Y el tercero?

—Ése murió en su casa, allá en Tijuana. Se metieron a robar y parece que el bato puso resistencia. Le reventaron la cabeza de un tiro y vaciaron su casa. El comandante dice que nadie lo va a sacar de ahí, la motivación fue robo, y ya después le dieron en la madre por creerse valiente.

—¿Traes los expedientes?

—Ahí están, en el asiento de atrás. Pero para qué pierdes tu tiempo.

—Tú no te preocupes por mi tiempo, tío. Me gusta leer antes de dormir.

Acordaron verse a las diez en la Biblioteca Central. Bajó del Crown Victoria con los expedientes en la mano. Olfateó la humedad de la madrugada y oteó el cielo oscuro, había una apariencia aceitosa que anunciaba la continuación de la temida lluvia. Entró con sigilo para no interrumpir el sueño de Caridad, su esposa. Caminó hacia las manchas de humedad formadas en el cielo por la última lluvia. Después de la jubilación forzada, los gastos médicos, suyos y de su mujer, los obligaron a vender su casa en un residencial de medio pelo, y refugiarse en esta vieja casa del centro de la ciudad, que había pertenecido a la madre de Aqueberro. Ya en su recámara, abrió el armario y sacó la caja de puros donde mantenía los ahorros. Al abrir la caja no pudo ahogar su frustración: ¡Hostia! ¡Me cago en todos los santos!

—¡Dominico! No blasfemes, te lo he dicho mil veces —regañó Caridad al tiempo que encendía la lámpara sobre su mesa noche.

—¡Madre mía! ¡Qué susto me has metido! Y ya te he dicho que no es blasfemia, mujer. Es de lo más normal en España.

—Y yo te he dicho que España queda muy lejos y aquí en México tenemos temor de Dios.

Caridad toleraba esa obsesión patológica de creerse español, pero no aprobaba sus expresiones blasfemas.

—Además, pensé que dormías, Caritas. ¿Qué haces despierta, mujer?

—Estaba rezando para ver si se me quitaba este dolor en los riñones.

—Mañana te vas al médico, le dices que yo paso a pagarle más tarde.

Aqueberro salió de la recámara, tomó los expedientes que había dejado sobre la mesa del comedor y entró a un cuarto húmedo y oscuro. Encendió la lámpara y apareció un escritorio cansado, un par de archiveros y un sillón viejo donde el ex judicial solía repantingarse para leer. Abrió un cajón del escritorio, sacó una botella de jerez y una copa. Escanció un tanto en el cristal y se dispuso a leer los expedientes. En sus páginas constató que todos los asesinatos, suicidios o accidentes, habían ocurrido en el fatídico mes de agosto. Otra cosa en común era la pérdida material que ocurría después. Sólo en el caso de la chica de Ensenada no parecía haber ocurrido esto, por lo menos no lo registraba el expediente. Escanció un poco más de jerez sobre la copa y temió escuchar los nudillos acuosos de la tromba caer sobre su techo. Asomó la mirada por la ventana y vio el brincar mojado de las gotas sobre el asfalto. ¡Joder! Se va a meter el agua, coño. Regresó a su lectura y cada renglón lo convencía más de que el suicidio y el accidente apestaban a asesinato.

V

Por la mañana, Aqueberro salió rumbo a la Biblioteca Central en busca del profesor Iturbide. Quería también información sobre las bases de las convocatorias y leer sobre las obras ganadoras en años anterior-

res. Fue a la hemeroteca y pidió auxilio a un hombre delgado que leía tras un escritorio.

—Buenos días, joven. ¿Tenéis forma de consultar cosas del pasado en el ordenador? Digo, ¿con eso del *interné*...?

El hombre hizo a un lado el libro para ver la procedencia de la voz española que lo interpelaba. Respondió a los buenos días con curiosidad y se puso de pie con mesurada prestancia. Era un hombre con medio siglo en sus haberes y mucha flor en su verbo.

—En efecto, caballero. Contamos con servicio de búsqueda ciberespacial. En segundos, con el magistral movimiento de sus dedos, tiene frente a usted cualquier información que desee.

—¡Hostial! Pues entonces ayudadme a encontrar información sobre concursos literarios de años anteriores y os dejo regresar a su libro.

—Una disculpa, caballero. Me temo que no podría ayudarle con esa petición aparentemente sencilla, pero que requiere de una persona capacitada para su feliz cumplimiento.

—¡Pero no ha dicho usted que en segundos podría tener cualquier información! No me esté colmando las pelotas.

—En efecto, pero sucede que desconozco cómo hacer eso. Usted debe comprender, yo empecé a trabajar aquí cuando las cosas se buscaban por tarjetas. Ahora me traen estos artefactos y pues no, no se me da. Cualquier chico de esos que están ahí puede ayudarle.

Aqueberro iba a soltarle una ráfaga de insultos, pero se contuvo, prefirió cambiar de tono y granjearse, si no su amistad, sí su paciencia.

—Oiga, ¿conoce al profesor Iturbide? Me dijeron que aquí pasaba las mañanas.

—Cómo no, es un gran poeta y profesor de literatura. Es aquel hombre mayor que ve usted sentado en el rincón.

Aqueberro se acercó al rincón donde un hombre enjuto, de saco gris y cejas pobladas, leía un manuscrito. El hombre se mostró afable, a pesar de vestir una tristeza profunda. Dijo conocer muy bien a Argel, había sido su profesor en la universidad, se frecuentaban y se leían sus textos antes de publicarlos o enviarlos a concurso.

—¿Por qué no está entonces en su funeral, maestro?

—Nunca voy a funerales, me deprimen profundamente. Decidí pasar el día leyendo su último manuscrito.

—¿Con este ganó ese premio en México?

—Así es, pero no tuvo tiempo de disfrutarlo...—respondió el profesor, deteniendo el resto de su respuesta.

—¿Sabía *usted* que lo envió al concurso estatal también, no?

—¿Cómo lo sabe?—preguntó sorprendido el poeta.

—Me lo ha dicho su mujer.

—Esa mujer no es de fiar.

—Eso ya no importa, ganó el tal Almería ése. Así que el difunto no debió haberse *preocupao* tanto.

—No me explico cómo ganó Almería.

—¿Es malo el chaval?

—Siempre fue un escritor mediocre, pero se las ha ingeniado para ganar premios de poesía, cuento y novela. Pero no me refería a eso...—dijo un tanto indeciso de terminar el resto.

—Ya suelte la sopa, profesor.

—Argel estaba nervioso porque se enteró que el jurado había seleccionado su novela. Tarde o temprano se descubriría que la envió a dos concursos y lo despojarían de ambos.

—¿Pero cómo, si las obras se envían con seudónimo?

—Así fue, pero uno de los jurados había leído una versión del manuscrito de Argel en un taller que enseñó aquí en la ciudad hace un par de años y lo reconoció. Le llamó para decírselo, pero le pidió no compartiera la noticia aún.

—¿Y entonces cómo fue que ha *ganao* el otro gilipollas?

—No lo sé. Quizá descubrieron la filtración y decidieron darle el premio al segundo lugar.

—Voy a requisarle ese manuscrito, profesor.

El hombre no puso resistencia. Cerró el manuscrito engargolado y se lo entregó a Aqueberro. Regresó a las computadoras, vio a un chico jugando en una de ellas. Le ofreció un billete a cambio de una búsqueda rápida. En segundos pudo leer lo que buscaba y el chico regresó a sus videojuegos. El Kótex sonrió para sí, alineando su

boca hacia la derecha, justo hacia donde su nariz de púgil derrotado descansaba eternamente. En el reflejo del monitor vio la figura del Huevoluide entrar a la biblioteca. Parecía perdido, incómodo, como ateo en un templo. Mostró su placa cuando le pidieron registrar su entrada. Miraba hacia todos lados, pero Aqueberro sabía que no lo buscaba, seguramente se preguntaba para qué juntaban tantos libros en un solo lugar.

—Estás cabrón, Aqueberro. Tenías razón, salió pirujilla la morra. Compró los boletos, pero nunca subió al avión. Ya puse a mi “aspirina” afuera de su casa. La va a seguir a todas partes. Seguro no tardará en verse con el cabrón que se la anda cogiendo.

—No es necesario ir cagando leche, tío. Vámonos despacio.

—¿Quién carajos caga leche, Aqueberro? Además, nada de irnos despacio. Ya verás que en cuanto entrevistaste al padrote ése, va a soltar la lengua, cerramos el caso y todos contentos. El comandante Izaguirre se va a poner feliz y tú también, cabrón. Esa lana te va a venir de perlas. A ver si te compras otro saco. Ese ya está anaranjado.

—Este es el saco de la suerte, macho.

—¿Bueno, y qué haces aquí? —preguntó Arciniega un tanto aturdido todavía por estar entre tantos libros.

—Nada, vine a leer el periódico —respondió lacónicamente Aqueberro.

—Si no tienes ni pa'l pinche periódico, entonces sí estás jodido.

—Oye, consígueme la dirección de estas placas, macho —le pidió Aqueberro sacando un papel de su saco.

—¿Un sospechoso?—preguntó Arciniega.

Antes de que Aqueberro pudiera responder, el teléfono de Arciniega escupió una cumbia estrepitosa que levantó miradas reprobatorias en el recinto. La voz grave de Hermelindo Santibáñez, el aspirina de Arciniega, le informaba que la sospechosa había salido de su casa y ahora estaba en un motel de la ciudad. Salieron de la Biblioteca Central rumbo a un motel ubicado hacia el aeropuerto.

VI

Sin orden de cateo, pero con argumentos convincentes apuntalados por el discurso de una cuarentaicinco, el Huevoloide, Hermelindo y Aqueberro irrumpieron en la habitación 34 interrumpiendo una posición novedosa. El amante de la viuda intentó ponerse de pie pero su movimiento solo cerró un candado de piernas que lastimó a la joven. Hermelindo miró el largo miembro del amante sintiendo un sentimiento enorme de injusticia divina. Arciniega tuvo que darle un golpe en la nuca con la palma de su mano, para sacarlo de su asombro.

—¡Hostia, tío! Pero si es nada menos que Jaimito Arequipa, el padrote asesino—dijo Aqueberro, reconociendo al amante de la viuda.

—¿Lo conoces?—preguntó, sorprendido, Arciniega.

—Es todo un pájaro de cuentas. Yo lo hacía *encerrao*. ¿Cómo es que estás afuera, gilipollas, si te pillamos con el puñal en el cuerpo de la niña esa?—preguntó directamente Aqueberro al padrote.

—Ya cumplí mi condena, Kótex. Ya soy hombre nuevo en Cristo.

Un golpe seco cruzó el rostro del tipo. Su cuerpo, aún desnudo, cayó desmadejado sobre la cama. La mujer pegó un grito.

—Más respeto a la autoridad, qué son esas confianzas—dijo Arciniega, al tiempo que le propinaba el golpe al tipo.

—Mire, señora. Este tipo es un chulo de mierda que seduce tías para venderlas al Cártel del Bordo. Esos cabrones las explotan como esclavas sexuales. Usted tiene suerte de que estemos aquí. Por si fuera poco, ha matado a su marido porque seguramente los descubrió —explicó Aqueberro a la viuda.

—¡Eso es mentira! Él estaba conmigo todos estos días —gritó la mujer.

—A ver, Hermelindo. Hazte cargo del asunto aquí, mientras hablo con mi colega—ordenó Arciniega.

Aqueberro y Arciniega conferenciaron bajo el quicio de la puerta que daba al garaje, mientras Hermelindo mantenía quieto al proxeneta y la mujer permanecía sentada cubriendo su cuerpo con una sábana.

—Este arroz ya se coció, estos tórtolos ya se jodieron —dijo el jucudial.

—Tú asegúrate de que el chulo firme su confesión, encuéntrale una 22, y yo me encargo de la viudita —cerró Aqueberro. Los hombres regresaron al cuarto, Arciniega esposó al hombre y dejaron a Aqueberro con la mujer.

—Le estoy diciendo la verdad, aquí estuvimos estos dos días. No sé quién habrá asesinado a mi marido —dijo la mujer, desesperada.

—Mire, guapa. Ese chulo sólo la estaba usando y esta vez ya no sale de la pinta.

—Pero le digo que él no fue... —insistió la viuda.

—¡Hostia, mujer! —gritó Aqueberro—. Aquí la cosa es sencilla, usted decide, mi alma. Sólo tengo una pregunta. ¿Quiere seguir siendo víctima o cómplice? Porque aquí sólo hay dos sopas. Su marido está difunto y a usted la encontramos ensartada con ese criminal.

VII

Por la noche, durante la conferencia de prensa, el comandante Izaguirre no cabía de contento en su abultado ser. Su rostro mofletudo y moreno se erguía sobre un cuello atrapado en la adiposidad dormida. Lucía radiante, y sus ojos rojizos y húmedos delataban su estado etílico. Había citado a una rueda de prensa en el Centro de las Artes de la ciudad, donde la presencia del gobernador y de la directora del Instituto de Cultura sellaba el carpetazo. La comunidad cultural había colmado el auditorio, ansiosa de conocer al asesino de Argel del Alba. Izaguirre miraba, retador, a la directora general, quien en los últimos días había bajado el tono de sus declaraciones por “sugerencia” del gobernador Del Valle. Después de la verborrea de rigor sobre “estado de derecho”, “justicia expedita”, “confianza en las instituciones” y otras elucubraciones similares de un país ficticio, Federico del Valle, gobernador constitucional, cedió la palabra al procurador Izaguirre. Torpe, puso su manaza sobre el atril. Bajó el micrófono acorde a su estatura e hizo una seña al técnico para iniciar su presentación. A pesar de que su lengua ebria le jugaba un mal rato, Izaguirre hacía su mejor esfuerzo por darle su lugar a cada palabra. El expediente criminal de

Jaime Arequipa se proyectó sobre una cortina detrás del estrado. En su confesión, Arequipa dijo que, habiendo sido descubierto por el señor Del Alba, recurrió al asesinato por arma de fuego: un revólver Smith & Wesson, calibre 22, mismo que se encontró, convenientemente, en su departamento. Arequipa, además, había escapado de prisión cinco años atrás, donde purgaba una condena de veinte años por el asesinato de una joven. La señora Ofelia Ramírez, viuda de Del Alba, fue liberada inmediatamente. En su declaración, dijo haber sido amenazada por Arequipa, quien tenía planes, además, de venderla a un grupo criminal de trata de blancas. Agradeció su oportuno rescate logrado por la valerosa actuación del agente Arciniega. Al término de su reporte, Izaguirre culminó asegurando que después de una revisión minuciosa, se concluyó que el resto de las muertes de escritores fueron accidentes o suicidios. La protesta de la comunidad cultural parecía salirse de control, hasta que la licenciada Jazmín Betancourt se puso de pie y, con gesto de nado sincronizado, pidió silencio. La directora general del Instituto de Cultura, en una arenga refinada, llena de referencias aristotélicas y con un tono convincente, respaldó las conclusiones de la Procuraduría. La comunidad cultural en pleno se sintió satisfecha, no porque creyeran en la versión oficial sino porque nadie contradecía a la licenciada Betancourt, sin riesgo a perder becas y apoyos de todo tipo. Si ella estaba de acuerdo, quiénes eran ellos para dudar de su criterio, además, opinarían limpios de pelos en la lengua pero en *petit comité*, no se había perdido gran cosa; escritores sobraban. Aqueberro se mantuvo siempre guarecido por el anonimato de un palco en la planta alta. Desde ahí, reconoció a la mujer que había discutido con el tal Pedro Almería. Llevaba unos cartapacios y se mantuvo de pie hasta que la directora de cultura bajó del estrado. Ambas se retiraron del auditorio y se dirigieron a unas oficinas. Aqueberro regresó su mirada a la comunidad cultural. El murmullo maledicente surgió libre cuando la licenciada Betancourt, el comandante Izaguirre y el gobernador Del Valle hubieron abandonado el salón. Su mirada se posó sobre Pablo Almería. Se veía relajado. Un mohín alineó nuevamente sus labios con la nariz desviada; señal de haber dado con el asesino.

VIII

Al salir del Centro de las Artes, el cielo se caía a pedazos, pronto la calzada se haría intransitable, los coches navegarían entre el reflujo de las alcantarillas que expulsarían las entrañas de una ciudad ajena a lluvias torrenciales. Aqueberro corrió hacia su Nova 78 con dirección a la colonia Industrial. Dos horas antes, Arciniega le había entregado el domicilio asociado con las placas del coche de Almería. Aqueberro llegó un par de minutos antes y esperó hasta que Almería estacionara su coche. Apresuró su paso para sorprender al escritor al bajar de su Audi. La presencia imprevista del ex judicial, sacudió momentáneamente el buen ánimo del escritor.

—¡Oiga, felicidades! Da gusto vivir en una ciudad con una policía eficiente...—alcanzó a decir esto con un fingido tono de confianza.

El golpe fue seco en la boca del estómago. Aqueberro sacó su arma y la estacionó en las costillas del escritor, quien descansaba una rodilla en el suelo mojado mientras intentaba recuperar aire.

—Mira, gilipollas de mierda. Tenéis de buen escritor lo que yo de bailarín de flamenco. Ahora mismo entramos a tu casa a conversar.

El temblor nervioso de sus manos le dificultaba abrir la puerta. Al entrar, Aqueberro le ordenó tomar asiento en el sofá de la sala. Dio un vistazo a la casa.

—A ver, gilipollas. ¿Cómo es que habéis *ganao toos* esos premios si sois un pésimo escritor?

—Con todo respeto, señor policía... qué sabe usted de literatura.

—Yo nada, pero el profesor Iturbide sabe mucho.

—A ese viejo nunca le caí bien.

—Será porque escribís sólo guarradas. Mira, chaval; no tengo tiempo para escuchar tus malas historias. ¿Cómo le habéis hecho para ganar esos premios? Y lo más importante, ¿dónde guardáis el dinerito que habéis *ganao*?

—He ganado porque soy buen escritor, no sé por qué no puede entender eso.

—No lo entiendo porque el profesor Iturbide me ha dicho que uno de los jurados le ha filtrado a Del Alba que ganaría este premio.

Luego, muere misteriosamente, justo dos días antes de que se anunciara el ganador.

—Pero si ustedes ya encontraron al asesino. Ya comprobaron que lo mató ese narcopadrote. ¿Por qué insiste en este disparate? —preguntó nervioso, sorprendido por esta revelación que desconocía.

Aqueberro descansó el arma sobre una mesa y le pidió al escritor que se pusiera de pie. Cuando lo hizo, el ex judicial sacó de su memoria pugilística una combinación de gancho al hígado y recto de derecha que regaló al escritor.

—Mira, con lo que no contabais es que Del Alba había enviado la misma novela a un Premio Nacional y como él sí era buen escritor lo ganó. Así que pronto se descubrirá que tu novela y la suya son las mismas.

—Pero él ganó el Premio Nacional de Novela con otra, *La memoria de mis días*, así decía el anuncio del premio.

—Si no era un gilipollas como tú, le puso otro título, pero era la misma novela. Que se lo confesó a Iturbide, te he dicho.

—Será que me robó mi novela, por eso ganó.

El golpe ahora fue con la mano abierta sobre la sien y la oreja del escritor, quien inmediatamente puso sus manos en las orejas tratando de calmar infructuosamente el dolor y el chillido que habían entrado.

—En la cajuela de mi carro traigo el manuscrito de la novela, me la dio el profesor Iturbide, porque Del Alba se la dio a leer meses atrás. Así que no me hagas perder el tiempo. Quiero la verdad y el dinero del premio.

—¿No me va a entregar? —preguntó entre el dolor el escritor.

—No me interesa entregarte, quiero saber la verdad y el dinero. Ya tenemos ahí *encerrao* a un gilipollas que debe más de las que compró.

—Yo solo tengo la mitad del dinero. La otra mitad la tiene Isabel. Fue ella quien ideó todo desde el principio.

—¿La secretaria de Betancourt? Sabía que esa zorra tenía algo que ver.

—Sí, ella ha sido la responsable de los premios desde hace seis años, fue por eso que se le ocurrió todo esto. Es ella quien recibe los manuscritos y las plicas. Los manuscritos los envía a los tres miembros del jurado por paquetería y las plicas las lleva al notario. Cuando los

jurados tienen el dictamen, hacen una llamada para darle el nombre del seudónimo. Entonces, ella tiene una plica con mi información preparada, agrega el seudónimo con el título del libro y la imprime.

—Y la lleva al notario, quien también está *enterao* de esto —concluyó Aqueberro.

—No, él no sabe nada, pero ella tiene llave de su notaría.

—¡Hostial! Claro, con ese par de tetas y el culazo que se carga, puede abrir todas las notarías del mundo. ¿Y quién de vosotros hacíais el trabajo sucio?

—Ella mató a todos —respondió expedito.

—Esa tía no es tan fuerte para levantar un cuerpo y colgarlo, no me obliguéis a darte un par de hostias más.

—Está bien. Al poeta ése, ella lo sedujo en un bar y se fueron a su departamento. Lo drogó y yo lo subí a la soga. Luego ella atropelló a Valeria del Tobar, la segunda víctima. Al de Tijuana también ella lo mató con su 22. Y quedamos en que yo mataría a Argel, pero las cosas no salieron como queríamos, y pues volvió a sacar la 22.

—Joder con esta tía! Pues bien, ahora mismo le llamas y le explicas que se les ha caído el teatrillo. Que traiga sus ahorritos si no quiere pasarse su vida entera en la cárcel.

IX

La tromba tomó la ciudad por asalto. Aqueberro pensó en que Caritas, su mujer, estaría nerviosa, con el miedo que le tenía a los rayos. Quizá esté poniendo cubetas bajo las goteras, pensó. Tuvo el impulso de llamarle, quería decirle que estaría allá en una hora, quizá menos. Pensó también en que ella no le perdonaría que dejara ir a este par de asesinos libres. Pero Caridad no tendría por qué enterarse de estas cosas, como no se había enterado ocho años atrás que lo habían forzado a jubilarse y aceptar una pensión mermada. Su cavilación fue cortada por dos brazos de luz que asomaron por la ventana. Aqueberro amorazó al escritor. Sólo una lámpara de pie permaneció encendida, el parpadeo del arbotante enviaba también una tenue luz al interior de la

casa. Unos nudillos tocaron la puerta. El ex judicial la invitó a pasar. La joven entró cargando un bolso y un anzuelo en el escote. La falda corta y ceñida era también una trampa.

—Poned el bolso en el suelo, guapa —ordenó la voz de Aqueberro. La joven obedeció—. Encended la luz—continuó el ex judicial.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Isabel, tomando el respaldo de una silla cercana y encendiendo la luz.

—Primero acercadme ese bolso... y cuidadito con que quieras hacerme la graciosa, que ya conozco la clase de alimaña que sois.

La joven obedeció, tuvo que dar un par de pasos hacia delante para acercar el bolso hacia Aqueberro, quien permanecía sentado al lado de Almería. La mujer regresó sus pasos hacia la entrada y tomó asiento. Lo hizo exponiendo sus piernas, mostrando un ligero que atrapa-ba unas medias negras. Con un movimiento lento cruzó las piernas, dejando un resquicio que dejaba ver una entrepierna desnuda. “Está exponiendo sus cartas. No estaría mal echarse un polvo con la zorra”, pensó Aqueberro, mientras acercaba el bolso hacia sí sin dejar de observar a Isabel. Ésta vio cómo las pupilas del ex judicial lamían sus piernas. Echó un poco su torso hacia adelante, para que sus pechos se apretujaran y expusieran la ausencia de sostén.

—Las cosas pueden ser más divertidas para los dos, sabe usted —ofreció Isabel, esperando una reacción de Aqueberro.

—Para mí ya son muy interesantes, mi alma. Este bolso trae buena pasta y a este gilipollas le he *requisao* otro tanto. Además, he *olvidao* mi pildorita, tía, y sin ella, pues, da lo mismo.

La mujer aprovechó la distracción del ex judicial y con un rápido movimiento, estiró su mano derecha hacia su ligero y cogió una pequeña semiautomática que le perforó la frente a su cómplice. Tres tiros más rompieron cristalería barata y descubrieron la calva de Aqueberro. Éste, sin haberse movido del sofá, accionó su Glock y fue certero. Vio el tercer ojo en la frente de Almería y el pecho ensangrentado de la joven. Se puso de pie. “Me ha *arruinado* el saco”. Dijo al ver el agujero que dejó su Glock desde su bolsillo. Me estoy volviendo viejo, coño, por poco y me pilla una bala. Recogió su boina también horadada. Desató el cadáver de Almería y lo movió hacia el

sofá. Limpió su Glock, le dio un beso de despedida, y la colocó en la mano del escritor.

Afuera, la tromba señoreaba la ciudad. Los oídos de Aqueberro notaron ese concierto acuoso. Aqueberro tomó el bolso con el dinero y lo envolvió en un plástico para evitar que se mojara. Abrió la puerta, la lluvia inundaba la ciudad. De nuevo, la imagen de Caridad atrapando goteras. Bajo el dintel, volvió el rostro hacia los cadáveres. Por lo menos aquí se había hecho justicia y podría ver a su mujer sin remordimiento.

¿Qué haría Mario Almada?

Un caso de *El Kótex Aqueberro*.

1

Dominico el *Kótex Aqueberro*, policía judicial en retiro y admirador de Mario Almada, gimoteaba para evitar que su esposa lo viera llorar al final de *Cazador de asesinos*. Había visto esa película más veces de lo que le gustaría admitirlo y siempre le pasaba lo mismo, se enternecía hasta las lágrimas por la recuperación de Lalo, el pequeño hijo del protagonista, quien había caído en algo parecido al coma después de presenciar la violación y asesinato de su hermana y de su madre. Pero sobre todo, le conmovía la decisión de Eduardo, el personaje protagonizado por Mario Almada, de limpiar la ciudad de asesinos, violadores, narcomenudistas y todo tipo de malandros.

—¡Qué buena película! ¿verdad, Dominico? Ya no hacen películas como éstas, así con mensaje y todo —dijo Caridad Ángeles de Hidalgo, su esposa.

El Kótex carraspeó antes de responder.

—Tenéis razón, corazón —alcanzó a decir con su acostumbrado acento español espurio.

El Kótex fingía ascendencia española a pesar de haber nacido en Sonora. Lo más cercano que estuvo de España fue el lujurioso toqueo de un sacerdote vasco que ofrecía misas y caricias en la capilla del orfanato donde creció.

—¿Ya supiste que el viernes mataron a Estelita? Pobre, si ni dinero tenía, nomás la pensión que nos dan por ser viejos. Es la única gracia que tenemos —dijo Caridad mientras forcejeaba con la videocasetera para sacar la película—. Dicen que andan matando viejitos, deberíamos comprar un seguro, Dominico —remató con temor.

—¡Joder! Pero cómo crees que nos vendan un seguro, mujer. Si parecemos muestrario ambulante de enfermedades.

—¡Ay, Dominico! Son seguros contra accidentes y muerte violenta. Al Centro Belén, donde voy a tejer, van varios agentes de seguro a ofrecernos pólizas. Ahí tengo folletos para que lo veas, porque me da miedo que te pase algo. ¿Te imaginas qué haría yo sin ti?

—¡Vale, vale! Luego hablamos de eso. Y no pienses esas cosas que nada me va a pasar, mujer.

El Kótex Aqueberro se acercó a Caridad para plantarle un beso en la frente. No había dos seres más dispares viviendo bajo un mismo techo por cincuenta años. Aqueberro sentía que Caridad era su contrapeso y su salvación divina porque si había alguien en el mundo a quien Dios no le negaría un favor sería a su mujer. El Kótex se puso su acostumbrado saco rojo y corbata amarilla, estaba a punto de ponerse su boina española cuando recordó el Stetson que le había regalado un narco agradecido. Caminó hacia el viejo ropero y bajó la caja donde reposaba el sombrero. Se lo puso. Se vio en el espejo y sintió que le daba un aire a Mario Almada. “Me voy a la cantina, Caritas”, le dijo a su mujer y se dirigió a la Old Crimes, una cantina que parecía asilo de ancianos y nido de ex criminales.

Pidió un tequila y se fue directo a la rocola, donde eligió “Cazador de asesinos” con los Cadetes de Linares. Lo de fingirse español estaba bien, pero lo nortño lo llevaba en la sangre, pensó. Saboreó cada letra, cada acorde como Salmos bíblicos. Pidió otro tequila, ahora doble. Tenía aún la película en su mente. Comparó su vida con la de Eduardo, el personaje de Mario Almada, quien también era policía en retiro. Ese compa limpió la ciudad de lacras, ¿y qué hago yo? Planeo atracos con ese mismo tipo de cabrones. Pensó en la decepción que le causaría a Caridad si supiera lo que hace. Su mujer no sabía que suplementaba sus magros ingresos de la jubilación forzada con pequeños robos y extorsiones que hacían más llevaderos sus años ancianos. En esas reflexiones

se encontraba, cuando vio entrar al judicial Michel Lamartine Bastos, el Toblerone, un negro veracruzano con cabeza piramidal, que venía en su busca. Sostenía un cartapacio con sigilo, como si llevara el antídoto contra la resaca. Pidió una cerveza y se sentó junto al ex judicial.

—Sabía que te encontraría aquí. Anda un cabrón matando viejitos y no tenemos ni una puta pista, Aqueberro —dijo sin mediar saludo ni perder tiempo.

—Joder, sí. Algo he leído en los diarios, macho —respondió el Kótex fingiendo indiferencia.

—El comandante me pidió que nos echaras una mano. Los medios lo traen cortito y le quieren dar en la madre. Te promete un bono jugoso, viejón. ¿Qué onda, le entras?

—Que vaya al tomar por culo el gilipollas ése —espetó el ex judicial.

¿Por qué habría de ayudar al cabrón que lo obligó a jubilarse con una pensión raquítica? pensaba el Kótex. Era el momento de su venganza, que se joda el asqueroso comandante Izaguirre. El cabrón no metió las manos por él cuando lo acusaron de abuso de autoridad, a pesar de que sólo cumplía sus órdenes. Estaba a punto de pedirle al Toblerone que lo dejara solo cuando notó a un hombre que lo observaba desde otra mesa. Un tipo de rostro largo, cejas pobladas y bigote recortado. Llevaba con gracia un sombrero vaquero y una mirada férrea. “¡Me cago en la panocha santa!, pero si es Mario Almada”, exclamó para sí. El hombre levantó un caballito de tequila a manera de brindis, y el Kótex hizo lo propio.

—Dile al gilipollas ese que acepto, pero la pasta por adelantado —respondió terminándose tu tequila doble.

El Toblerone lo conocía bien, había sido su compañero de patrulla hasta que el Comandante Izaguirre lo obligara a jubilarse. Por eso venía preparado y le extendió el cartapacio junto a un fajo de billetes.

—10.000 pesos libres de polvo y paja, Aqueberro, lo demás cuando termine todo —dijo el veracruzano.

—No tardará en recuperarlo el gilipollas ése —dijo el Kótex quien aceptó el caso no tanto por el estipendio ni por solidaridad al gremio de la tercera edad sino porque imaginó a Caridad siendo víctima de ese “mataviejitos”.

Recordó nuevamente la película, el rostro de Mario Almada al llegar a su casa y ver a su mujer y su hija muertas. El Toblerone dio un sorbo matador a su cerveza y oteó hacia todos lados.

—En un descuido el mataviejitos entra aquí y se despacha a todos ustedes, se ahorraría muchas vueltas a sus casas. Deberías cambiar de cantina —dijo poniéndose de pie. Hizo mutis del Old Crimes mientras Los Cadetes de Linares cantaban “Pistoleros famosos”. El Kótex regresó la mirada hacia el hombre del sombrero pero ya no estaba ahí. Pensó que el tequila le estaba empezando a traicionar, se sacudió la cabeza y pidió un café.

2

Despertó cuando sintió la bendición de su mujer en la frente. Caridad le dijo que iría al Centro Belén a tomar café y tejer con sus amigas. La vio caminar cansina, cojeando ligeramente. Se incorporó con cautela haciendo un recuento de los daños; dolor de cabeza, espalda, reumas, artritis. Se puso de pie y permaneció así por unos segundos antes de caminar hacia el baño. Los talones le dolían y su cabeza se debatía en arruinarle el día o dejar en paz al pobre diablo. Caminó hacia el baño, descargó la vejiga, se lavó la cara y regresó a su cuarto. Había un olor que lo atraía desde la cocina. Caminó hacia allá y descubrió unos chilaquiles en el sartén y el café listo en la cafetera. “Caritas de mi vida”, dijo para sí el Kótex.

Por la noche había dejado los expedientes que le dio el Toblerone sobre la mesa. Se sirvió el desayuno y los abrió. Todas las víctimas habían sido ejecutadas de un balazo, pero algunas mostraban huellas de haber resistido. Notó que cuatro de las seis víctimas tenían la misma edad: 85 años. Una más tenía 84 y otra 86, este último fue el primero en ser asesinado. Leyó los nombres y primero pensó que había un error, que el Toblerone había organizado los expedientes por orden alfabético en sentido inverso. Una segunda inspección comprobó que el expediente llevaba un estricto orden cronológico. “¡Me cago en la concha de su madre! El hijo de puta asesina por edad y orden alfabético”. El

hombre de 86 años llevaba por apellido Zazueta. Tirado, Talamantes, Sánchez y Rojas tenían 85 años y la última víctima, Pérez, tenía 84. Había dos mujeres entre los muertos, entre ellas Estelita, la amiga de Caritas. Ver sus rostros provocó una sensación de rabia. Imaginó a su mujer sobre la plancha de la morgue. “¿De dónde toma las nombres el hijo de puta?”, se preguntó. Recordó la conversación con su mujer sobre Estelita. Se puso de pie y caminó hacia el teléfono de la sala. Marcó el número del judicial.

—Lamartine Bastos —respondió al teléfono el judicial.

—Toblerone, necesito el padrón de pensiones del programa de adultos mayores.

—¡Cabron, si te acabo de dar diez mil pesos!

—Joder, Toblerone! Haz lo que te digo, macho. Cuando los tengas, házmelos llegar a casa.

Regresó a los expedientes. Terminó su desayuno. Los chilaquiles no serían suficientes. La resaca acentuaba otros dolores que siempre estaban al acecho, en espera del menor descuido provocado por la humedad, el calor, el frío o la puta que los parió. Siempre había un pretexto para asomarse y recordarle que era un viejo. Tomó un par de analgésicos y los tragó con el café.

Las fotos de las viejitas asesinadas le rondaban la cabeza. Terminó su café y fue a su cuarto. Se quitó el pijama y se puso unos pantalones café de poliéster. Abrió el armario, tomó una camisa morada y una corbata amarilla. Se puso ambas después de bañar sus axilas con desodorante aerosol. Fue al baño, se mojó un poco el cabello y peinó lo que le quedaba.

Los empleados de la farmacia de similares que tenía como vecinos, habían decidido revelarse ante su tradición musical y cambiaron el reggaetón por el conjunto norteño. Un acordeón entraba por la ventana. Quizá era una señal, pensó. Se vio en el espejo y su rostro se confundió con Mario Almada. Otra señal. Entonces optó por el Stetson nuevamente. Tenía en la cabeza las imágenes de las viejecitas y decidió darse una vuelta al Centro Belén. Encendió el carro y lo dejó así unos minutos, mientras caminaba hacia la farmacia. Una bocina gigante imponía su música a dos cuerdas a la redonda.

—Buenos días, vecino—saludó el empleado.

Un hombre de unos treinta años con el rostro de caballo y la sonrisa de hiena, un adefesio digno de ser rechazado en un circo.

El Kótex correspondió al saludo y pidió una caja de Cafiaspirina. —Somos similares, vecino, no se le olvidé—relinchó el tipo y le ofreció una alternativa más barata.

—Vale, me da igual, macho, pero si no me quita este puto dolor de cabeza regreso y te machaco la jeta a tortazos—dijo el ex judicial.

Salió de la farmacia empujando a la botarga que bailaba y lo incitaba a hacer lo mismo. Regresó al patio de su casa donde lo esperaba su Nova 1978, se subió a él y se dirigió hacia el Centro Belén. Su mujer se sorprendió al verlo. Lo presentó con las otras ancianas y el Kótex se quedó ahí un par de horas esperando a que asomaran la cabeza los vende pólizas. Ninguno llegó. En su regreso a casa almorzaron comida china en el Café Azteca.

Por la tarde, el aspirina del Toblerone llevó el padrón de jubilados a la casa del Kótex. Le cayó la noche examinando los expedientes y sacando conclusiones. El ex judicial ordenó los casos por edad. Si su teoría era correcta, la siguiente víctima sería Aurelia María Pascual, de 84 años, y con domicilio en Calle Altamirano 56 en la colonia Centro, Primera Sección. Ahora sólo faltaba saber cuándo volvería a actuar. Hizo un esquema con las fechas entre cada asesinato. El asesino dejaba pasar cinco días entre cada crimen, el último de ellos había sido el viernes pasado, por lo tanto, si seguía su rutina esta noche visitaría a doña Aurelia.

Eran ya las once de la noche y si tenía suerte aún podría estar con vida. Tomó el teléfono para llamar al Toblerone, ellos podrían hacerse cargo del asesino. Cuando marcaba los números, escuchó la voz de Mario Almada en el cuarto, su esposa había puesto nuevamente la película. “¿Qué haría Mario Almada?”, se preguntó el Kótex. La bocina del teléfono escupía una voz gruesa. Colgó y fue por su sobaquera y su Browning 9mm. Se subió en su Nova 78 y enfiló hacia el domicilio.

3

La colonia centro estaba a solo unas calles. Pasó por la zona roja y a dos cuadras dio con la calle Altamirano. Bajó la velocidad intentando

descifrar la nomenclatura caprichosa. Los fanales del Nova apuntaron como brazos flamígeros, el movimiento de un hombre que salía apresurado de una casa. “¡A ver tú, gilipollas, párate!” gritó el Kótex. La respuesta del hombre fue instantánea; dos tiros impactaron la carrocería del carro. “¡Hijo de la gran puta, mi Nova!”. El hombre subió a su carro aprovechando el desconcierto y la edad del ex judicial. Emprendió la huida pero el Kótex sacó su Browning y disparó en tres ocasiones; una llanta sintió el balazo. El asesino siguió acelerando. El Kótex fue tras él. El carro del hombre serpenteaba, por momentos invadía las baldosas, y luego regresaba al asfalto. Enfiló hacia la avenida Colón, pero la llanta herida le hizo perder el control del auto y se estrelló ante la valla fronteriza. El impacto provocó una pequeña explosión y un incendio al interior del cofre. El Kótex detuvo su Nova en medio de la avenida. Bajó de él con su Browning por delante, se acercó, cauteloso. Las llamas del auto cobraban fuerza y amenazaban por envolverlo completamente. El hombre había perdido el conocimiento con el impacto, pero su pistola estaba en el tablero. Se acercó a éste y buscó su cartera. Estaba en el bolsillo del pantalón. Tomó una tarjeta de identificación y el dinero, antes de regresar la cartera al bolso del saco. El hombre recobraba el conocimiento. Forcejeaba por abrir los párpados y emitía quejidos. El coche no tardaría en explotar. “¿Qué haría Mario Almada?”, pensó el Kótex. ¿Sacaría al asesino para que la justicia se encargara de él? La respuesta vino del tocacintas del Nova, que se había vuelto una rocola automática: “El cazador de asesinos” se reproducía por sí sola. Su Browning lo despidió sin culpa. Empezaban a llegar curiosos en su regreso al otro lado, después de una noche de copas y chichis. El Kótex mostró su placa al aire, se subió al Nova y abandonó la Cristóbal Colón en dirección hacia el Old Crimes.

Ya con un par de tequilas en la panza, pidió el teléfono al cantinero y llamó al Toblerone, el veracruzano llegó una hora después. Su mole atravesó la doble puerta del Old Crimes dejando un tufo a loción barata.

—¡Qué cagadero me dejaste, pinchi Aqueberro! Quedó medio chamuscado el bato, pero los bomberos llegaron antes de que explotara todo el pinche carro. ¿Por qué no me llamaste para arrestar al

hijo de puta? Así yo hubiera quedado como héroe. ¿Ya viste las redes sociales? Ahora toda la raza cree que hay un vengador anónimo suelto en la ciudad. El jefe está más encabronado, dijo que la mitad de la lana es suficiente.

—El hijo'puta disparó primero, joder. ¿Qué querías que hiciera?

—Que me hubieras hablado antes de ir a perseguirlo.

—No estaba seguro si saldría a matar, solo era una teoría.

—Pos salió bien la teoría, güey. La neta, era toda una fichita ese cabrón. Se llamaba Tadeo Domínguez y estuvo varios años en el bote por asalto a mano armada. Hace unos meses lo volvieron a pepenar, pero lo dejaron libre bajo fianza.

—Asalto a mano armada, ¿y cómo es que trabajaba en una aseguradora?

—¿Cómo lo sabes?

—Los gringos le llaman “police work” —dijo Aqueberro, poniendo el carnet de identificación del Seguros Frontera.

—“Police work” mis huevos. Acá le llamamos rapiña. ¿Y la lana? No dejaste nada para los pobres.

—Era un pinche Godínez, apenas y traía para un trago el infeliz.

—Ni una palabra de la identidad del bato, Aqueberro. No lo vayas a andar revelando.

—Joder! No me digas que ya sacó negocio el hijoputa del comandante. Me cago en los querubines. Apuesto a que negoció con la compañía de seguros para no revelar el nombre del asesino.

—Yo no he dicho nada, pero ya lo sabes. Ni una sola palabra porque te carga el payaso.

—No soy ningún chivatón. Oye, pero, entonces ¿qué hay del resto de mi pasta? —preguntó el ex judicial.

—No, Aqueberro. El Comandante piensa que lo hiciste adrede, para joderlo más. Ahí muere. Ya con tus diez mil te alivianas para que te compres otro pinche saco. Ya me voy a echar jeta un rato, mañana por todas partes saldrá la noticia. “¡Cae el asesino, el asesino serial!” —dijo el judicial y caminó hacia la puerta.

“Asesino serial, la puta que lo parió”, pensó el Kótex. Pidió un tequila y caminó hacia la rocola. Sacó unas monedas y programó “El

Cazador de asesinos”. Regresó hacia su mesa. Alguien tuvo que embolsarse el dinero de los seguros y este pelagatos sólo servía para matar. Vio al resto de los viejos que hacían de la cantina su segunda casa. Algo no terminaba de convencerlo. El “Mataviejitos” debió tener un cómplice. Había un asesino suelto por ahí, que estaría durmiendo profundamente en estos momentos sin sentir culpa alguna. “Eso no está bien”, dijo para sí el Kótex, sorbiendo la última gota del tequila. “No está nada bien”, repitió cuando se puso de pie y caminó hacia la salida al compás de Los Cadetes de Linares.

4

Cuando despertó, Caridad ya había salido rumbo al Centro Belén. Le había dejado los periódicos sobre la mesa y los folletos de las aseguradoras. El Kótex abrió uno de los periódicos. En la nota roja aparecía la foto del “Mataviejitos”. Mostraban la foto de su último arresto y no la del cuerpo semi-calcinado. Mientras leía los diarios, el noticiero local competía por su atención. La tuvo cuando reconoció la voz del comandante Izaguirre, quien aparecía sentado frente al conductor del noticiero matutino. El rostro abotagado del comandante acusaba sus desvelos y su afición etílica. Llevaba un puro nuevo en su mano derecha y lo movía como conductor frente a la sala de conciertos. Aseguraba que no había un vengador anónimo en la ciudad, como la gente rumoraba, sino que el asesino había caído por una operación especial llevada a cabo por agentes encubiertos bajo su mando. “Era un asesino serial solitario, lo más probable es que haya sido víctima de violencia infantil por parte de sus abuelos, quizá hasta abuso sexual, y por eso tenía una obsesión por asesinar ancianos. Pero gracias a nuestro operativo, nuestros abuelitos pueden estar tranquilos” aseguró mirando a su pantalla y apretando el puro sin encender que llevaba en su mano.

El Kótex regresó a leer los periódicos, pero su mirada se topó con los folletos de las aseguradoras. Leyó la información sobre los seguros contra muerte violenta. Había estadísticas sobre asesinatos, asaltos y secuestros con final trágico, todo un panorama desolador y un futuro

negro para los sobrevivientes de las víctimas no aseguradas. Las cuotas para los adultos mayores eran muy accesibles, puesto que en las estadísticas de muertes violentas no figuraban como víctimas predilectas de los criminales.

¿Para quién trabajaba el gilipollas éste? Coño, pues es cuestión de conocer los beneficiarios de estas muertes y ya, para qué tanto rodeo, ahí vas a encontrar al cómplice, Aqueberro. Dijo esto último en voz alta y su temor a la senilidad subió una raya más. Miró la cara del folleto nuevamente. Seguros Frontera. Un escalofrío reptó por sus intestinos al imaginar al asesino hablar con su mujer. Tomó el teléfono y llamó al Centro Belén. Pidió hablar con su esposa. Cuando Caridad contestó, le pidió que tomara el periódico, buscara la sección policiaca y viera la foto del asesino. “¡Ave María Purísima!, si es el licenciado Gómez Zazueta, el de los seguros”. El Kótex se vistió y salió hacia la aseguradora, esto ya era personal.

Las oficinas de Seguros Frontera se encontraban en la Plaza Américas, un centro comercial en el área pudiente de la ciudad. El Nova 78 desentonaba con los autos estacionados a su alrededor. ¿Cómo chingados habían contratado a un delincuente hecho y derecho en una compañía como ésta? Eso lo respondería el gerente por las buenas o por las malas, se dijo, mientras bajaba del auto. Un guardia de seguridad de piel gruesa y mirada penitenciaria le abrió la puerta de cristal a un par de hombres trajeados que entraban al edificio.

Cuando vio al Kótex con su saco rojo, corbata amarilla y sombrero vaquero, tuvo el instinto de cerrarle el paso. El ex judicial se adelantó al guardia y le mostró la placa. “Asunto oficial, colega”, dijo Aqueberro, y el rostro de piedra del guardia pareció sudar orgullo. Se quedó soñando, quizá si pudiera hacer que desaparecieran sus antecedentes penales podría llegar a ser policía y entonces sí, ahí estaba la lana. El ex judicial se introdujo a un vestíbulo ultramoderno, decorado minimalistamente y ambientado con una música insípida. A unos metros de la entrada estaba la recepción. Aqueberro pidió hablar con el gerente, la recepcionista accedió a llamarlo después de ver la placa. Le pidió tomar asiento mientras cogía el teléfono.

—El licenciado Gutiérrez está ocupado, en cuanto tenga oportunidad lo recibirá —le informó la secretaria con una sonrisa esculpida por un salario muy por encima del mínimo —. ¿Le ofrezco algo de beber? ¿Café? —preguntó la joven.

—Bueno, un café estaría muy bien, mi alma. Si le pone un poco de whisky nadie dice nada.

Treinta minutos después, la recepcionista le informó que estaban listos para recibirlo. ¿Listos? Eso no suena bien, pensó el ex judicial. Siguió a la mujer hasta el elevador. La proximidad de la joven, su cuerpo entallado por un vestido ejecutivo, el silencio y su perfume, provocaron un cosquilleo anómalo en el miembro del ex policía. ¡Joder! Esta morena jala más sangre que la pastillita, pensó. Las puertas del ascensor se abrieron y terminaron con la fantasía que empezaba a formarse en la cabeza de Aqueberro. Antes de entrar, la joven tocó la puerta con sus nudillos para anunciar su llegada. “Adelante”, dijo una voz aguda desde el interior de la oficina. La recepcionista abrió la puerta y se retiró. El ex judicial la vio alejarse, hasta que desapareció por las fauces metálicas del ascensor. Entró a la oficina del gerente, quien lo esperaba de pie, flanqueado por dos hombres de traje.

—El licenciado Pedroza y el licenciado Rocamora, abogados de Seguros Frontera —dijo el gerente señalando con su mano a los dos hombres —. Dígame, ¿qué se le ofrece? El comandante Izaguirre no me informó de ninguna investigación —espetó el gerente sin presentarse y observando de arriba abajo al policía.

— ¡Joder! El comandante conoce el valor de la discreción, señor gerente. ¿Sabéis cuántos periodistas andan husmeando por su oficina, poniéndole sus micrófonos como pollas esponjadas en la boca? —inquirió el ex judicial.

—Esta empresa aprecia la discreción. Dígame que estamos agradecidos por el silencio en los medios — intervino uno de los licenciados.

—Eso sí que ha sido difícil, señores. ¿Os imagináis que uno de esos que se dicen periodistas, dijera que Tadeo Gómez Zazueta trabajaba para vosotros? —dijo El Kótex, entendiendo que saldría más rico de lo que había entrado.

— Ese comandante no tiene palabra. Quedamos en algo —reclamó el gerente.

— Verá usted, señor gerente. Esto ya no es con el comandante. Esto es un asuntillo particular, sabe.

— Eso es inaceptable, lo sabrá el comandante. Ahora cualquier imbécil quiere venir a chantajearnos.

— Si usted le dice una palabra al comandante, yo le paso el carné de identidad de su empresa a mi amigo periodista. ¿Os imaginaos el escándalo que se armará cuando la gente se entere de que vosotros empleáis delincuentes para vender sus seguros? Yo tengo esa credencial en mi poder.

— ¿De cuánto estamos hablando? —preguntó sin tapujos el licenciado Pedroza.

— ¡Venga! Directo y sin escalas. Se han perdido los valores. Pues nada, unos cien mil pesillos para que luego no suelte la lengua uno de los policías —respondió El Kótex.

— Necesitamos unas horas para juntar esa cantidad.

— A las 10 de la noche, usted, señor gerente, me lleva el dinerillo a la cantina Old Crimes. Está en el centro de la ciudad, no tiene pierde.

— No sé si sea prudente presentarme a una cantina del centro con esa cantidad.

— Es más prudente que contratar a un ex convicto como vendedor de seguros, señor gerente.

— Está bien. Yo mismo llevaré el dinero a las diez de la noche.

— Eso es, ya verá usted que el lugar es más tranquilo que un asilo de ancianos. Ahora, falta el otro asuntillo.

— ¿De qué asuntillo habla? —dijo uno de los abogados.

— Vamos, pues de cuál va a hacer. ¡De Tadeo, coño, de Tadeo! No podemos dejar esos cabos sueltos. Decidme, ¿cómo fue que habéis contratado a un ex convicto? ¿No le pedisteis carta de antecedentes penales?

El gerente miró a sus abogados. Uno de ellos, el más joven, le dijo algo al oído y aquel asintió con la cabeza.

— Venía altamente recomendado y no seguimos el procedimiento habitual de contratación, pero no podemos entrar en más detalles. Es una cuestión de suma delicadeza.

—¿Con que esas tenemos, eh? Joder. Pero vamos, que no puedo irme sin ver las pólizas que vendió el Tadeo ése.

De nuevo una consulta secreta entre el licenciado y los dos abogados. El Kótex los observaba siguiendo sus gestos. Después de unos segundos, el licenciado abrió una de las gavetas y puso una pila de archivos sobre el escritorio.

—Aquí tiene duplicados de todas las pólizas que vendió desde que empezó a trabajar con nosotros.

—Vaya si andaba ocupado el angelito. ¿Cuándo empezó a trabajar aquí?

—Habría cumplido un año el mes próximo.

—¿Todas esas pólizas cobraron seguro?

—No, solo las que están en fólder rojo. Algunos otros murieron por causas naturales y otros tantos aún están activos.

—¿No habéis sospechado de él cuando empezaron a pagar las pólizas? —preguntó el Kótex tomando los expedientes.

—Nuestro investigador no encontró nada sospechoso en las muertes... digo, nada que indicara que los beneficiarios hubieran tenido algo que ver con las muertes.

—Joder! ¿Tenéis vuestro propio investigador? Quiero hablar con él.

—Además del reporte policial, nosotros hacemos una investigación también, pero no es un empleado de la empresa, sólo lo contratamos para investigaciones de este tipo. Se llama Valdemar Arancibia. Quizá lo conozca, fue policía también. Mi secretaria puede darle sus datos.

El Zopilote Arancibia, por su puesto que lo conocía, fue incapacitado años atrás cuando una bala lo convirtió en eunuco de la noche a la mañana.

—Hagamos una cosa, que sea el Zopilote Arancibia el que me lleve el dinero al Old Crimes.

—Por mí, mejor.

—¿Cómo cobraban el seguro los deudos?

—Por depósito bancario o cheque.

—¿Todos los trámites los hacía el angelito Tadeo?

—Sí, así funciona este negocio.

El Kótex tomó los archivos y salió del edificio. El sol le pegó de lleno en la cara y lo obligó cerrar los ojos. Mientras caminaba a su carro reflexionaba sobre la identidad de la persona que recomendó al asesino. Debe ser una caca muy grande para que callen estos gilipollas. Sacó las llaves del Nova y al abrir la puerta, un eructo del infierno le cayó en la cara. ¡Me cago en todos los santos! Inmediatamente recordó a Caritas. Pensó en el regaño a sus blasfemias, tuvo el impulso de persignarse, pero si Dios existiera, pensó, no hubiera creado este infierno. Bajó las ventanas, encendió el carro y avanzó por la calle maldiciendo la inexistencia de Dios.

5

El Zopilote Arancibia era un tipo alto, flaco y con un popote doblado como cuello. Tenía cara afilada y una aleta de tiburón en lugar de nariz. Era buen policía, con un olfato de sabueso infalible, pero todo cambió cuando le volaron los huevos en un operativo. No pidió su incapacidad médica inmediatamente, regresó al trabajo un par de meses después, pero la carrilla de los compañeros lo obligó a pedir su baja por incapacidad médica. El Kótex lo vio entrar al Old Crimes con la mirada desconfiada. Le hizo una seña para que lo ubicara en el fondo de la cantina, al lado de la rocola para controlar la música. Los ex policías se saludaron con un abrazo y una competencia de palmadas cada vez más fuertes.

—¿Qué hay, Aqueberro? ¡Vaya lugar que has elegido! Esta cantina parece la antesala del panteón, puro pinche vejete.

—No estás muy lejos de la verdad porque lo que se dice y se planea aquí, debe quedarse aquí, si no, el siguiente trago será en el hoyo.

El Zopilote borró lentamente la sonrisa socarrona. Metió su mano en el bolsillo interior de su saco y puso un sobre en la mesa. El Kótex se apresuró a tomarlo y guardarlo en su saco.

—¿Está toda la pasta?

—Supongo que sí, no me puse a contarlo. Me dijo el licenciado que querías hablar conmigo.

—Tadeo Gómez Zazueta. Afloja toda la mierda que tengas sobre él.

—Hace calor, Aqueberro. El gaznate no se aceita con saliva.

—Joder, me saliste poeta.

El Zopilote Arancibia encendió un cigarro. Paneó la cantina, registrando cada uno de los comensales con su mirada. El Kótex leyó su desconfianza y aprovechó para llamar a Flor, la mesera.

—A ver, Florecita, poned unas cañas y unas tapas aquí.

—Déjese de mamadas, Kótex. Ya le he dicho que a mí no me hable así.

—Carajo, Flor. Ponme una cubeta de cervezas y una botana.

Flor regresó hacia la barra. El Zopilote seguía pensativo.

—¿Cuánto? —preguntó Aqueberro.

—Digamos que la mitad de lo que hay en ese sobre —respondió El Zopilote.

—Joder, macho! Te quieres poner cojones postizos a mis costillas.

Flor llegó con la cubeta de cervezas y un plato con cacahuates, chicharrón y aceitunas nadando en chile. Tomó dos botellas y las descorchó. Mientras la mesera acomodaba todo, Aqueberro pensó en abandonar su plan. ¿Qué coño me importa lo demás? Ya quité al asesino de encima y hasta salí con cien mil pesillos. Que le den por culo al Zopilote. La rocola, sin haber tragado ninguna moneda, dejó salir “Cazador de asesinos”. El Kótex permaneció absorto, confundido por la activación de la rocola. Cuando sacó el dinero de su cartera para pagarle a Flor, ella lo rechazó. La cuenta ha sido pagada por el caballero de aquella mesa, dijo mientras señalaba al hombre de sombrero texano y chaleco de piel. Agradeció el gesto levantando su sombrero. Me cago en lucifer encuerado, ahí está de nuevo don Mario. Era una señal, no debía olvidarlo.

—Veinticinco mil lucas —ofreció Aqueberro, no sin sentir un dolor en el alma por esos veinticinco mil.

—Está bien, brindemos por ello —dijo Arancibia levantando una de las cervezas.

—Según tus jefes, no encontraste nada irregular.

—Nada, nada, lo que se dice nada, no. El tal Tadeo tenía un contacto en el banco. Alguien que hacía buenos los cheques y las transferencias.

—¿Y los deudos?

—A esos los engañaban. Les decían que el anciano había dejado de pagar la póliza y se había cancelado meses antes de fallecer. Otros más eran fantasmas. Visité varios domicilios de los beneficiarios y resultaron ser casas abandonadas o lotes baldíos. Ya no tenía duda, los mataron para cobrar seguros.

—¿Y por qué no se lo habéis dicho a tus jefes? ¿Te llevabas una tajada?

—Digamos que me compré un seguro de vida al no delatarlos. Yo que tú, dejaría las cosas como están.

—Vamos, macho, no es para tanto. Esos hijos de puta mataron a una amiga de mi mujer, en una de esas se la cargaban a ella también. Solo dame el nombre, de los demás yo me encargo.

—¿Cómo está Caridad? ¿Por qué no te ha mandado a volar?

—Está bien, se entretiene en el Centro Belén. Ahí pasa las mañanas. ¿Y tu mujer?

El Zopilote Arancibia no respondió, sacó una tarjeta de presentación de su cartera y escribió el nombre del contacto del banco. Aqueberro leyó el nombre y la tarjeta de Arancibia. “Así que eres huelebraquetas”, dijo al ver que ofrecía sus servicios de investigador privado. Los dos hombres bebieron hasta terminar las cervezas. Antes de despedirse, el Kotex fue al baño, separó los veinticinco mil pesos y volvió salir. Le dio el dinero al Zopilote. Ambos salieron del Old Crimes. Una vez en el estacionamiento, se despidieron. El Kótex se subió al Nova y avanzó hacia donde Arancibia había estacionado su carro. Bajó la ventana.

—¿Sabéis que haré con esta pasta? Tumbarme unos días en la cama y rascarme los cojones. ¿Por qué no hacéis lo mismo? Antes de esperar respuesta, aceleró. El polvo y la mentada de madre los vio por el retrovisor.

La mañana siguiente, el Kótex se despertó de buen humor. Unos chilaquiles picosos, un café bien cargado y un periódico lo esperaban en el comedor. Además del desayuno, le llamó la atención un fólter. Cuando lo abrió se sobresaltó. Era un seguro de vida a nombre de su mujer. “Caritas”, “Caritas”, “¿dónde estás mujer?”. No la encontró. seguramente se fue al Centro Belén. La muy ladina, ya había comprado el seguro cuando me habló de ellos, pensó. Sintió alivio al recordar que el asesino ya no le podría hacer daño. Cancelaría la póliza en cuanto regresara su mujer. Se sentó a desayunar para después ir al Banco del Pacífico, donde hablaría con el gerente cómplice del asesino. Abrió el periódico.

“Hallan encobijado en canal Huisteria: Era gerente del BANPAC”.

Leyó la nota enseguida. Reconoció el nombre del hombre asesinado, pero quiso cerciorarse y sacó la tarjeta del Zopilote Arancibia. No había duda, era el gerente involucrado con las muertes de ancianos. Caminó hasta el teléfono y marcó el número del huelebraguetas. No hubo respuesta. Dejó un mensaje. ¡Me cago en la puta que lo parió! Apenas había colgado el teléfono y este empezó a repiquetear.

—Bueno.

—¿Aqueberro?

—¿Quién es?

—Soy Lamartine. ¿Por qué le llamaste a El Zopilote?

El Kótex se quedó en silencio un momento, pensativo. El molesto respirar del Toblerone le aturdía los oídos.

—¡Aqueberro!

—Me ha dado su teléfono para un trabajo, ¿qué coño haces en su casa?

—¿Un trabajo? ¿No le habrás dado cuello tú?

—¿Pero qué dices, macho? ¿Han matado al Zopilote?

—Bien muerto. Le reventaron la cabeza de un tiro, pero primero lo torturaron. ¿De qué trabajo hablas?

—No me lo dijo, pero cosas de infidelidades. Se había vuelto huelebraguetas.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Anoche, en el Old Crimes.

—Pues tendremos que interrogarte, cabrón. Tú fuiste el último que lo vio vivo.

—¿A las ocho en el Old Crimes?

—Está bueno. Allá nos vemos.

Cuando terminó la llamada, el Kótex fijó su pensamiento en la tortura del Zopilote. ¿Qué le habrán sacado? No tenía ninguna duda, los dos asesinatos estaban relacionados. Alguien quería borrar todas las huellas que condujeran hacia el autor intelectual del fraude a la aseguradora. ¿Estarán metidos los licenciados esos? Pensó. Con el banquero muerto no había otra persona que pudiera conectarlos. ¿Pero qué habrá dicho El Zopilote? ¿Por qué lo torturaron? Me cago en la furia de Dios. ¡Joder! Caritas. Recordó que le había comentado al Zopilote sobre el Centro Belén. Inmediatamente llamó al centro. Le dijeron que no estaba ahí. Sintió un mareo, pero se recuperó pronto. Fue hacia su recámara, se puso el saco rojo, tomó su Browning de su clóset y se caló el Stetson. Escuchó ruido en la puerta de la cocina que daba al patio. Tomó su pistola y caminó hacia allá sin hacer ruido. Afuera, las bocinas de la farmacia Similares reventaban el silencio de la mañana con una tecnocumbia. La perilla de la puerta giraba. El Kótex apuntó su Browning, esperaría hasta que abrieran la puerta para reventarle la cabeza. Pero la puerta no cedía, no tardarían en echarla abajo, pensó. Unos toques ligeros y una voz aguda llamando a Dominico, reemplazaron la insistencia por abrir la perilla.

—¡Joder! Caritas. ¡Qué susto me has metido, mujer! —dijo Aqueberro cuando abrió la puerta.

—¿Qué pasa, Dominico? ¿Por qué traes esa pistola del diablo en la mano?

—Nada, nada, mujer. La estaba limpiando. ¿Por qué querías entrar por esta puerta?

—Olvidé las llaves y la cartera, Dominico. Me di cuenta al querer pagar al taxi, aquí está afuera esperando. No te quería despertar. Vine por la cartera y las llaves y me regreso en el taxi.

—Olvida eso, mujer. Yo te llevo. Le pagaré al chafirete y nos vamos.

Aqueberro convenció a Caridad para que pasara el día con su cuñada. No quiso explicarle nada para no preocuparla. Del seguro de vida, ya hablarían después, le dijo. Cuando dejó a su mujer en la casa de su cuñada, el Kótex paró en un teléfono público. Para su mala suerte, no funcionaba. Ya es hora de que te compres un móvil, tío, se dijo. Miró el reloj. El Old Crimes ya estaría abierto, se dirigió hacia allá. Cuando estacionó su Nova en la calle. Al entrar pidió una cerveza y se sentó en un banquillo de la barra. Era temprano, sólo había un tipo bebiendo cerveza al otro extremo. Al Kótex le pareció demasiado joven para estar en el Old Crimes. Le calculó unos cincuenta años. Tenía pinta de judicial o de haberlo sido. Flor le trajo la cerveza y se retiró. Aqueberro le dio un trago y puso la botella en la barra. La veía como si las respuestas estuvieran ahí. Tenía que darse prisa, seguramente lo buscarían para borrarlo del mapa. El Zopilote Arancibia tuvo que haber hablado. ¿Cómo supieron que me reuní con él? Le frustraba no saber cómo proceder, dónde buscar después de las muertes de los hombres. En el televisor desfilaban las noticias locales. Un político encolerizado amenazaba a los policías que lo habían arrestado por manejar ebrio. “Cómo la hace de pedo, ese de seguro ni pisa la cárcel, lo van a sacar en chinga”, dijo Flor mientras secaba unos vasos cheleros. El Kótex pescó una idea. Le pidió el teléfono a Flor. “A ver si ya te vas comprando un celular como todo mundo”, le dijo cuando le acercó el aparato. Llamó a los tribunales. Ahí pidió hablar con Tiburcio Torales, un viejo amigo que aún no se jubilaba. Cuando lo tuvo en la bocina, le preguntó quién había pagado la fianza de Tadeo Gómez Zazueta. Unas horas después, Tiburcio le llamó.

—Fue un tal Carlos Landa. Parece que se mochó con alguien por que no encontré más información.

—¿Por qué no os jubilas y dejáis de chupar del presupuesto, Tiburcio?

—Espera. Todavía no termino. El nombre se me hizo conocido y me puse a hacer memoria. Ese cabrón trabaja en el gobierno del estado.

—¡Joder! ¿En qué oficina, tío?

—En la fábrica de pobres.

—¿La Secretaría de Desarrollo Social? ¡Coño! ¿Cómo no lo pensé antes?

—Porque eres un viejo inútil, Aqueberro. Me debes unos tragos.

—Pasa por el Old Crimes cualquier noche, macho. Allá te pago el favor.

El Kótex salió del Old Crimes rumbo a su Nova. Condujo hasta las oficinas de la Secretaría de Desarrollo Social en el Centro Cívico. Maldijo la falta de estacionamiento hasta que perdió el habla. Dejó el carro en un lote baldío habilitado como estacionamiento por unos tipos famélicos con cara de jeringas. Tuvo que caminar más de tres cuadras y eso lo puso de mal humor. Llegó a las oficinas de la SEDE-SOL y buscó el nombre en el directorio. Caminó hasta la recepcionista y pidió hablar con el licenciado Carlos Landa.

—¿Tiene usted cita?—preguntó la joven.

—Sólo si me acepta un café, mi alma.

—Las pensiones las tiene que tramitar en aquel módulo —espetó la joven con un gesto entre la lástima y el asco.

—¿Quién habla de pensiones, coño? Aquí estoy por asunto oficial, maja —dijo mostrando su placa de judicial.

La joven levantó el conmutador y presionó varios números. Le informó al licenciado Landa de su visita. Colgó el teléfono y se puso de pie.

—Por acá —dijo la joven guian al Kótex por un pasillo hasta la oficina del licenciado.

El ex judicial siguió el contoneo de la falda ajustada y recordó que ya no tenía pastillitas azules. Cuando entró a la oficina vio a un hombrecillo con más cara de ratón que de hombre. Lo esperaba de pie, con sus manos de roedor espantado, un cuerpo flaco y fofo, pero vestido de un traje de marca que pagaría las pensiones de cien adultos mayores.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? —preguntó el hombrecillo extendiendo su mano.

—Buenos días, licenciado. Pues nada, verá *usté*, ando investigando la muerte de un amigo suyo —respondió el ex judicial apretando la mano del licenciado.

—¡No me diga! ¿Cómo se llama? —preguntó al tiempo que retiraba su mano y se sentaba.

— Tadeo Gómez Zazueta.

El hombrecillo palideció. Escondió su mirada en la pantalla de su computadora. Le tomó unos segundos reaccionar.

— ¿Gómez Zazueta, dice usted? No, señor agente, no conozco a nadie con ese nombre. Creo que me está confundiendo.

— ¿Conque no le dice nada ese nombre, eh? Quizá lo conozca como el “Mataviejitos”.

— ¿El asesino que murió antenoche? ¿Por qué habría de conocerlo?

El Kótex se puso de pie. Caminó hacia el otro lado del escritorio y se paró al lado del licenciado Landa.

— ¿Sabe una cosa, licenciado? Esto de la vejez es una putada, lo vuelve a uno impaciente. El tiempo vale doble porque cada minuto lo acerca a la cama de madera. Empieza uno a pensar cosas como: puedo quedarme aquí sentado, perdiendo treinta minutos de mi vida haciéndole preguntas al gilipollas de mierda éste o podría acomodarle unos tortazos con mi vieja Browning hasta que me diga por qué coño sacó de la cárcel a un criminal.

Ahora la Browning del Kótex reposaba en el hombro del ratoncillo. Éste balbuceaba incoherencias que impacientaron al ex judicial, así que hizo sentir el cariño de su pistola con un cachazo leve en la nuca.

— Yo solo seguí las órdenes de mi jefe, señor agente —gritó el hombrecillo tocándose la nuca.

—¿Cuál de todos tus jefes?

—El licenciado Rodríguez —dijo señalando un recorte del periódico de esa mañana, que reposaba en el escritorio con la fotografía del secretario de Desarrollo Social repartiendo víveres a adultos mayores.

8

El Kótex regresó al lote baldío donde había dejado su carro. Espantó con su placa de policía a los despojos humanos que querían cobrarle por cuidar el Nova. Se dirigió al Old Crimes a consultar su siguiente

paso con el agave. Ahora sí tenía al autor intelectual de los crímenes. El Chimino ya estaba en la barra. Lo saludó y le pidió usar su teléfono.

—Cabron, con trescientos pesos te compras uno —dijo el cantinero.

—¡Joder, tío! si es solo una llamada, no seas gilipollas”. Chimino le acercó el teléfono inalámbrico. Marcó de nuevo a la oficina de Tiburcio. Cuando respondieron iba a preguntar por su amigo, pero se dio cuenta que lo miraba un tipo de sombrero. Era el mismo que había estado ahí hace unas horas. Caminó hacia la rocola poniendo su mano en la bocina. Unos metros a salvo de cualquier oído, preguntó por Tiburcio. Se lo pasaron.

—Tiburcio, macho. ¿Qué sabes del tal Aparicio Rodríguez?

—Yo nada, pero el *Google* me dice lo que quiera saber. ‘Perame un momento.

Aqueberro se sentó en una de las mesas cercanas a la rocola a esperar la respuesta de Tiburcio. Oteó hacia la barra. El tipo aquel seguía sentado. Bebía una cerveza y leía, o fingía leer, el periódico.

—¡Aqueberro! ¿Sigues ahí?

—Aquí estoy, macho. ¿Qué encontraste?

—Es todo un personaje ese licenciado. Salió por piernas de Guanajuato. Allá dejó un escándalo. En vez de investigarlo, su partido lo arropó acá.

—¿Qué hizo?

—Según hay acusaciones de fraude en la compra de medicamentos. Era el director de la Secretaría de Salud. ¿Está conectado con el “Mataviejitos”?

—Joder con estos funcionarios de mierda. Tienen más ideas que los malandros de a pie. Será mejor que no te enteres de nada, Tiburcio. ¿Sabrás su dirección?

—¿Para qué la quieres, Aqueberro?

—Joder, tío, que no te conviene saber. Acá te pongo unas heladas y ya.

—Apúntala.

Aqueberro apuntó la dirección. Colgó el teléfono y regresó a la barra. —Ponme unas cañas aquí, Chimino —dijo el ex judicial. El barman sólo contuvo un bufido. Tomó un tarro y lo llenó con cerveza de barril.

—Aquí está tu puta caña. Y a ver si ya te dejas de mamadas, si tú eres español yo soy sueco. Aqueberro no dijo nada, sólo tomó el tarro y dio un trago. El hombre del sombrero pidió la cuenta. Chimino tomó su libreta, hizo una suma rápida y le cobró el consumo al hombre desconocido. Este se puso de pie, tiró unos billetes en la barra y salió sin esperar cambio.

—¿Quién era este? —preguntó el Kótex.

—Yo que voy a saber. Nunca lo había visto. Dijo Flor que llegó hoy temprano. Se aplastó ahí y se la ha pasado tomando cerveza. Preguntó por ti.

—¿Qué has dicho?

—Le preguntó a Flor que si eras policía.

—No me gusta nada eso. Si regresa, me avisas.

—Claro, ¿te llamo a tu zapato? Cómprate un celular, cabrón.

—No me jodas, Chimino. Me llamas a casa.

Aqueberro terminó su cerveza. Se despidió del Chimino y le dijo que regresaría a las ocho para verse con el Toblerone. Antes de salir se puso las gafas oscuras. Ya fuera, el sol se colgó de su cuerpo. Empapaba su ropa con cada paso. ¡La puta que lo parió! ¡Que te den por culo! Le gritó antes de subir a su carro. Brincó en su asiento al sentir la caldera en que se había sentado. Lamentó no haberse puesto pañales.

Pasó horas en casa de la hermana de Caridad. Antes de regresar a casa, el noticiero anunció una nueva muerte. Habían asesinado al licenciado Carlos Landa, secretario particular del secretario de Desarrollo Social del estado.

—Me cago en la Cruz de Olvid —dijo Aqueberro.

—¡Dominico, no blasfemes, te lo he dicho mil veces! —reprendió Caridad.

—Mujer, pero si es una canción. ¿Armida, puede quedarse Caridad contigo? —preguntó Aqueberro a su cuñada.

—Claro, no faltaba más.

—¿Qué pasa, Dominico? ¿Conocías a ese señor?

—Luego te explico, Caritas. Voy a casa, te traigo algo de ropa y paso por ti mañana.

—No me asustes, Dominico.

—No es nada, mujer. Sólo precauciones.

El Kótex Aqueberro apresuró el paso. No había mucha distancia entre ambas casas. Estacionó el Nova en la calle. La botarga bailaba un cumbión asesino. Le hizo señas obscenas al Kótex. Este las ignoró, pero la botarga se acercaba con más señas. “¡Vecino!” Alcanzó a escuchar la voz distorsionada por la botarga.

—¿Qué cojones quieres?

—Ya llegaron las pastillitas, las azules, usted sabe —dijo el hombre metido en la botarga, quitándose la cabeza.

—No las necesito, joder. Llevo prisa.

—También su primo llevaba prisa. Ya nadie es amable.

—A ver gilipollas, ¿de qué primo hablas? —preguntó Aqueberro al joven metido en la botarga.

—Su primo, estuvo aquí hace como una hora.

—Yo no tengo primos, están todos en la madre patria.

—Pues dijo que era su primo, le quise vender unos electrolitos porque le salía el sudor por el sombrero.

—¿Sombrero? ¿Cómo era?

—Pues como de cincuenta años, más o menos, moreno, de barba cerrada.

Aqueberro caminó hacia su casa sin despedirse. Desenfundó la pistola y entró. Todo parecía estar en orden. Tomó algo de ropa para su mujer y lo metió en una bolsa de plástico. Cuando estaba por salir notó algo en el suelo. Era una fotografía. La sangre le hirvió cuando vio la cara de Caridad. El hijo de puta había venido a matarla. Salió rápidamente. La botarga seguía bailando bajo el ritmo de un narcocorrido. Faltaban diez minutos para las ocho. Apenas tendría tiempo de dejar la ropa antes de ir al Old Crimes para verse con el Toblerone. El Nova avanzó ignorando algunos altos y semáforos. Dejó la ropa con su cuñada y se dirigió hacia la cantina.

Al llegar vio el carro del Toblerone. Se apresuró a entrar. Lo vio sentado en un rincón, lo saludó a la distancia levantando la mano. “Ponme una cerveza, Flor”, pidió sin prestar mucha atención. Había llegado tarde y no había tenido tiempo de pensar lo que le diría al veracruzano. Cuando se acercaba, tuvo un presentimiento. ¿Y si el

comandante Izaguirre estaba metido en el ajo y mandó al Toblerone para ponerme un cuatro? Pensó. El de la cabeza de pirámide parecía haberle leído el pensamiento. Se levantó de la mesa furtivamente, sacando una escuadra. La apuntaba hacia el Kótex, éste no tuvo tiempo de reaccionar. La bala le rozó el hombro y entró directamente en el cuello del hombre moreno, que al mismo tiempo le disparaba a Aqueberro. Su bala fue a dar en la rocola. El Kótex tardó un momento en entender lo que había pasado. Cuando lo hizo, agradeció dos cosas, el disparo certero del veracruzano y haberse puesto pañal.

En menos de quince minutos, el lugar se llenó de policías y se vació de comensales, porque en esta cantina, además de que todos eran viejos, no había uno solo que no tuviera antecedentes penales o cuentas pendientes. Aqueberro tuvo que tomar una decisión. Decirle toda la verdad al Toblerone y dejar que las autoridades se encargaran de hacer justicia o ponerse la toga de juez y sentenciarlo con una condena de plomo. Flor puso una botella de tequila para amenizar la declaración del Kótex. La rocola, herida de bala, había tocado sin parar varias canciones. Justo cuando Aqueberro tomaba la decisión, “El cazador de asesinos” tomó su turno y le dio la respuesta. Entonces el ex judicial recordó que el hijodesuputamadre del licenciado Aparicio Rodríguez había intentado asesinar a su Caritas. Todo era personal. Estaba listo para contarle todo al Toblerone, bueno, casi todo. Dejó un detalle sin revelar.

—¿Así que este cabrón era cómplice del “Mataviejitos”?

—Con esto te ascienden, Lamartine. Mañana los periódicos hablarán de ti y del comandante, claro, tendrás que decir que él siempre te apoyó en sus sospechas.

Alrededor de las diez de la noche, salió de la cantina. Leyó un domicilio que tenía apuntado en la tarjeta del Zopilote Arancibia. En veinte minutos estaba en un residencial exclusivo. Puso el silenciador a su Browning y a Los Cadetes de Linares en el Nova. Mexicali tendría un asesino menos esta noche. Dijo viéndose en el espejo retrovisor y el reflejo le devolvió la sonrisa de Mario Almada.

Batallas cotidianas

I

Cuando el avión descendía, Dominico Hidalgo el *Kótex* Aqueberro sintió que las entrañas saldrían disparadas por la boca o el fundillo. Maldijo el momento en que se le ocurrió beberse las cuatro cervezas que, pensó, aligerarían su primer viaje en avión. A sus 78 años nunca lo había hecho y a mala hora se le ocurrió hacerlo por lo que consideró el verdadero triángulo de las Bermudas: el vuelo Mexicali-Hermosillo-Ciudad Juárez. Fiel a su costumbre de injuriar todo desde su falsa nacionalidad española, se cagó en todos los santos y las cosas sagradas, incluso, estuvo a punto de maldecir a Caridad, su esposa, por comprometerlo a encontrar a Adelita, la nieta de su comadre. Después de su metafórica deyección sacrílega tuvo a bien persignarse hasta que la mano se le entumió. Lo peor fue el aterrizaje, le pareció que el avión daba unos saltos de chapulín y no tardaría en explotar como en las películas. Hubiera preferido tener terroristas a bordo, menuda sorpresa se hubieran llevado los hijos de puta cuando les mostrara su Browning 9 milímetros que subió al avión gracias a su expirada placa de policía judicial. Cuando finalmente se detuvo, sintió que la sangre regresaba a su lugar. Bajó las escaleras con las rodillas temblorosas, sujetándose del pasamanos como si un huracán se lo fuera a llevar. Lo había decidido, su regreso sería por autobús aunque tardara días. Eran las cuatro de la tarde de un mes de julio y el cielo azul juarense le dio la bienvenida. “¿Pero qué coño es esto? Si es idéntico a Mexicali, otro puto desierto, pero con cerros. ¿Por qué mi Caritas no pudo tener una

comadre en Cancún o Miami?”, pensó el Kótex Aqueberro sintiendo que su saco rojo era un imán para los rayos del sol.

Cogió un taxi que lo llevó a un hotel de medio pelo en el centro de la ciudad. Había decidido empezar con el caso hasta el siguiente día, por lo pronto esta noche se metería en alguna cantina y conocería la noche juarense. Se ajustó el saco rojo desgastado, se acomodó la corbata amarilla y se puso su sombrero de jipijapa. Fijó su mirada en su reflejo, apenas unos filamentos perezosos asomaban en su rostro; la afeitada podía esperar. Tomó su Browning, caviló si debía llevarla, cuando estaba a punto de esconderla en algún rincón del cuarto, el locutor del noticiero en la televisión dio la cifra de ejecuciones al cierre del mes: otro récord. Se fajó la Browning en el pantalón y salió del cuarto.

El tipo de la recepción le recomendó el bar El Recreo. Caminó hacia la avenida Madero hasta dar con la cantina. Le pareció acogedora, pero después de unas cervezas y poca conversación extrañó su Old Crimes, su cantina de cabecera en Mexicali. Bebía su quinta cerveza y su tercer whisky cuando vio su reflejo en el espejo detrás de la barra. Quizá pensó ver al viejo Diógenes o al mismísimo Sócrates, pero no, era él, su rostro afilado y arrugado, su nariz chueca y sus ojos cansados. Recordó que alguna vez había sido joven, sin dolores, sin pellejos colgándole por todas partes y con esfínteres obedientes. ¡La vida, que le den por culo! Brindó con su reflejo. “Amigo, ya se le pasaron las cucharadas”, le dijo el barman. Aqueberro lo observó en silencio. Quizá tenga razón. Quizá no sólo se le pasaron las cucharadas sino su tiempo. No dijo nada. Sólo sacó su cartera, pagó la cuenta y salió de ahí. La vida no era para los viejos, pensó cuando abordó un taxi y se dejó conducir hasta el hotel.

Ciudad Juárez amaneció soleado y el Kótex con la resaca de dos whiskies de más. Bajó a la cafetería del hotel, cogió un periódico y pidió unos chilaquiles picosos. El encabezado le provocó acariciar la Browning: “Repuntan las ejecuciones”. Terminó su desayuno. Pagó la cuenta y salió del hotel. Un taxi lo llevó hasta la dirección de su cliente en una colonia lista para ser set de una película de Carlos Reygadas. Chiquillos enclenques y haraposos jugaban descalzos en las calles empolvadas, hombres y mujeres sentados en las esquinas en espera del

arponazo que les haría subir al cielo unos minutos y al infierno en uno. Las casas deprimentes, algunas de cartón y otros materiales reciclados desafiaban la ley de gravedad aferrándose a las faldas del cerro. El Kótex Aqueberro vio esfumarse la posibilidad de algún tipo de recompensa ante semejante panorama desolador. Por fortuna, el taxi se detuvo en una de las pocas casas construidas de ladrillo. Era una construcción humilde, pero vestida de dignidad. ¡Ay, Caridad! Si no fueras tan buena, mujer. Dijo para sí el Kótex Abequerro. Se bajó del taxi y pagó el monto.

—¿Me podría esperar?

—Ni que estuviera mariguano como esos cabrones —dijo el taxista apuntando al grupo de jóvenes que se pasaban una caguama como rito.

—Joder! ¿Pero se podrá llamar a un taxi de aquí?

—Los únicos taxis que entran aquí son las ambulancias o las patrullas. Y a veces ni esas. Yo lo traje porque no había tenido pasaje en todo el día, pero ya con éste me persigno.

Antes de que pudiera decir otra cosa, el taxista arrancó dejándolo con la palabra en la boca. La voz de una mujer joven interrumpió lo que sería una letanía de insultos hacia el taxista. El Kótex volteó al oír su nombre. —¿Don Dominico? La mujer madrugaba en los cuarenta, quizá incluso tendría unos treinta y nueve.

—Refugio Méndez. Muchas gracias por aceptar venir—dijo la mujer con un tono de genuino agradecimiento. En su rostro se posó una sonrisa que dejó ver dos cosas: que la mujer era más bella de lo que aparentaba y que la tristeza la estaba carcomiendo. La pena y la derrota habían anidado en su rostro y sólo las personas observadoras como el Kótex sabrían ver, agazapada, una belleza dormida.

Hace dos semanas su hija salió rumbo a la escuela como todos los días, pero no regresó a casa. Los policías que llevaron la investigación dijeron que harían lo posible por encontrarla, pero la alquimia de la burocracia y la indiferencia habían transformado a su hija en un fólter más en una pila que acabaría por quebrar la mesa donde descansaban.

—Diecisiete años, señor Dominico. Apenas comienza a vivir—dijo Refugio sin lágrimas, parecía más un adagio que una lamentación. El Kótex ajustó su corbata amarilla y esquivó la mirada de Refugio. La

estacionó en un par de retratos. En uno de ellos, Refugio abrazaba a su hija con un fondo navideño tomado en algún estudio de medio pelo o una tienda departamental. El otro retrato era de Refugio y un tipo moreno, de rostro adusto y bigote recortado.

—¿Se imagina usted lo que es no saber dónde está, si está viva o muerta? Uno debe, por lo menos, sepultar a sus muertos. Esa es la ley de Dios— siguió la mujer ante el silencio de Aqueberro.

—No sé si le dijo mi mamá que no tengo dinero, que...

—No es necesario. Mi señora es comadre de su mamá —interrumpió el Kótex—. ¿Tenía novio?

—No, por lo menos nunca me lo dijo. Octavio no se lo permitiría. Él quería que terminara la preparatoria.

—¿Octavio es su padre?

—Mi pareja. Vive con nosotras desde hace seis años. El padre de Adela se fue para Estados Unidos hace tiempo.

—¿Y la policía?

—Los judiciales querían dinero para investigar. ¿De dónde voy a sacar dinero? Según ellos, estos casos nunca se resuelven, que es mejor darla por muerta para irse preparando. Pero algo me dice que no. Que mi hija vive. Uno como madre sabe esas cosas.

—Hostia, pues sí, como Santo Tomás, hasta no ver no creer. Páseme la información de esos policías que llevan la investigación.

Refugio Méndez le dio la tarjeta y otros datos que pensó le ayudarían.

—Sé que la encontrará, algo me lo dice —agregó la mujer y una sonrisa triste le cubrió el rostro. El Kótex intentó no ver en ese rostro nuevamente porque esa belleza agazapada por la pena le traía malos pensamientos. Y él, al contrario de Caridad, su esposa, no era ningún santo.

Salió de la casa y se encontró de nuevo un sol cínico, impertinente, que le escupía la cara con lengüetazos de fuego. No tuvo tiempo de lamentarse ni cagarse en ninguno de los santos de su repertorio porque vio a dos tipos acercársele. El sol le impedía verlos de frente, pero no había duda, venían hacia él. Metió su mano por entre su saco y palpó su Browning. Se sintió tranquilo. Ahora sí, par de gilipollas, venid hacia mí, dijo para sí.

—¿Qué busca aquí, amigo? —preguntó uno de los dos tipos.

El Kótex pudo ver su rostro afilado, seco, cadavérico. Los vio con serenidad, desafiante, antes de responder.

—Joder, me han dicho que vivimos en un país libre y pues aquí me veís, disfrutando como un enano de la libertad. ¿Y vosotros, qué hacéis aquí?

—Nosotros somos de aquí, viejón —espetó el otro hombre, un gordo con voz rasposa y ojos de escupitajo—. ¿Quién te mandó? Si vienes a cobrarle al Tavo llegaste tarde. Ya pagó y está protegido —dijo el gordo mostrando la cacha de una 45.

—Joder, macho, si aquí no pasa nada. Soy amigo de la familia. Vine a Juárez por negocios y pasé a visitar a Cuquita. Es ahijada de mi mujer. Eso es todo.

—Pues ya te estás yendo a la chingada de aquí, pinche ruco.

—Hostia, macho, ya voy, ¿no me podéis pedir un taxi?

El hombre gordo sacó la escuadra. Refugio abrió la puerta. El sicario guardó el arma. Le preguntó a la mujer si conocía al ex judicial. Ella afirmó y los dos tipos se retiraron sin dejar de observarlos.

—Ya es hora de irme a trabajar. Podemos caminar hasta la calzada, ahí pasan camiones y taxis.

Aqueberro asintió con la cabeza y ambos echaron a andar rumbo a la calzada. El barrio estaba asentado en las faldas de un cerro, por lo que descendían con cuidado.

—¿Por qué vigilan vuestra casa esos malandros?

—Vigilan todo el barrio. Son los halcones de los de la Letra.

—¿Quiénes son esos?

—Los narcos que controlan esta parte de Juárez.

—¿Cómo conocen a Octavio? ¿Les debía algo?

—Conocen a todos los del barrio y Octavio le debe a todo mundo.

—La mujer apresuraba el paso cuidando que sus sandalias no pisaran una piedra.

—¿Es vicioso tu marido?

—Sólo estamos juntados. No es vicioso, bueno, no en el sentido típico. Es adicto a las apuestas. Se la pasa allá en el Gran Casino Juárez.

—¿No trabaja?

—Sí, en la misma maquila en la que yo trabajo, pero en el turno de la noche.

—¿Y ahora mismo dónde está?

—Seguramente en el casino. Allá se la vive.

Aqueberro percibió que la respuesta de Refugio no era una queja, ni siquiera un reclamo en ausencia, era sólo un dato vacío o quizá un alivio. Llegaron hasta una esquina donde el tránsito ofrecía el espejismo del escape. Refugio le hizo la parada a un antiguo camión escolar rehabilitado para transportar operarios hacia las maquilas. El camión se detuvo. Bajaron varios hombres y mujeres cabizbajos, cada uno tomó un camino distinto, pero todos se meterían en alguna casa de este barrio.

—Aquí puede tomar un taxi. Encuéntrela, por favor, señor Dominico.

La voz de Refugio lo dejó mudo. Quiso prometerle todo, apagar la llama del desasosiego que tiritaba en los ojos de esa mujer. Sólo tuvo ánimo para levantar su sombrero a manera de despedida.

II

Al mediodía se vio con los dos agentes ministeriales que llevaban el caso en La Borrega. Aceptaron verlo porque les había dicho que venía en misión especial enviado por el comandante Izaguirre, incluso les mostró una carta falsificada por él mismo.

—Esa morrilla no está muerta, anda de pirujilla en Tijuana. La neta no tuvimos corazón para decirle a la señora—dijo el ministerial Romeo Fuentes, un tipo obeso, de mirada turbia y rostro picado por el acné.

—Es la mera neta, amigo. Yo mismo viajé hasta Tijuana para asegurarme de eso, y está viva... y muy viva la canija —dijo Rodrigo Benítez, su compañero en el caso. Los dos ministeriales rieron estúpidamente. Ambos vestían un traje azul y corbata roja, el de Fuentes era liso, el de Benítez tenía rayas verticales. Ambos los llevaban sin gracia, ajenos a esa vestimenta, incómodos. Se vieron en La Borrega donde acostumbraban a comer casi todos los días. El Kótex permanecía callado y ellos sentían que tenían que llenar el silencio.

—La morra me rogó que no le dijera a su mamá. Quería que le dijera que estaba muerta, pero pues no, uno tiene su ética —dijo Benítez.

—¿Y eso te lo pidió antes o después de la cogida? —preguntó Fuentes socarronamente y se echó a reír. Benito hizo lo propio. Luego tosió agitadamente, un trozo de carne salió expulsado de su boca. Rieron aún más. Tras notar el silencio del Kótex, ambos se vieron sin mediar palabra.

—Bueno, pues eso es todo lo que tenemos, amigo.

—¿Cómo es que la habéis encontrado en Tijuana? —Preguntó el Kótex.

—Una llamada anónima a la UECS. La vieron en una foto de un congal de Tijuana en Facebook.

—¿Qué coño es la UECS?

—La Unidad Especializada en Combate al Secuestro, aclaró el ministerial.

—¿En qué antro? —preguntó Aqueberro al tiempo que sacaba una libreta.

Los ministeriales parecían dentellar una respuesta.

—Algo de Magic Black o Black Magic —masculló Benítez—. No recuerdo bien, eso fue hace como seis semanas, luego estas morras cambian de antro—. Agregó masticando sus palabras y el trozo de lomo de cerdo.

—¡Coño! Pues vosotros sí que sois eficientes —exclamó el ex judicial y se puso de pie—. Oigan, pero ¿cómo es que fuisteis hasta Tijuana? ¿Por qué no llamar a la policía de allá? ¿Sí que tienen presupuesto ustedes?

Los policías se vieron buscando una respuesta coordinada. Fuentes tuvo la primera idea.

—Es que el procurador está muy preocupado por todo el pinche argüende que traen los periódicos. Le meten mucha presión, sabe, porque acá desaparecen mujeres como agua entre los dedos.

—Y seguro se ha cabreado por vuestra decisión.

—¿Cómo?

—Que sí, que sí, que se ha encabronado porque no os la habéis traído.

Los policías permanecieron desconcertados unos segundos. Ahora fue Benítez quien explicó.

—No, lo que ocurrió es que el procurador tiene hijas, sabe, y pues comprendió lo que le propusimos porque le ocasionaría mucho dolor a la madre de esa chica.

—Hostia, toda un alma de Dios el procurador. Pues nada, eso es todo, colegas.

—Oiga, si no es mucho metichar. ¿Cuánto le va a pagar la doña? No se quiso mochar con nosotros, que dizque no tenía dinero —preguntó Fuentes.

—Nada de pasta, es un asunto familiar—respondió Aqueberro. Se puso de pie y salió de La Borrega.

El sol de Juárez había regresado y como el de Mexicali, también éste se empeñaba en rostizarlo.

III

No era necesario recitar la *Ilíada* de memoria para saber que los policías ocultaban algo. Aqueberro detuvo un taxi y pidió lo llevara al CB-TTS 128 para hablar con los maestros de Adela. Ahí supo que la joven no figuraba en el cuadro de honor, sus maestros apenas y la conocían. Pareciera que en sus casi tres años en el plantel hubiera sido poco más que un fantasma. Lo cual sugería que la chica era introvertida o que los maestros se habían puesto de acuerdo para no hablar de más. Esto último le pareció más cercano a la realidad, dada la naturaleza desconfiada del Kótex Aqueberro. Luego de no lograr gran cosa en la escuela, caminó hacia un café Internet ubicado a unos metros de ahí. Refugio Méndez había concertado una cita para él con una amiga de Adela. Mientras esperaba le pidió a la dependiente del Café que le ayudara a buscar el Facebook de la chica desaparecida.

—Claro que sí, don. Yo le ayudo. ¿Tiene cuenta?

—¿Quién coño, eres? ¿El buró de crédito? Si sólo quiero que me busques esta chica.

—No, don. Lo que pasa es que para poder buscar a alguien tiene que tener cuenta de Facebook. ¿Es su hija?

—¿Cuenta? ¿Y cuánto sale una cuenta de esas?

—Es gratis. Si quiere, le ayudo a crear una de volada.

—Que no, que no. Si sólo quiero ver a esta chica en el *feisbuc* ese.

La joven entró a su cuenta y escribió el nombre de Adela en el buscador. Al cabo de unos segundos una lista de perfiles aparecieron en la pantalla.

—¿Es ella?

Aqueberro sacó la foto de su saco y la comparó. Negó con la cabeza. La chica le mostró otros perfiles que compartían el mismo nombre que Adela.

—Esa, es ella —señaló Aqueberro a una joven en la pantalla.

—Oiga, don, pero si no es su hija entonces...¿es pedófilo?

—Hostia, tía, por qué no te callas, hablas como si te pagaran por hacerlo. Soy algo así como un investigador privado.

—No vaya a leer mis mensajes, jeh!

La joven dejó al Kótex solo mientras atendía a unos comensales. El ex judicial veía las fotos y los mensajes escritos en el muro de Adela, pero no entendió gran cosa. En ese momento entró al café internet Carolina Guzmán, compañera de clase de Adela. Le había dicho que buscara un hombre mayor de saco rojo y corbata amarilla. Lo encontró explorando una página de Facebook. Se presentaron y la joven se sentó. Llamaron a la dependiente y pidieron café.

—¿Tienes idea de qué le pasó a tu amiga?

—No, no sé nada. Sólo vine porque su mamá me lo pidió.

—¿Tenía problemas en su casa?

—Tenía problemas con su padrastro.

Una voz desde la barra gritó sus nombres y ambos se pusieron de pie para recoger sus bebidas. Cuando regresaron, Aqueberro inició con sus preguntas.

—¿Qué tipo de problemas tenía con su padrastro?

—Le caía mal, el ruco se la pasaba en el casino gastándose el dinero que ni tenían.

—¿Y de novio?

—No tenía novio.

—¿Segura que no tenía novio? ¿No se ha ido con él? Joder, si sabes algo, dilo, tía, que su madre está que se muere.

—No, no tiene novio, por qué no le iba a decir. Es mi amiga, quiero que la encuentre.

El Kótex le pidió que viera el muro de su amiga.

—¿Quién es ese? —preguntó el caballero del mal vestir señalando la fotografía de un joven con pelo a rape, descamisado y sosteniendo una cuarenta y cinco.

—¿Es cholillo? N'ombre, Adela nunca andaría con uno así. No, este no es su Facebook.

—¿Cómo que no es? Es igualita a la de la foto —espetó el ex judicial mostrándole la foto que Refugio le había dado.

—O sea, la foto sí es de Adela, pero no es su página de Facebook. Ella tenía otra foto de perfil y otras amistades —la joven tomó control del teclado y del mouse.

Aqueberro la veía entrar y salir de perfiles, muros y fotos. No entendía lo que hacía Carolina, pero la dejó ser.

—Esta no es la cuenta de Adela. Alguien creó esta cuenta recientemente. Mire, ahí dice que es de hace una semana.

—Pues tuvo que ser ella.

—No necesariamente, cualquiera puede crear una cuenta y usar el nombre que quiera, incluso crear cuentas falsas.

—Joder, ¿no te piden alguna identificación o algo así?

La joven contuvo una risa. Le explicó pacientemente cómo funciona Facebook y para qué suelen usarlo las personas.

—Espere, mire...ese “post” lo acaba de poner, Adela. ¡Está viva! ¡Ay, qué bueno!

“A veces las batallas diarias hay que pelearlas solos”.

—¿Eso lo ha escrito ella? ¿Cómo lo sabes?

—Sí, lo que aparece aquí es lo que escribe la dueña de la página.

—Joder, pero hace rato decías que esta página no era de ella.

—Bueno, quizá cerró la otra y abrió esta. Algo así como cerrar un capítulo de tu vida para empezar otro. Pero el novio ese, sí está medio naco. Bueno, le enviaré un mensaje.

Carolina sacó su celular y entró a su página de Facebook. Buscó la nueva página de su amiga. Lo encontró, envió solicitud de amistad y le mandó un mensaje.

—¿Qué te ha dicho?

—No, tenemos que esperar a que lo vea y me responda. Puede ser rápido o no, depende.

—¿Me puedes prestar tu teléfono para hablarle a Refugio?

La joven le dio el teléfono al ex judicial y se disculpó para ir al baño. El Kótex hizo la llamada, quería dejarle un mensaje a Refugio en la contestadora. Después de tres tonos, una voz masculina levantó la bocina.

—¿Quién habla?

—¿Octavio? —preguntó Aqueberro.

—Ya quedamos a mano, cabrones. Déjenme en paz.

—Tranquilo, tío. Soy Dominic Aqueberro, Refugio ha pedido mi ayuda para encontrar a Adela.

Varios segundos se perdieron bajo ruidos del exterior, una televisión encendida, gritos de la calle.

—¿Octavio, macho, sigues ahí?

—No, no sé nada. La morrilla se largó.

—Hostia, si ya sé que ha ido sola. Pero igual me gustaría echar unas cañas contigo para que hablemos.

—No me gusta la pesca, no sé nadar.

—Joder, nada de pesca, unas cañas, unos tragos. ¿Qué tal si nos vemos en el bar del Gran Casino Juárez? Esta noche. A las nueve o diez, macho.

—¿En el casino? Pero ahí... está cabrón... Está bien, a las diez pero sólo un rato porque entro a jalar a las doce.

—Déjale un recado a tu mujer, dile que me llame al hotel. Tengo algo que decirle sobre Adela.

—Dímelo a mí, yo le paso tu recado.

—Que no, que no. Se lo paso a ella y nada más. Nos vemos a las diez, no faltes, Octavito.

Carolina regresó del baño. Aqueberro le dio su teléfono y ella inmediatamente revisó su Facebook.

—¿Nada?

—No, no ha respondido.

El Kótex tomó una servilleta y apuntó el número de teléfono de su hotel. Le pidió que lo llamara si Adela se comunicaba con ella. La vio salir del café. Él se puso de pie y pagó la cuenta. Al salir, el sol seguía chingando, pero la suerte le sonrió cuando vio una cantina al cruzar la calle. Vio el reloj. Las cinco de la tarde. Un par de horas ahí dentro y al salir el sol estaría menos mamón, pensó.

IV

Aqueberro salió de la cantina con varias teorías y cervezas encima. Cuando le pidió a Octavio verse con él, lo hizo más por el reflejo del viejo policía que aún guiaba sus impulsos, pero no lo había considerado como sospechoso. El tipo era un ludópata irredento, pero eso no lo convierte en criminal, solo en un títere de impulsos que no logra controlar. Además, parecía tener sus propios problemas con acreedores de baja ralea e impacientes. Tomó el primer taxi libre que vio pasar y se dirigió a su hotel. Después de una ducha, llamó a Caridad. La vieja no dejó de agradecerle, su comadre era como una de sus hermanas. Dios te lo pagará, Dominico, ya verás. Fue lo último que escuchó antes de colgar el teléfono. Encendió la televisión. Al cabo de unos minutos viendo el noticiero agradeció no vivir en Juárez. Había caído un virus sobre la ciudad, no había cura, avanzaba dividiéndose en células hambrientas de sangre. Sintió el impulso de tocar su Browning. Lo hizo, su vieja pistola le dio tranquilidad transitoria como quien apenas libra un puente desdentado sólo para encontrarse frente al abismo. No tenía esperanza alguna si le salía un sicario con un cuerno de chivo saludándole en la calle. El teléfono interrumpió su reflexión.

—Señor Dominico, soy Refugio.

—Me alegra que tu marido te haya dado el recado.

—¿Octavio? No, él no me dijo nada. Cuando llegué no estaba, me dejó una nota, que entraría temprano a trabajar. Lo llamo porque

Carolina me dijo que Adela le envió un mensaje por Facebook. ¡Está viva! Y lo mejor es que regresará a casa.

—¿Eso le ha dicho? Joder, son muy buenas noticias.

—Sí, señor Dominico, le agradezco su ayuda. Lo invito a desayunar para celebrar.

—Si yo no he hecho nada, mujer, pero si quieres invitarme un desayuno pues, joder, claro que lo acepto.

Cuando se despidieron el Kótex miró el reloj. Las nueve. Pero más allá de las manecillas quería entender lo que había ocurrido. ¿Era acaso un milagro o su presencia había movido algunos hilos por ahí? Pensó en llamar a Refugio y cancelar la cita con Octavio, ya no tenía caso hablar con él. ¿Por qué no le diría nada a su mujer? Terminó de pensar y sacó de su maleta un pañal para adulto. Se dirigió al baño y se cambió. Se miró en el espejo una vez puesto el saco rojo, la corbata amarilla y un sombrero negro de fieltro. Miró su nariz chueca producto de sus años de boxeador, su rostro arrugado y su figura férrea. Todavía aguantas dos que tres, Aqueberro. Le devolvió el espejo.

En menos de treinta minutos el ex judicial llegó al casino. Conocía varios en Mexicali y este no era muy distinto. Gente tirando su dinero creyendo que en un momento cualquiera, inesperado, cambiará su suerte. Otros tienen la estrategia perfecta, la pose necesaria, el amuleto infalible. El Kótex sólo había visto la foto de Octavio una sola vez, sobre una mesa de centro en casa de Refugio, pero confiaba en su memoria fotográfica. Faltaban algunos minutos antes de las diez, caminó entre las mesas de cartas. Sintió el peso apabullante de la adrenalina puesto sobre la siguiente carta del crupier. El ocho de bastos sólo trajo mentadas de madre y gritos de pérdida en esa mesa. Entre los mentadores le pareció reconocer a Octavio. Sí, lo era. Era el mismo tipo de la foto con la frente más amplia y los cachetes menos rígidos. Había estado en algún pleito o le habían puesto una madriza porque tenía el rostro maltratado. Decidió observarlo. Octavio se puso de pie, miró su reloj. Miró hacia la puerta del casino. Luego sacó su cartera y constató su raquítica suerte. Lo vio caminar hacia la barra y entonces fue tras sus pasos. Apenas se sentó en un banco, el Kótex lo abordó. A pesar

de estarlo esperando lo tomó por sorpresa. Constató la hora. Aqueberro pidió dos whiskies, pero Octavio lo rechazó, le pidió una cerveza.

—Ya apareció Adela.

—Sí, me dijo Refugio. Yo siempre le dije que seguro iba a regresar.

—¿Eso le dijiste? ¿Por qué?

—Pues está morrilla, seguro se fue con su novio o algo así. Esas cosas pasan —Octavio calló—. Oiga, pues entonces ya no tiene caso hablar, ¿verdad?

—¿Cuánto has perdido ahí en la mesa?

—¿Cómo? ¿Me estaba espiando?

—Llegué temprano y te he visto, macho.

—No mucho, al rato lo recupero.

—Pero si no tienes dinero, yo mismo estoy sin cobrar, pura caridad. ¿Cómo es que consigues dinero para el juego? ¿Por qué dijiste que ya habías pagado cuando llamé a tu casa?

—Ya mucha pregunta, compa. Si ya regresó Adela, ya estuvo.

—¿Quién te ha puesto unos tortazos?

—¿Esto? Fue un tiro derecho, me agarré con un güey de la maquila. Me quería agarrar de su pendejo, pero nel. Tuve que hacer algo. Tú sabes, las batallas diarias de la vida, las que debes vencer para salir adelante aunque parezcan pequeñas.

—¿Qué has dicho?

—Que no debe dejarse de cualquier pendejo.

—No, lo otro. Lo de las batallas. ¿De dónde lo has cogido?

—Ningún cogido, es mío. Es un discurso que usaba mucho en el grupo de apoyo al que iba. Algo así como un día a la vez.

—Ya, ya. Entiendo. A mí tampoco me gustan los anónimos, tío.

Aqueberro se enderezó en su banco. Pidió un whisky y una cerveza más para Octavio. El ex judicial reparaba en cada movimiento nervioso de Octavio, quien de vez en vez volteaba a las mesas de juego. El barman trajo las bebidas y los dos hombres hicieron una especie de brindis alzando los tragos.

—¿Has perdido mucho, tío? —preguntó el Kótex apuntando con la cabeza hacia las mesas de póker.

—No es nada, al rato lo recupero.

—¿Por qué no lo haces ahora mismo? Vamos, yo te veo.

—Tengo que irme a trabajar.

—Aún te queda tiempo, macho. Si es por dinero...yo te puedo prestar un poco.

—¿En serio?

—Joder, claro, faltaba más. Pero vamos aquí afuerita a fumarnos un cigarrito primero.

Los hombres salieron por la puerta aladaña al bar. El estacionamiento no tenía más cajones disponibles. Aqueberro vio al guardia de seguridad caminando entre los carros. Caminaron unos metros y se detuvieron a encender un cigarro, pero en vez de una cajetilla el Kótex sacó su Browning del interior de su saco y la puso la en la sien de Octavio.

—A ver, macho. Ahora mismo me vas a decir qué coño sabes tú de la desaparición de Adela.

—Oye, calmado ruco, calmado. Yo no sé nada.

El cachazo en la frente le abrió una herida que empezó a sangrar. Octavio cayó al suelo del estacionamiento. El Kótex le pateó la panza. Mientras Octavio intentaba jalar aire, Aqueberro mostró sus cartas. Esa frase cursi que acabas de escupir la escribiste en un *feisbuc* falso de Adela. ¿Dónde la tienes? ¿La mataste, cabrón? Las preguntas quedaron en el aire porque la puerta del bar se abrió de golpe y un par de hombres empezaron a disparar hacia donde estaban Aqueberro y Octavio. Las alarmas de los carros iniciaron un concierto estridente. El guardia de seguridad sacó su arma y disparó hacia el montón. Eso le permitió a El Kótex resguardarse detrás de un carro y repeler el ataque. Un pickup se detuvo frente a los dos hombres cercanos a la puerta. Estos saltaron hacia la batea del pickup mientras un tercer hombre disparaba desde la ventanilla. El pickup se alejó. El guardia de seguridad se acercó hacia Aqueberro apuntando con su arma. El Kótex se identificó como ministerial y pidió que llamaran al 911. La gente empezó a rodear el cuerpo inerte de Octavio. El Kótex aprovechó la multitud para desaparecer de ahí.

V

En el trayecto hacia el hotel, la mano de Aqueberro siempre estuvo cerca de la Browning y su vista era un radar satelital que registraba todo. Pensó en cambiarse de hotel, si esos hombres habían ido al casino a matarlo, no tendrían ningún problema para dar con él aquí. Era su ciudad, en eso estaba en desventaja, no conocía a nadie. Entró a su cuarto y vio que una luz titilaba en el teléfono. Marcó a la recepción. Le informaron que esa luz significaba que tenía un mensaje de voz. Le dieron las instrucciones para escucharlo. Tenía dos mensajes. El primero de Carolina; le decía que Adela había respondido a su mensaje, que regresaría a Juárez. Ya lo sé, coño, se dijo El Kótex. El segundo, era de Refugio. Le habían pedido ir a la morgue a reconocer un cuerpo que habían encontrado. El resto no lo entendió porque los mocos y el llanto tergiversaron el mensaje. El caballero de la lamentable figura dejó el teléfono en su sitio. Ya le avisaron de Octavio, dijo. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que lo primero que se le vino a la mente fue que Refugio había quedado viuda. Joder, Dominico, ¡pero qué mierda de ser humano eres! Se recriminó. Sacó el papel donde había apuntado el número de teléfono de la casa de Refugio y lo puso sobre la mesa para marcar. Vio el cenicero que estaba al lado. Joder, el cabrón de Ceniceros, coño, cómo se le pudo ver olvidado. Antes de llamar a Refugio buscó entre sus viejas tarjetas que guardaba en su cartera. La encontró. Espero que tenga el mismo número. Joaquín Ceniceros. Una voz decidida respondió.

—¿Joaquín? —preguntó el Kótex.

—¿Quién lo busca?

—Hostia, tío, tú siempre con la desconfianza, pues quién va a ser, soy yo, Dominico, el Aqueberro de Mexicali.

—¡Carajo! Dominico. Tantos años, cabrón. ¿Cómo has estado? ¿Sigues en la judicial?

—No hablemos de esas cosas, macho, que me cabreo. Estoy en Juárez, ¿podemos vernos para echarnos un trago? Necesito un favor.

Los dos hombres rememoran, hablan de cuando se conocieron por un caso en Mexicali. Aqueberro aún era judicial y Hugo Piñero,

un periodista y amigo en común los puso en contacto. Ceniceros necesitaba que alguien siguiera al esposo de una clienta que viajaba por negocios a Mexicali, la mujer sospechaba de su marido. La hueva o la ocupación con otro caso, ya no lo recordaba bien, hizo que Ceniceros subcontratara la vigilancia del marido adúltero y las fotos que tomó el Kótex le consiguieron un jugoso acuerdo de divorcio a su clienta. Se conocieron en persona en un viaje a Tijuana y lo demás fue sólo por teléfono. Aqueberro le pidió que investigara cierta información. Ceniceros asintió sin problema. Acordaron verse en el bar El Recreo a las ocho de la noche.

Aqueberro levantó la bocina y marcó el número de la casa de Refugio. No hubo respuesta. Miró el reloj. Se lavó los dientes, se puso su ropa de dormir y se acostó con su Browning como almohada.

VI

La voz de Refugio le resultó lejana, había algo de llanto y morosidad en ella. Se desperezó lo más rápido que pudo. Se aseó con más cuidado que prisa, vería a Refugio, y no es cualquier cosa. Pinche culero, se recriminó. Refugio le había pedido que se vieran en una hora en las oficinas del SEMEFO. Pensó en lo doloroso que sería para ella ver el rostro agujerado de Octavio sobre la plancha. Tomó una botellita de whisky del minibar y la puso en su bolsillo de su pantalón. Se acomodó la sobaquera y enfundó la Browning. Bajó al restaurante del hotel, pidió un café negro y el periódico. Vertió la botellita en el café y lo bebió con calma. Abrió el periódico. Había un total de ocho muertos. Buscó el que le interesaba. “Asalto en Casino arrojó un muerto”. No decía gran cosa, pero sí identificaron el cadáver de Octavio. Los otros muertos eran ajusticiados, tres colgados, tres encobijados y un cuerpo calcinado. Negra la noche. Pagó la cuenta y tomó un taxi hacia el SEMEFO.

Refugio lo recibió con un abrazo. Lloraba. No podía hablar. Sólo tomó a Aqueberro del brazo para apoyarse en él antes de entrar a la morgue. El Kótex sintió asco de sí mismo por haber imaginado otra cosa. Entraron. Ahí los esperaban Benítez y Fuentes. Eso le pareció

extraño al ex judicial. ¿Qué tiene que ver este par con Octavio? “Lo sentimos mucho, señora”, dijeron al unísono. Los llevaron hacia una plancha. Les mostraron un cuerpo carbonizado. Irreconocible. Nada quedaba del rostro de su hija. Refugio miraba esa especie de momia negra y se rehusaba a explotar en llanto, albergaba una esperanza, un error, una confusión. La observaba buscando a su hija en ese cuerpo, dubitativa, desconfiada.

—¿Cómo sé que es mi hija? —preguntó, decidida, mirando al médico forense, un joven delgado, de rostro pálido, vestido de una bata cegadoramente blanca.

—¿Cómo has dicho? ¿Adela? —preguntó el Kótex.

Benítez cruzó miradas con Fuentes y éste movió la cabeza afirmativamente.

—¿Reconoce este anillo? —preguntó Benítez.

Sólo entonces Refugio echó a llorar, dejó caer su cuerpo sobre las baldosas de la morgue. Aqueberro se puso de hinojos, le dijo unas palabras. La tomó de los hombros y le ayudó a ponerse de pie. Los policías volvieron a cruzar miradas. El forense permanecía en silencio, metiendo y sacando las manos de su bata blanca.

—Lo sentimos, señora —dijo Fuentes.

—Tendrá que llenar unas formas para llevarse el cuerpo...pero lo puede hacer después —agregó Benítez, cayendo en cuenta de la imprudencia.

—Fue el novio. —dijo Fuentes sin que nadie le preguntara.

—Mi hija no tenía novio. —dijo Refugio venciendo sus sollozos.

—Sí lo tenía, señora. Y es un malandro bien hecho. —corrigió Fuentes.

—Toda una ficha—apuntaló Benítez.

Refugio miró a El Kótex desconcertada. Éste se dirigió a los agentes.

—¿Dónde está el novio?

—Ya bien guardadito, no hay manera de que salga libre. Firmó la confesión y todo. Dijo que fue por celos. Es que su hija —agregó Benítez dirigiéndose a Refugio— lo había dejado para irse a Tijuana.

—¿Tijuana? —preguntó, desconcertada, Refugio.

—No le habíamos querido decir, pero ya la habíamos localizado hace unas semanas. Trabajaba en un *teibol* de allá. Ella misma nos pidió

que no le dijéramos, no la quería hacer sufrir. Dijo que ella se comunicaría con usted en unas semanas, pero ya ve.

—Eso no es posible. ¿Por qué hacen eso?

Benítez tomó un folder que estaba sobre una de las planchas. Lo abrió y le mostró fotogramas impresos de su hija. Adela posaba desnuda bajo el nombre de Yamila. En un cintillo se informaba el costo por hora y tipos de servicios. Refugio tiró las fotos y salió de la morgue. Aqueberro la siguió con la mirada, pero no fue tras ella.

—¡Señora, falta reconocer el de su esposo! —gritó Benítez, pero Refugio no se detuvo.

—¿Cómo es que han hallado el cuerpo acá si andaba en Tijuana?

—Eso aún no lo sabemos, amigo. Nosotros nos enteramos ya cuando estaba bien muerta —respondió Benítez.

—Lástima de chamaca —espetó Fuentes.

—¿Pero...quemada?

—El morro se paniqueó. La ahorcó primero, luego, según él, no sabía qué hacer con el cuerpo y dijo que había visto eso en una película.

—Joder, ese *Jolinnud* es una perdición. ¿Cómo dieron con el chaval?

—Puro trabajo de inteligencia, amigo. La policía cibernética nos dio el pitazo del nombre del morro. Están bien pendejos, ponen todo ahí en Facebook —dijo Fuentes sacando su teléfono celular. Después de unos segundos le mostró la foto del sospechoso.

Aqueberro reconoció al supuesto joven de Adela.

—Me gustaría hablar con el chaval.

—No se va a poder. Por cierto, nos dijo el licenciado Ramírez Plaza que sí conoce al tal comandante Izaguirre, pero le cae de a madre. Parece que hasta se odian, oiga.

—¿Quién es ese? —interrumpió Aqueberro.

—Pues el subprocurador del estado. El amigo de su comandante, por lo menos eso nos dijo usted cuando nos pidió hablar sobre la chamaca —respondió Fuentes.

—Hostia, claro, había olvidado su nombre.

—Allá en Mexicali dicen que no mandaron a nadie para acá. Dicen también que usted más bien está jubilado y hasta apestado. Nomás vino a revolver la mierda aquí.

—Mañana por la mañana hay un vuelo por Aeroméxico. Si yo fuera usted, me compraba el boleto, si no quizá saque otro tipo de boleto —insinuó Benítez.

—Y ese no tiene vuelta —Secundó Fuentes.

—Joder, colegas. ¿Y del tal Octavio qué habéis averiguado? ¿Cómo explicáis que los dos estén muertos?

—Nosotros no tenemos nada qué explicar, pero usted sí. Ya sabemos que andaba con el difunto y acá en Juárez no nos gustan las casualidades. Por eso mismo le decimos que se largue —amenazó Benítez.

—En una de esas no estamos muy lejos del asesino —dijo Fuentes.

—Entiendo, entiendo, colegas. Bueno, pues ni hablar. A hacer las maletas —dijo el Kótex y salió a buscar a Refugio.

La mujer se veía devastada. Veía al vacío sentada en una banca fuera del edificio del SEMEFO. Aqueberro se acercó con cautela. La tocó por el hombro.

—Joder, Refugio, no sé qué decirte —dijo el ex judicial.

Ella sólo levantó la cara, sus ojos anegados le estrujaron el corazón al hombre de la nariz chueca.

—Aún tienes que identificar el cuerpo de Octavio.

—Lo sé.

—Joder, Refugio, me cabrea tener que preguntarte esto en estos momentos, pero... ¿crees que esto sea parte de lo mismo?

La mujer frunció el ceño, más confundida que molesta.

—¿A qué se refiere, don Dominico?

—¿Cómo se llevaba tu hija con Octavio?

—La verdad es que a ella no le caía muy bien. Bueno, al principio todo iba bien, pero cuando empezamos a tener problemas con el dinero por la adicción de Octavio empezaron las discusiones. Adela se daba cuenta de que a veces no teníamos ni para la renta.

—¿Debía mucho dinero?

—Creo que sí porque hace unas semanas llegó muy golpeado. Dijo que lo asaltaron, pero yo sabía que no. Por si fuera poco doña Vicenta, la de los abarrotes, me dijo que lo habían levantado Los de la Letra.

—Eso fue antes o después de que desapareciera Adela.

—Antes —aseguró después de hacer memoria unos segundos.

—Anoche he visto a tu marido, nos vimos en el casino.

—¿Cómo? ¿A usted también lo asaltaron?

—Que no, que no, no fue asalto. Vinieron directo a matarnos. Creo que Octavio sabía cosas. Aquí algo está muy raro. Estos policías ya me echaron de la ciudad. Tengo que irme, pero creo que aquí hay gato encerrado.

—No entiendo nada, por qué dice eso, señor Dominico.

—Olvidalo, mujer. Te llamo más noche. Pásame el teléfono de Carolina, una vez más, por favor.

Aqueberro caminó hasta la esquina, al cabo de unos minutos detuvo un taxi. El chofer le generó confianza. Los tatuajes carcelarios sugerían ser un tipo mudo frente a la policía. Le preguntó por un hotel barato y discreto.

—Usted es de los míos, amigo. Ahí traigo Viagra, por si la necesita, digo, no lo tome a mal, yo sólo ofrezco mi botica.

El Kótex le compró una pastilla para alejar aún más cualquier posible sospecha. Cuando llegaron al hotel le pidió que lo esperara.

—Solo bajo mis cosas y regreso —dijo el ex judicial. El chofer aceptó. Recogió rápidamente sus cosas y antes de salir del cuarto le llamó a Carolina.

—Sólo dime una cosa. Necesito la verdad, tía. ¿Tenía o no tenía novio Adela?

—Qué terco es usted. Que no tenía, chingadamadre. Yo no creo que ese cholonarco del Facebook fuera su novio. Está muy raro eso, don. ¿Verdad que no está muerta?

Aqueberro no respondió. Colgó el teléfono y salió del hotel. El taxista lo llevó a un hotel que parecía picadero. “Joder, por lo menos aquí no me encuentra la policía”, pensó El Kótex.

—Oiga, mañana tengo que salir temprano al aeropuerto. ¿Puede pasar por mí?

—Seguro que sí. Nomás dígame a qué hora —dijo el taxista dándole una tarjeta percutida al Kótex.

—A las seis, macho, pero espere. Pase por mí a las 7:30 para llevarme a “El Recreo”.

—Lo dicho, usted es de los míos, viejón.

El taxi se perdió entre la polvareda provocada por su andar. Aqueberro se quedó de frente al hotel. Se acomodó la Browning y entró.

VII

“El Recreo” estaba atiborrado de comensales. Parecía que afuera los narcos, la Policía Federal y el Ejército no estuvieran disparando a diestra siniestra en busca de romper el récord de asesinatos en una guerra absurda. Aqueberro reconoció inmediatamente a Joaquín Ceniceros. Su gabardina y su tandito lo distinguían de entre la clientela. Se fundieron en un abrazo fraternal. Eran, a fin de cuentas, dos tipos cortados con una tijera similar. El Kótex lo puso al tanto de la investigación y lo acontecido la noche anterior.

—La Paso del Norte es una colonia controlada por Los de la Letra —le informó Ceniceros en cuanto prendió fuego a su Faritos.

—¿Sigues fumando esas chingaderas?

—Mis Faritos nunca se rajan —respondió el detective—. Mi contacto dice que el bato de tu clienta, el tal Octavio, le debía al Ojo de Plomo, el narquillo a cargo de las extorsiones en esa zona.

El cantinero, un hombre regordete y calvo, se acercó a ellos. Aqueberro y Ceniceros pausaron, pidieron whiskies. El cantinero les sirvió y se retiró.

—¿Qué hay del pago que les hizo?

—Les pagó, pero no con dinero.

—Hostia, les pagó con Adela el hijo de puta.

—Los de la Letra manejan varios puteros en la frontera. A las morras de aquí las envían para tu tierra.

—¿Por qué mataron al gilipollas de Octavio?

—Porque quiso hacer lo mismo con Los Aztecas. Le pidió un préstamo al Gerardillo, el líder de los sicarios. También le ofreció a la chica, pero descubrió que tenía pensado volverse ojo de hormiga.

—Para eso ha creado el *feisbuc* falso, para ganar tiempo.

—No le funcionó. Hoy se le iba a terminar el plazo, pero lo torcieron. Ya le habían puesto una madriza la semana pasada como advertencia.

—Por eso traía la cara medio madreata. ¿Qué sabes de los judiciales que te comenté?

—Son achichincles del subprocurador y ese tiene trato con Los de la Letra. También le pedí a Hugo Piñero que fuera al congal donde trabaja la muchacha allá en Tijuana.

—¿Qué te ha dicho el gilipollas de Hugo?

—La chica sigue ahí, no está muerta.

—Joder, claro, para qué coño la habían de matar si les da a ganar pasta. ¿Pero para qué hacer tanto circo con su muerte?

—Ahí es donde entras tú. Lo hicieron para que dejaras de chingar.

Aqueberro pidió otra ronda. El hombre gordo regresó a paso cansino, como si estuviera sirviendo tragos dentro de una alberca. Una vez que escancié los tragos se retiró.

—Ya me han corrido, tengo que largarme para mañana. Pero no quiero dejar todo así. La mujer aún cree que su hija ha muerto.

—Te metiste en un lío gordo. ¿Y de dónde ha sacado esa mujer para pagarte?

—Que no, que no, que lo hago por Caridad.

—No mames, tú, haciendo una obra de caridad.

—No, bueno, sí, pero es por mi mujer, Caridad, así se llama. Refugio es su ahijada. Se me ha ocurrido algo, macho. ¿Cuántas chicas crees que estén como Adela, allá en Tijuana?

—No sólo están en Tijuana, también en Tecate y Mexicali, en total son alrededor de siete chicas de aquí.

—¿Tienes móvil?

—Claro, sólo los dinosaurios no traen uno.

Aqueberro saca su cartera. Busca un número de teléfono y llama.

—Agente Lamartine.

—Toblerone, te tengo un caso que te va a colgar medallas hasta en los cojones.

—¿Aqueberro? ¿De dónde me llamas, cabrón?

—Olvida eso, joder. ¿Te interesa dismantelar una red de trata de blancas? Al comandante Izaguirre lo nombrarían procurador al hijo de puta.

—Para eso somos la justicia.

—¿Justicia? Vamos, no me jodas. Te hablo en serio.

—¿Y tú qué ganas?

—¿Cuánto vale un caso así para Izaguirre? Dile que cien mil pesos.

—Te va a mandar a la chingada.

—No va a hacerlo. Dile que hay cereza en el pastel. Se va a llevar entre las patas al licenciado Ramírez Plaza.

—¿Y ese güey quién es?

—Sólo dile eso. Me llamas a este teléfono. Debe ser ahora mismo si no se les va viva la paloma.

Aqueberro le regresó el teléfono a Ceniceros y llamó al cantinero, quien se acercó sin preguntar nada. Sólo sirvió dos tragos más y se retiró.

—Ahora entiendo al gilipollas de Octavio. Acabo de apostar todo mi resto —dijo el Kótex—. Sólo resta esperar que el crupier de mierda no la cague. ¡Salud!

Los dos hombres brindaron por una carta que podría ser la ganadora.

VIII

El taxista llegó por El Kótex puntualmente, pero no le pidió ir directamente al aeropuerto sino a una maquiladora. Al llegar al lugar, le indicó que parara en una esquina donde una mujer los esperaba. Refugio se subió con una maleta deportiva. Saludó con un beso en la mejilla al ex judicial. El taxista le dedicó una mirada cómplice por el espejo retrovisor, el dedo pulgar y un apretón de labios le indicaron aprobación. “A huevo, de los míos”, musitó el chofer.

—Pase por el edificio de la Procuraduría, macho —le pidió el Kótex.

En unos minutos pasaron frente a la Procuraduría, donde se había formado un remolino de personas intentando entrar. La mayoría eran fotógrafos. Otros eran policías federales armados. El Kótex le tocó el hombro a Refugio. Le señaló hacia el alboroto y le regaló una sonrisa.

Cuando llegaron al aeropuerto, el ex judicial oteaba atento. A estas alturas, seguramente Benítez y Fuentes no eran de peligro, pero Los de la Letra podrían aparecer en cualquier momento. Para su fortuna, nada ocurre, pero los nervios no lo dejan. Antes de abordar hizo dos llamadas desde un teléfono público. Primero habló con su mujer. Confirmó que le habían llevado una maleta con mucho dinero. La calmó diciéndole que todo era legal. La segunda llamada fue para su ex compañero en la Judicial.

—Toblerone. ¿Qué hay, macho?

—Te luciste, pinche Aqueberro. Se las dejamos caer bien cabrón.

—Dile al comandante Izaguirre que espero la otra mitad mañana en el Old Crimes.

—Yo creo que esta vez sí te lo da, está bien contento. El mismísimo gobernador le llamó para felicitarlo.

—Pues nada, ya nos veremos en el Old Crimes a mi regreso.

El Kótex regresó a la sala de espera. Vio a Refugio sonreírle. Se sacudió cualquier mal pensamiento y agudizó su mirada. Un par de hombres sospechosos lo vigilaban. Tenían toda la pinta de sicarios. Se tranquilizó cuando ambos siguieron, se formaron en una fila para ingresar a otro vuelo. Todo parecía haber terminado. Había ganado otra de esas batallas cotidianas. Por lo menos así pensaba, hasta que vio a su siguiente enemigo a través de los ventanales del aeropuerto: un Airbus A320. Ceo de VivaAerobus lo mira con sorna.

Matapolicías

I

Gumaro Guadiana recibió la llamada del comandante justo cuando trataba de convencer a su novia de los beneficios de una felación. Leí que une a las parejas, negrita, ándale. ¡Chingada madre! Gritó al ver que la llamada era del comandante Izaguirre y la mujer respiró aliviada. Usted ordene, Comandante, respondió aún con la voz agitada. Arránquese al Centro Comercial Nuevo Mexicali, ya quebraron a otro pitufo en su patrulla, ordenó una voz de cigarro cotidiano. ¿Con una matapolicías otra vez?, quiso saber Gumaro. Afirmativo, Gasparín, escuchó del otro lado. La matapolicías es la pistola FN5.7 de fabricación belga, una pistola con balas de calibre 5.7x28 que traspasan el chaleco antibalas usado por los policías, más aún si estos chalecos son defectuosos. Ven, Negrita. Un rapidín aunque sea. ¿Qué tal si me quiebra ese pinche loco que anda matando placas y me muero sin coger? Andrea Yesenia Juárez no accedió, me da nauseas esa porquería, pretextó, y caminó hacia la cocina. No se lo dijo, pero le divirtió la imagen del Gasparín tirado en la calle con una erección. Gumaro Guadiana, policía judicial adscrito a Homicidios, se vistió con celeridad, tomó su arma oficial y su revólver calibre 22. Por eso prefería el calor, podía salir más rápido sin necesidad de perder tiempo con chamarras y guantes. Lo prefería por encima del frío aunque llegara a 50 grados durante el verano. Encendió su Ford Crown Victoria y su reproductor de discos. Unos corridos de policías perrones lo pondrían al tiro, pensó. Le tocó el turno a “El capo y el comandante”:

Señor, usted se equivoca, nunca trato con cabrones.
Yo vengo a poner la ley y traigo mis pantalones
y al cabrón que no le guste pues de una vez que le atore.

Aunque al final del corrido el Comandante muere en una emboscada, la piel se le erizaba cuando cantaba sus palabras desafiantes. Ojalá y así fuera el comandante Izaguirre, pero en la corporación se sabía que tenía amistades “mañosas”, pensó. Era casi de madrugada y las calles estaban semi desiertas, por eso llegó al lugar indicado veinte minutos después, a pesar de recorrer media ciudad. Abigail Flores, la joven forense, tomaba fotografías mientras un compañero daba instrucciones a los municipales para acordonar el área.

—A ver cuándo me examinas este muñeco tieso, ¿no? —preguntó Gumaro al ver a la forense por la ventana de la patrulla.

—No tengo lupas con tanta graduación —respondió sin sorprenderse por el acoso del policía.

—Manos te van a faltar, mamacita.

—Para encontrarla.

—Bueno, bueno. ¿Qué me tienes? ¿Otro con una 5.7?

—Sí, aunque a éste lo madrugaron en cortito. Dos tiros, uno en el costado y el otro en la cabeza. Su compañera estaba comprando un café en el Oxxo y cuando regresó, se encontró a su pareja muerto. Allá está con los otros municipales —dijo la forense apuntando hacia la esquina.

Gumaro caminó hacia ella y se presentó. Su nombre era Artemisa Guadalupe López y le decían la Kardashian de la Anáhuac. Era bajita, morena clara, ojos grandes y negros, labios carnosos, de caderas generosas y pechos esféricos e hipnotizadores.

—Colega, siento mucho lo de su compañero —dijo con el tono más solemne que encontró en su repertorio, sin dejar de barrer visualmente a la agente.

—Gracias, agente...—dudó la oficial.

—Guadiana, pero dime Gumaro, por favor—agregó el judicial.

—Gracias, Gumaro. Yo soy Artemisa, aunque prefiero que me digan Lupita.

El judicial sacó una libreta pequeña y empezó un interrogatorio informal. Según la agente municipal, patrullaban la zona y ella le pidió parar en un Oxxo para comprar café. Su turno había iniciado hacía diez horas y ya acusaba los estragos del horario. No habían notado nada extraño, no se percataron de que alguien los siguiera. Apenas dos horas atrás habían infraccionado a un conductor por usar el teléfono mientras conducía. Nada fuera de lo normal. —¿Está segura? ¿Ninguna mordidilla que haya enfurecido a un ciudadano de pocas pulgas? —preguntó el judicial.

—No, cómo cree —respondió la agente.

—Dígame, ¿cuando llegó al carro ya estaba muerto su compañero?

—Cuando escuché las detonaciones corrí y me pareció ver a un hombre correr hacia el callejón. No logré darle alcance porque preferí ayudar a mi compañero.

—¿O sea que estaba adentro del Oxxo cuando ocurrió todo?

—Sí, estaba adentro comprando los cafés.

La mujer veía el rostro blanco y un tanto ajado prematuramente del judicial, sus brazos nervudos y el talante firme. Calculó un metro setenta y cinco. Lo dedujo bebedor y fumador, por los estragos de ambos en el rostro a pesar de calcularle no más de treintaicinco años. No parecía muy atento en su vestir, botas vaqueras, pantalones de mezclilla y la primer camiseta que estuviera a su alcance. El interrogatorio terminó. “Por si recuerda algo más”, dijo el judicial extendiéndole su tarjeta de presentación. La municipal tomó la tarjeta, le agradeció y se alejó. Gumaro Guadiana miró hacia su alrededor, se preguntó si el asesino no estaría aún cerca del lugar. Quizá sea alguno de los mirones que empezaban a llegar. Entró al Oxxo, interrogó a los empleados y dijo que en unas horas alguien de la Judicial pasaría por las grabaciones de las cámaras. Caminó hacia los refrigeradores y tomó un seis de Indio. Me lo llevo como evidencia, dijo, y salió sin pagar.

Regresó hacia donde la forense continuaba inspeccionando al oficial caído. La cabeza, casi partida en dos por el impacto, reposaba sobre la puerta.

—¿Entonces, qué? ¿Nos damos un encerrón? Traigo la cheve.

—No estés jodiendo, Gasparín. Me voy a quejar con el comandante Izaguirre.

—Te haces del rogar, chaparra. Bueno, me llamas si descubres algo interesante.

El judicial subió al coche y en el trayecto a su departamento escuchaba “El Federal de caminos” con Los Bravos del Norte. Tomó una anforita de brandy y se empinó un trago, luego cantaba desaforado:

No le dieron tiempo a nada
ya sabían que era valiente
le pusieron la emboscada
para poder darle muerte
a Javier el valor le sobraba
porque era del mero norte.

Llegó al departamento y entró con celeridad. Tenía la esperanza de terminar lo iniciado. Gritó alguna maldición cuando vio que Andrea se había marchado. Encendió un cigarro y abrió una cerveza. Se sentó frente a la computadora con la intención de masturbarse. El tono de un narcocorrido le dijo que su celular requería de su atención.

—Dígame, comandante—contestó apresurado.

—¿Alguna novedad? —preguntó Izaguirre.

—No, señor comandante. No hay descripción del sospechoso, nadie vio nada. Aunque esta vez la compañera persiguió al asesino, pero no pudo verlo claramente—respondió Gumaro.

—Con este van cuatro municipales que se echan, Gasparín. Y tú nomás andas de caliente con la forense. Vale más que entregues resultados pronto porque si no te saco de circulación dos meses y sin sueldo, cabrón. ¿Entendido? —preguntó amenazante el comandante Izaguirre.

—Sí, comandante. —contestó nervioso el judicial.

Terminó la llamada y buscó en Google una película pornográfica. Barajó las opciones buscando alguna protagonizada por una mujer parecida a la Kardashian de la Anáhuac. Desistió luego de unos minutos. No quiso imaginarse dos meses sin dinero para cerveza y cigarros, ni tampoco los reclamos de su ex mujer por no cumplir con la pensión alimentaria. Fue por otra cerveza y regresó al escritorio. Tomó un rímero de expedientes con la información de los tres muertos anteriores.

Pinche Kótex Aqueberro, la herencia que me dejó, dijo al ver el nombre del judicial en retiro, Dominico Aqueberro, quien había investigado los otros asesinatos. Se preparó un cigarro de mariguana y lo encendió. Empezó a leer los expedientes. Los agentes Yahir Bernal y Juan de Dios Olivas murieron el mismo día, eran compañeros de la patrulla 0987. Ambos por proyectil de una 5.7, la matapolicias. Los agentes se encontraban en una taquería y al regresar a su patrulla fueron sorprendidos por los proyectiles de una matapolicias. Al parecer, el agresor los esperaba dentro de la patrulla. Yahir murió en el instante, pero Juan de Dios llegó con vida al hospital, sólo para morir durante la cirugía. Ambos tenían 33 años. El ataque ocurrió cerca de la una de la mañana un miércoles, no había muchos comensales.

Otro de los policías asesinados con una matapolicias fue Carlos Torrente, de 34 años. Torrente estaba franco ese día y de todos era conocida su costumbre de pasar horas bebiendo en los bares de la Chinesca. Según las investigaciones del ex judicial Dominico Aqueberro, el ahora occiso salió del Café Cantante El Dólar con una fémina bajita pero de generosas proporciones. Se dirigieron al Hotel Kennedy y ahí fue ultimado una vez que la chica hubo abandonado el cuarto. No había más información sobre la prostituta. Menuda herencia me dejó ese pinche viejo del Kótex Aqueberro.

Ahora tenía que escribir el reporte del muertito que le había tocado a él. Su nombre era Ariel Bejarano Rodríguez, también de 33 años de edad. Tuvo una hipótesis. Quizá este pinche matapolicias anda buscando a alguien y por eso mata a güeyes de la misma edad, pensó. Vio las fotos de los tres occisos en sus expedientes y no vio ningún parecido. ¡Putra madre! No es por ahí. Ni pedo, tendré que ir a buscar al Kótex, en una de esas, ese güey sabe algo más pero le dio hueva escribirlo, se dijo. La mariguana lo relajó y se quedó dormido.

II

A las nueve de la mañana lo despertó Andrea con una llamada al celular.

—¿Ya viste tu foto en el periódico, amor?

—¿Eh? ¿Qué hora es, no chingues? —el judicial se levantó para entrar a ver la foto en la página web del periódico.

—¡Te van a correr, borrachín! —dijo Andrea y colgó.

La cabeza del periódico rezaba: ¡Otro poli muerto! ¡Van cuatro! La foto mostraba la cabeza ensangrentada y perforada del policía muerto. Entró a la sección policiaca y vio otra foto. En ella estaba Gumaro saliendo del Oxxo con un seis de cerveza y un cintillo criticaba su actitud de indiferencia. Iba a gritar una maldición pero volvió a timbrar su celular con un narcocorrido. El comandante Izaguirre gritaba encolezado. Manipularon la foto, comandante. Está sacada de contexto, le explicó. Dos putos días y quiero resultados, pinche Gasparín, le gritó el comandante antes de colgar. Gumaro marcó a la Procuraduría para pedir el número de teléfono del Kótex Aqueberro. Quedaron de verse por la noche en la cantina Old Crimes en el Centro Histórico de la ciudad. Se dio una ducha y salió del departamento. Antes de llegar a la Procuraduría se detuvo en un Oxxo y compró un café y tres tacos de guisado. Ese Gasparín, ya eres famoso, le dijo la cajera. Optó por el silencio y una seña obscena. Al llegar a la Procuraduría, escribió por fin el reporte del asesinato del agente de la Policía Municipal Ariel Bejarano Rodríguez. Después se dirigió al SEMEFO, para ver si había algo nuevo. La forense Abigail Flores bebía café y leía el periódico. Al verlo entrar sonrió y brindó con el café.

—¿Algo nuevo? —preguntó el judicial sin ánimo de iniciar su aco-so cotidiano.

—Sí. Llamaron del Oxxo, que cuándo les pagas el seis.

—No me jodas, chaparrita. Me pusiste dedo con el comandante y el ruco me amenazó con suspenderme.

—Ni aguantas nada, nenita. Sí. Hay algo nuevo. La distancia del disparo fue muy cercana. El asesino estaba dentro del carro.

—¿Neta?

—Sí, de hecho, si no le hubiera dado el tiro en la cabeza muy probablemente no hubiera muerto. Sí perforó el chaleco pero la herida no era grave. Fue el balazo a la cabeza “the one who did the trick”, como dicen los gringos.

—Entonces la Kardashian lo habrá visto salir de la patrulla. Eso no me dijo.

—Quién es la Kardashian?

—No te pongas celosa. Es la compañera del difunto.

—Ni te hagas ilusiones, no somos iguales. Otra cosa, tenía una quemadura de café en la pierna y el asiento del carro también estaba mojado con café.

—¡Ah cabrón! Según la Kardashian salió corriendo del Oxxo cuando oyó los disparos.

—Pues el café estaba dentro del carro. Quizá se le cayó cuando lo vio. No lo sé, eso no es fácil de determinar.

III

Salió del SEMEFO y caminó hasta su Ford para ir rumbo al Departamento de Policía Municipal. Puso otro corrido de policías perrones. Después de unos minutos llegó a su destino. Se identificó al entrar y pidió acceso a los expedientes de los cuatro policías abatidos y todos los compañeros que hubieran tenido. La joven que lo atendió llevaba un moño negro en la manga de su blusa. Era una joven más bien robusta, de bigotillo mal depilado y con genio de abuela. Notó que todos los empleados portaban el mismo moño. La joven se puso de pie y le pidió que lo siguiera. Lo condujo hasta un cuarto y le pidió esperar ahí. Gumaro Guadiana sentía ganas de una cerveza, pero lo único que tenía a su disposición era su fiel anforita con brandy. La traía en el bolso trasero de su pantalón y le dio un trago presuroso. Justo cuando la guardaba, entró la joven cargando una caja con los expedientes.

—¿Quiere que le traiga un seis? —preguntó la chica con tono molesto y salió sin esperar respuesta.

Gumaro se quedó con la palabra en la boca, pero comprendió el sentido de la pregunta al abrir la caja y ver el periódico abierto en la sección policiaca. Volvió a ver su foto saliendo del Oxxo. ¡Ah cómo la hacen de pedo! Dijo sin que nadie lo oyera. Tomó los expedientes y sacó su libreta. Además de la edad, las cuatro víctimas no parecían

tener otra cosa en común. Volvió a las primeras páginas y notó que los cuatro pertenecían a la misma promoción, se habían graduado de la Academia el mismo año. Probablemente eran amigos, pensó. Había algo más, los cuatro tenían un recuadro marcado con tinta negra. Se puso de pie y fue hasta la joven que lo atendió. ¿Sabe usted qué quiere decir este cuadro negro, señorita? Preguntó con tacto. Pregúntele al capitán Estudillo. Ahora mismo está en su oficina. Deje ver si puede verlo, le respondió la joven. El capitán lo hizo pasar. Era un hombre obeso que parecía fatigarse con cualquier palabra que salía de su boca.

—¿Qué se le ofrece?

—Gumaro Guadiana, capitán. Tengo la encomienda de investigar la muerte de los policías...

—Sé quién es usted —interrumpió el capitán poniéndose de pie y mostrando su fajado perfecto a pesar de su inconmensurable cintura—. Lo reconocí por la foto.

—La sacaron de contexto, capitán.

—Contexto mis huevos...pero ya está usted aquí y espero que haga su trabajo. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Los expedientes de los difuntos tienen un cuadro negro que dicen “confidencial”. ¿Qué quiere decir eso?

—Pues eso, confidencial. Es un asunto interno. Nada que le importe a usted ni a nadie más.

—Con todo respeto, capitán pero eso puede ser una pista. No creo que sea casualidad que todos hayan sido asesinados.

El capitán Estudillo no se inmutó. Permaneció de pie sin dar explicación alguna. Resoplando por el esfuerzo de estar de pie.

—¿Ya terminó? —preguntó secamente.

Gumaro Guadiana sacó su teléfono celular y fingió marcar un número. ¿Comandante Izaguirre? Aquí, investigando en la Municipal. Pero parece que hay un problema. Deje le paso al capitán Estudillo para que le explique, dijo esto último al tiempo que le extendía el teléfono al capitán. La papada tembló con el movimiento de negación que hizo el hombre. El comandante Izaguirre era el terror de las juntas entre las distintas corporaciones policíacas del estado. El capitán Estudillo lo evitaba a toda costa. Dice que no es necesario,

comandante. Ya se arregló el problema, dijo el judicial ahora fingiendo apagar el teléfono.

—¿Y bien?

—Estuvieron involucrados en una investigación en su contra. Fueron acusados de pertenecer a una banda de secuestradores. Los suspendieron dos semanas y fueron exonerados. Por eso le decía que no era importante. Los acusaron falsamente y no sería justo manchar sus nombres ahora que están muertos.

—¿En dos semanas investigaron y resolvieron todo? A eso le llamo justicia rápida y expedita. ¿Había más involucrados?

—Dos agentes más también. Pero ya le dije, los exoneraron.

—Pues alguien está apelando el fallo y busca su venganza rápida y expedita.

IV

Gumaro tuvo acceso al expediente confidencial. Le trajeron un fólter empolvado y le dijeron que no lo podía sacar de ese cuarto. No estaba dispuesto a leer ese expediente sin hacerle caso a la garganta seca que le pedía un trago. Su anforita estaba vacía. Le pidió un café y una pachita de Don Pedro a un tipo enclenque, de ropas sucias, que rondaba los pasillos del Departamento de Policía en busca de chambitas y mandados. En cinco minutos llegó con un café del Oxxo y el Don Pedro. Gumaro le dio una moneda de diez, pero el tipo los rechazó. Mejor me da lo que le sobre, patrón, dijo apuntando a la pachita. Así lo hizo el judicial y se sentó a leer.

Según la investigación, los seis policías municipales habían sido acusados de formar una banda de secuestradores. Mercedes Torales era el nombre de la mujer que acusó a los policías de secuestro, extorsión y homicidio de su esposo e hija. Según su declaración hace tres años, un retén de la policía municipal detuvo a su esposo por la noche cuando regresaban él y su hija del ballet. El licenciado Pedro Torales Mendoza, su esposo, le hizo una llamada a Mercedes pidiéndole que anotara los números de patrullas que él le daba. Había escuchado de

este *modus operandi* y por eso cuando un patrullero se acercó, dejó la bocina abierta. Mercedes escuchó gritos de su esposo y posteriormente de su hija. Luego un disparo. Más gritos. Eso fue todo, horas después le llamaron para pedir rescate por su esposo e hijas. Lo pagó, un socio del bufet de abogados de su esposo hizo la entrega del dinero. Los cuerpos de ambos fueron encontrados en la cajuela del BMW de su esposo en un ejido rumbo a San Felipe. La exoneración de los policías ocurrió cuando capturaron a un tipo que confesó haber sido parte del secuestro. Según dijeron, el resto de la banda había huido de la ciudad, pero él no logró hacerlo. Mario Alberto López era su nombre. Le hubiera gustado interrogarlo, pero murió en una riña dentro de la cárcel.

V

Gumaro Guadiana cerró los expedientes. Su café con brandy le había abierto el apetito. Tenía la información necesaria para seguir con las investigaciones e inventarle algo con rasgos de verdad al comandante Izaguirre. Se despidió de la joven del moño negro con un beso al aire. La chica se sonrojó un tanto. Desactivó la alarma de su Crown Victoria y lo puso en marcha. Diez minutos más tarde se detuvo a unas calles del Centro Histórico cuando vio una taquería. Pidió dos de asada y uno de tripa. Le pidió una cerveza al taquero.

—No vendemos cerveza —le dijo el taquero al ver su placa.

—No me chingue, yo investigo homicidios, no infracciones mamonas —le aseguró Gumaro.

—¿Tecate o Indio? —preguntó aún desconfiado el taquero.

—Indio bien helada —pidió el judicial. El taquero le hizo una señal a su hijo y éste abrió un doble fondo de la hielera para sacar una lata de Indio. El trago le cayó bien, el calor se había refugiado en toda la ciudad. Había pasado casi todo el día en la Policía Municipal. Miró hacia el norte y contempló el inicio del anochecer, las farolas de los coches haciendo fila para cruzar a Estados Unidos, las ventanas iluminadas del Hotel del Norte. Le dio otro trago a la cerveza y pensó en el caso.

Dos policías quedaban vivos. Seguro que con el muerto de anoche ya se dieron por aludidos. Al siguiente día se entrevistaría con ellos. Por ahora, lo esperaba El Kótex Aqueberro en el Old Crimes. Pagó los tacos y la cerveza y se dirigió a la cantina. Lo primero que le sorprendió fue la clientela. Era un nido de ancianos con tanque de oxígeno, sillas de ruedas y sentencias de muerte próximas. La rocola tocaba “La carga ladeada” y los comensales vieron entrar al judicial con desconfianza. Un brazo en alto le hacía una señal cerca de la música. Era el Kótex Aqueberro. El tipo se había jubilado dos semanas atrás dejando trunca la investigación de los policías asesinados. Llevaba siempre un saco rojo cruzado, una corbata amarilla, una boina española y una Browning fajada. En la comandancia decían que su apodo se debía a su preferencia por el color rojo, otros alegaban una afición por visitar a las mujeres durante su menstruación. Gumaro pensó que su investigación era otra y no quiso salir de la duda. —Siéntese, Guadiana. ¿Qué le pido? —preguntó el ex judicial.

—Una Indio está bien —contestó.

—Chimino. Una Indio y un Bloody Mary, por favor —ordenó Aqueberro.

—Voy al grano, Aqueberro, porque me anda pisando las pelotas el comandante.

—Pregunte, macho.

—Carlos Torrente. ¿Por qué tan parco en su reporte?

—La chica no lo mató. No pierda su tiempo con una pobre putita, joder. Yo la interrogué y lo único que dijo es que el difunto tenía la polla muy chiquita.

—¿Cómo se llama la chica?—Insistió Gumaro.

—Le voy a ahorrar el viaje y la saliva. La chica me dijo que cuando salió del cuarto vio a una mujer. Le pareció haberla visto también en El Dólar y por eso le llamó la atención. Era un mujer bajita y de buen cuerpo. Es la única descripción que me dio. Traía unos lentes oscuros de avispa y una pañoleta cubriéndole el cabello cuando se la topó de frente saliendo del cuarto. Sólo supo que era ella por una blusa que decía Guess en el pecho.

—¿Por qué no incluyó esto en su reporte?

- Me cansé, macho. Me cansé.
—¿De qué? ¿De escribir en la máquina?
—Me cansé de ser policía, coño.

VI

Llegó a su departamento casi a la una de la mañana. Su conversación con el ex judicial abrió una inesperada línea de investigación. Con eso se quitaría de encima al comandante Izaguirre por unos días, por lo menos eso pensaba. ¿Una mujer podría ser la asesina? La pregunta le trajo a la mente la conversación con la forense, el café y la hermosa imagen de la Kardashian de la Anáhuac. Pero qué motivo tendría esa hermosura de matar a sus colegas. Ninguna, Gumaro, ninguna; se decía el judicial. Buscó su expediente y leyó sus generales. Tenía poco más de dos años en la Policía Municipal, pero no había récord de haber asistido a la Academia. Seguramente tiene un padrino que le dio ingreso al cuerpo de policía sin pasar por la Academia, pensó. No tenía quejas ni amonestaciones hasta el momento; un historial limpio. Vio su teléfono y tuvo la tentación de llamarle, pero desistió. Era muy noche. Se preparó un cigarrillo de mariguana para ayudarse a pensar. Escribió en su libreta las fechas de los asesinatos, quiso encontrar algún patrón. No lo había, nada indicaba que el o la asesina actuara siguiendo algún cálculo matemático, astrológico o de ningún tipo. Putas películas, pensó. Garabateó algunas preguntas y pistas en su libreta, sentía sueño y no quería olvidarlas. Me cansé, dijo en voz alta. Pinche Kótex, me salió filósofo. Pensó que quizá el viejo le había ocultado algo más. Le dio un último jalón al cigarrillo y tomó las llaves. En el carro se animó con el corrido “Policías judiciales”.

No han salido tan librados tienen varias cicatrices
Cuando con pistola en mano atraparon malandrines
La policía judicial también tiene hombres machines
Honor a quien lo merece, porque se han rifado la vida
Cumpliendo siempre al trabajo son gallos de granja fina
En busca de tiburones que andan en aguas prohibidos

En menos de veinte minutos estaba en El Dólar. Se acomodó en una de las mesas con vista a todo el lugar. Se le acercó una chica, Jennifer, dijo llamarse, y le invitó una cerveza. Había dos ficheras que se ajustaban a la parca descripción que le dio El Kótex. Jennifer fue por ellas y cuando llegaron, Gumaro las recibió con su placa.

—Ya le dije todo lo que vi al judicial ruquillo —dijo la Pitufa antes de que Gumaro preguntara.

El judicial le hizo una seña a las otras chicas y éstas se retiraron.

—Ahora dímelo a mí. No olvides ningún detalle y te ganarás una lana.

—Yo vi a las dos morras que estaban aquí pisteando. Me les acerqué porque yo soy bien *open mind* y quizá querían hacer un trío de chancas.

—¿Eran dos?

—Sí, eso dije. Dos morras. Bueno, una de ellas ya le andaba pegando al cuarentón, pero se conservaba. La otra sí estaba joven y buena, la verdad. Uno como mujer sabe reconocer. Bueno, el caso es que no quisieron mis servicios y me largué a ver qué agarraba. Ahí fue cuando vi al poli, bueno, no sabía que era poli.

—Espérame aquí —dijo Gumaro, y salió a su carro por los expedientes. Regresó y buscó el expediente de la agente Artemisa Guadalupe López. Se lo mostró a la fichera apuntando a la fotografía—. ¿La reconoces? —preguntó.

—Cómo no, esa es la morena buenona.

VII

Lo volvió a despertar la música de un corrido, era el tono de su celular. Esta vez quería que fuera el comandante Izaguirre para sorprenderlo con la nueva pista. Era Andrea. No contestó. Estaba emocionado ante la posibilidad de resolver un caso tan rápido. Voy que vuelo para un ascenso, pensó. No quería perder tiempo, después de una ducha y un café, llenó su anforita con brandy y salió rumbo a la Procuraduría. Te trajeron esto, Gasparín, le dijo una mujer que atendía las llamadas.

Abrió un sobre, era el video del Oxxo. Le habló a un miope que se encargaba de tecnología y el chico lo condujo a un cuarto con reproductores de distintos formatos.

—No mames, ni sabía que existía este cuarto, ¿es nuevo, Cirilo? —le preguntó al chico.

—Me llamo Abelardo y el cuarto es viejísimo. ¿Sí sabe ponerle “play”? —reviró el miope.

—Hazte el chistoso, cabrón.

Esperó a que Abelardo lo dejara solo y reprodujo el video. La grabación mostraba a la Kardashian comprando el café y salir del establecimiento. No se le vio correr como le había dicho. ¡Ay, cabrón! Pinche Kardashian, ¿tú eres la matapolicias? Preguntó al aire. No, no puede ser, si está rebuena. ¿Por qué habría de hacer eso? ¿Qué motivos tiene? ¿La habrá contratado la otra mujer que La Pitufa vio en El Dólar? Regresó a su cubículo y pidió que lo comunicaran con el capitán Estudillo de la Policía Municipal.

—Capitán, tengo avances. Pero necesito información y discreción.

—Usted dirá.

—Necesito saber si los días francos de la agente Artemisa Guadalupe López coinciden con los primeros tres asesinatos.

—Oiga, pero qué tiene que ver Lupita con esto, por Dios. Investigue a los narcomenudistas o los ladronzuelos que estos policías han metido a la cárcel, no a una jovencita que mantiene a su familia.

—La conoce muy bien, capitán. ¿Será por eso que la Kardashian no fue a la Academia?

—No es por ahí, Guadiana. Yo la ayudé porque cuando su hermano murió, la señorita López se tuvo que hacer responsable de sus padres ancianos.

La señorita López, repitió Gumaro para sí. Deme la información que le pedí, es probable que no sea nada, le dijo mientras buscaba algo en sus apuntes. Encontró lo que buscaba: Mario Alberto López.

—Sí, Lupita estuvo franca esos días —dijo la voz agitada del capitán Estudillo del otro lado de la bocina.

—Gracias, capitán. Oiga, ¿cómo murió el hermano de la Kardashian?

—Apuñalado en la cárcel.

VIII

Después de unas llamadas comprobó que Mario Alberto López era hermano de la Kardashian. Comprobó también que antes de su arresto no tenía delitos, ni acusaciones, ni nada que indicara un pasado delictivo. Según el expediente trabajaba en un taller mecánico. Salió de la Procuraduría y se dirigió al taller. Sus compañeros de trabajo coincidían en que Mario Alberto había sido un chivo expiatorio. Con esto, todo indicaba que los asesinatos tenían como motivación la venganza y a la joven policía como principal sospechosa. A pesar de esto, sentía que las evidencias no eran suficientes, no para un juez que la metería a la cárcel por mucho menos de eso, sino para él. No tenía el arma, la 5.7, la matapolicias. Lo más cercano a un testigo era La Pitufa, que la ubicaba dentro del hotel. ¿Pero, y la otra mujer? ¿Quién sería esa misteriosa cómplice de la Kardashian? Regresó a la Policía Municipal para verse con los dos policías acusados de secuestro. Raúl Martínez y José Luis Pedroza. Eran dos tipos curtidos en la vida policiaca. Atrás habían quedado sus años aprendices y arrastraban un colmillo graduado en artimañas y corruptelas. Raúl Martínez permaneció sentado cuando Gumaro entró al cuarto. José Luis Pedroza estaba de pie y así se mantuvo durante los cinco minutos que duró el interrogatorio. No insistió, no los sacaría de su versión. Fueron calumniados y no tenían miedo al matapolicias. Ya estaban grandecitos para cuidarse solos, remató Martínez, cuando el judicial salía. Está bueno, dijo Gumaro y abandonó el lugar. Era tarde y no había comido, de repente recordó que tampoco había bebido. Se estacionó frente a un vendedor de tacos de guisado. Compró dos de bistec y una soda. Dio un trago largo y posteriormente escanció brandy en la botella. Encendió la música y disfrutó de “El Federal de caminos”. Tomó la libreta y buscó el número de la Kardashian. Marcó pero no obtuvo respuesta. Insistió y esta vez respondió una voz tersa. Era ella. La imaginó saliendo de la regadera, enredada en una toalla y con el pelo escurriendo agua mientras contestaba su llamada. Quedaron de verse por la noche, es decir, en un par de horas, en casa de la joven en la colonia Pueblo Nuevo. No podría llegar a interrogarla sin antes tener alguna idea de quién era la otra

mujer. Pasaban de las siete, muy probablemente, el Kótex Aqueberro estaba en la cantina. Le daría una visita, seguramente él sabía quién era la otra mujer, por algo le había mentido. El Old Crimes lucía semivicio, pero el ex judicial parecía pintado en la misma mesa del otro día, al lado de la rocola. *Estos eran, dos amigos, que venían de Mapimiíiii, que por no venirse de oquis, robaron Guanasevi* cantaban unos viejos borrachos. El Kótex lo vio llegar y no se inmutó. Se caló la boina en señal de saludo.

—¿Qué te trae por estos rumbos, macho? —dijo el ex judicial.

Gumaro se sentó y puso un fólter sobre la mesa. Lo abrió y le mostró la foto de la Kardashian.

—¿Quién es esa lindura? —preguntó Aqueberro.

Gumaro estiró rápidamente la mano y tomó al Kótex del cuello.

—Ahora mismo me vas a decir quien es la cómplice de la Kardashian.

—Vete a tomar por culo, macho. Suelta mi corbata si no quieres que te vuele la polla en pedazos —amenazó el Kótex, quien apuntaba al judicial con su Browning por debajo de la mesa.

Gumaro dejó ir al viejo. Respiró profundo.

—¿Quién es la otra mujer? La Pitufa te dijo lo mismo que a mí, así que debes tener una idea—preguntó resignado.

—Así es, macho. Sí sé quienes son. Pero preferí no seguirle—dijo el viejo.

—¿Están protegidas por alguien pesado de arriba? ¿Por eso te jubilaste? ¿Te amenazaron? ¿Por eso te sientas aquí con tu pistola lista?

—Joder, macho. Para tu máquina. A mi edad uno se cansa de ver cosas. Hasta el más guarro de los policías tiene su límite, coño. Bueno, eso pienso yo. Si llegas a donde llegué, tendrás que tomar una decisión. Yo por eso estoy aquí.

Salió del Old Crimes y caminó hacia su carro. Estaba a tiempo para su cita con la Kardashian. A esta hora, el centro de la ciudad alojaba a algunos oficinistas en juerga y jóvenes que buscaban aventuras en los antros del área. La calle era ruidosa por la música que hacía de sirenas llamando a los marinos hacia sus antros. Llegó hasta el Crown Victoria y notó que un carro bajaba la velocidad. No quiso perder tiempo con suposiciones, así que se tiró al piso justo cuando empezaron los disparos. Los vidrios laterales del carro estallaron con el impacto de algunas balas.

Gumaro alcanzó a responder con una ronda de su Glock. La gente gritaba y buscaba refugio en el suelo. Se oyó un rechinado de llantas iniciar la fuga. Gumaro se puso de pie y alcanzó a ver la cola de un Bronco.

—Eran dos güeyes, compa —le dijo un mirón.

—¿Cómo era? —preguntó Gumaro.

—No, pos traían máscara. Uno manejaba y el otro asomó el cuerpo y pum, pum, pum, pum hasta que tú también le tiraste —dijo con emoción el mirón.

El Kótex y otros comensales salieron del Old Crimes, algunos con armas listas para la acción. Gumaro vio los impactos de bala en la carrocería. Estos agujeros no son de una 5.7. Abrió la puerta del carro, limpió los cristales rotos del asiento, sacó las llaves y se fue a su cita con la Kardashian de la Anáhuac.

IX

Gumaro llegó a casa de la joven policía puntual a pesar del incidente. Vivía en Pueblo Nuevo, un barrio tradicional y bravo de la ciudad. Había un coche estacionado frente a su casa, la luz mortecina no ayudaba, pero parecía ser un Volvo. Por lo menos no es un Nissan, pensó pero aún así quitó el seguro a su pistola. Nunca fue fanático de las sorpresas. De niño le asestó un palazo en la cabeza a un payaso en su fiesta de cumpleaños. Los ladridos de algunos perros ponían sus nervios de punta. Tocó la puerta de lámina y el ruido asustó a unos gatos que espiaban sus pasos. Abrió la joven policía, Gumaro relajó la mano que sostenía la pistola. Demasiado pronto, pensó al pasar a casa y toparse con una 5.7 que lo apuntaba. La sostenía con gracia una mujer guapa aunque con un rostro dolido, atorado en la venganza. Recordó a La Pitufa y la acusación hacia los policías.

—Mucho gusto, señora Torales —saludó convencido de estar frente a la mujer que había perdido a su esposa e hija.

—¿Por qué no baja la matapolicias y hablamos con calma?

—Nada de hablamos. Usted escucha y yo hablo —dijo la mujer sin rasgo de nerviosismo.

Mercedes Torales era una mujer que cruzaba los cuarenta años. Rubia, de rasgos finos y cuerpo atlético.

—¿Sabe? Es una pena que no hayan asignado a policías como usted o el viejo aquel para investigar el asesinato de mi esposa, mi hija y el hermano de Lupita. Se hubieran ahorrado algunas muertes —dijo la mujer.

—Todavía quedan dos libres. Puedo meterlos a la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel, Gumaro. —intervino la joven policía—. Ni siquiera nosotras. Sólo nos faltan estos dos y nos esfumamos.

—Pues ya están sobre aviso los dos policías. Me mandaron un recado hace unos minutos. Yo en su lugar tendría cuidado, quizá vengan para acá. Sería mejor que dejara de apuntarme. Se le puede ir un tiro.

—¿Cree usted que pasé 2 años llorando la muerte de mi familia? Me entrené con los mejores, ni un solo tiro sale de mi 5.7 si no lo quiero. ¿Acaso fallé con los tres cerdos que maté?

—Cuatro, señora, cuatro —dijo el policía.

—No, ella despachó a tres. Este último me tocó a mí. Ariel fue quien arrestó a mi hermano —aclaró la agente López.

Hubieran continuado la conversación si una ráfaga de R-15 no hubiera roto los cristales de la ventana y varias figuras de cerámica de una repisa.

—¡Al suelo! ¡Apaga la luz, Lupita! —gritó Gumaro, quien fue herido por un proyectil.

—¿Estás bien, Gumaro? —le preguntó López.

—Sí, pero necesito mi Glock. Voy a agarrarla, después continuamos con la charla —le dijo el judicial a la señora Torales.

Lupita estiró el brazo hasta el interruptor y apagó la luz. Otra ráfaga de R-15 pidió entrar a la casa. Raúl Martínez la disparaba mientras José Luis Pedroza avanzaba hacia el patio trasero de la casa. No tenían mucho tiempo, tendrían que matarlos antes de hacer la llamada al C-4 para informar que habían dado con la banda de matapolicías. Dirían que pusieron resistencia y tuvieron que matarlos. La Kardashian se escurrió pecho tierra hasta la puerta trasera de la casa. Gumaro se acomodó detrás de un sofá junto a la ventana, esperaba el momento en que respirara la R-15. La señora Torales permanecía protegida por

la pared debajo de la ventana. Gumaro aprovechó una pausa y disparó su Glock arrancando un lamento del policía. Pedroza vio caer a su compañero y se apresuró hacia la puerta trasera. Lo último que vio antes de morir fue a Lupita apuntándole con su arma reglamentaria. “Adiós, pinche puerco”. Regresó hacia la sala y encontró a Gumaro apuntando su arma hacia la señora Torales. Las sirenas anunciaban la próxima llegada de varias patrullas.

—¿Qué haces, Gumaro? —preguntó la Kardashian apuntando su arma hacia el judicial—. ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Apelar?

Gumaro vio a ambas y recordó la palabras del Kótex.

—Yo también estoy cansado. Lárguense —les dijo bajando su pistola—. No olviden al que está enfrente. Ese no ha muerto.

X

Cuando las patrullas llegaron había dos policías municipales muertos más y un judicial herido fumando. Apuntaron sus armas hasta que logró identificarse. No quiso hablar, sólo comentó: se escaparon las matapolicias. Llegó una ambulancia y lo llevaron al Hospital General. Allá recibió la visita del comandante Izaguirre. Gumaro no recordaba haberlo visto de tan cerca. Era un tipo moreno oscuro, de gordura flácida y estatura media. Lo intimidaba más por teléfono, pensó.

—Ahora mismo me da un informe completo de lo ocurrido, Gasparín —ordenó el comandante.

—Llegamos los tres a la casa del sospechoso y nos recibieron a balazos. Yo perdí el conocimiento cuando recibí el impacto, eso es todo lo que recuerdo.

—¿Cómo es posible? ¿No los vio?

—Estoy cansado, comandante.

—Está bien. Mañana le toman la declaración —aceptó Izaguirre.

—No me entiende, comandante. Estoy cansado de ser policía, mañana le presento mi renuncia.



Aqueberro: seis casos y un consejo es una recopilación de cuentos protagonizada por el exjudicial Dominicó Hidalgo Aqueberro, septuagenario malhumorado que lo mismo se gana la vida como investigador privado que como un ladronzuelo. Aqueberro, apodado *El Kótex* por su estrafalario saco rojo, pasa sus noches en la cantina Old Crimes planeando robos y bebiendo bloody maries. En estos seis casos, el protagonista es reclutado por su jefe para resolver casos que van desde un asesino serial de ancianos, pasando por los asesinatos de escritores y hasta una banda de asalta Oxxos.



José Salvador Ruiz (Mexicali, 1971), escritor transfronterizo del *border noir*, es autor de los libros de ensayos *Pájaros de cuentos. El cuento criminal bajacaliforniano y sus autores intelectuales (1982-2015)* y *Muertos en el tintero. La narrativa policiaca de Gabriel Trujillo Muñoz (2017)*. Es autor de las novelas *Nepantla P.I.* y *Hotel Chinesca* y ha sido cocompilador de las antologías criminales *Nada podría salir mal, Máscara vs. revólver* y *Baja noir. Confesiones escritas*. Como cuentista ha publicado los libros *Hotel Kennedy, Crímenes sueltos, Ni deis lugar al diablo* y *Lawless Border Towns*. Ha sido incluido en las antologías negras *México noir. Antología del relato criminal (2016)* y *Desierto en escarlata. Cuentos criminales de Ciudad Juárez (2018)*.



**BAJA
CALIFORNIA**
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



EN CULTURA **SIGUE LA
TRANSFORMACIÓN**
GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA